

## **EL DESQUITE DE LA MUJER**

© 2008 Autor: Matilde Cañizares Rute.

© 2008. Eolo Dreams, S.L.U.

Portada e ilustraciones: Iván Margo.

Edita:

Eolo Dreams. S.L.U.

Río Seta, 1.

50196 La Muela (España)

ISBN: 978-84-936276-5-2

[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)

e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)



Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida, distribuida o difundida, total ni parcialmente, de ninguna forma, ni por ningún medio, sin el consentimiento expreso de la editorial. Puede descargarse tantas veces como se quiera desde la página [www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)



## **PROLOGO**

El desquite de la mujer fue escrito debido a las cosas que veía y escuchaba una niña de apenas unos siete años, que con los ojos y oídos muy abiertos, guardaba dentro de su corazón. Por la noche, su pequeña cabecita empezaba a recordar todo lo que había oído de las personas mayores, pero no, no podía entender nada, aquellas mujeres siempre hablaban de lo mismo, de las palizas que sus maridos les pegaban, de las humillaciones que tenían que sufrir, y con una expresión de dolor que hacía que las lágrimas bajaran por sus mejillas.

Mientras tanto, las otras mujeres le daban la razón pero al mismo tiempo decían: pero qué quieres que hagamos si somos mujeres y nadie nos escucha. Dicen que ellos son los machos y tienen todo el derecho sobre las mujeres, y por otra parte están los niños, qué haríamos con ellos, solo nos toca aguantar. Espero que algún día termine toda esta discriminación que la mujer está sufriendo y le sean reconocidos sus derechos y dignidad. Porque aunque han pasado varias décadas, la mujer sigue siendo discriminada en muchas cosas de la vida. Todavía hay hombres que, gracias a Dios, son los menos, que dicen que las mujeres son como las mulas, que solo sirven para llevar la carga y pegarle en el lomo para que no tengan ganas de retozar, y si quieren defender sus derechos, las matan y, como han dicho algunos, una menos.



## EL DESQUITE DE LA MUJER

Emilio se pasó una mano por la cara y aspiró el aire fresco de la habitación, expulsándolo poco a poco, hasta quedar completamente relajado en el sillón en que estaba sentado. Cuando llegó José, el sobrino de Emilio, se extrañó al encontrarle con la luz apagada y la ventana abierta, pues esa no era su costumbre.

- Buenas noches, tío, ¿qué estás haciendo con la luz apagada y la ventana abierta siendo tan tarde?.

- Buenas noches hijo. ¿Ya estás aquí?.

- Claro, ¿es que no me esperabas todavía?.

- Bueno, como me dijiste que esta noche vendrías tarde, me senté aquí un poquito para recordar tiempos pasados.

- ¡Pero tío!. ¡Otra vez!. ¿Por qué no te olvidas del pasado y vives el presente tranquilamente?.

- ¿Qué dices?. ¿Qué me olvide del pasado?. No hijo, el pasado no se olvida nunca, es algo que vive con nosotros, es parte de nuestra vida y recordarlo es como retroceder en el tiempo. Te sientes joven y fuerte, es como si estuvieras hablando con tus seres queridos.

- Te comprendo.

- No, no me comprendes, tú eres demasiado joven para comprender estas cosas, hay que tener muchos años como tengo yo, pasar todo lo que he pasado para saber lo que se siente en todas esas cosas.

- Perdona tío, pero me hago una idea de lo que puedes sentir, desde que murieron tus padres y después, cuando murieron los míos, cuando tuviste que ocuparte de mí hasta que me hice hombre, porque tu no sé si te darías cuenta, pero he ido

observando todo el cuidado que ponías. Has sido un verdadero padre para mi, tengo mucho que agradecerte y siempre me has guiado por buen camino. Por eso hoy me siento orgulloso de ti, gracias por todo cuanto me has dado.

- Era mi deber, soy tu única familia hasta ahora, porque esta noche te confieso que estaba asustado. Porque aunque yo cierre los ojos para no darme cuenta que ya eres un hombre, eso no te convierte en el niño pequeñito que se sentaba en mis rodillas y me contaba el cuento de caperucita.

- Y pensaste que como ya soy un hombre iba a dejarte para vivir mi vida solo.

- No hijo, eso no. Yo sé que tú eres un buen muchacho y nunca me harías eso, tu corazón es demasiado hermoso y puro para esas cosas. Pero entiendo que ya eres mayorcito y tienes edad para casarte y la verdad, esta noche he sentido miedo, sí mucho miedo.

- ¿Tanto horror le tienes al matrimonio, tío?.

- Sí, tengo miedo, y si tú supieras la vida de tus padres y de los míos, pienso que también tendrías el mismo miedo que tengo yo.

- Perdona tío, ya sé que esto que te voy a decir te hace daño pero tengo que pedírtelo, es algo que siempre he querido saber y que tu nunca has querido contarme, pero pienso que ahora ha llegado el momento para ello.

- ¿Y que es esa cosa tan importante que quieres saber?.

- Es acerca de mis padres, sé que fue un matrimonio muy desgraciado, y que murieron muy jóvenes por no haberse comprendido.

- Si hijo, eso es cierto. El matrimonio de tus padres fue un verdadero desastre, sabía que tarde o temprano me pedirías que te lo contara.

- Pues bien, ya ha llegado el momento de que me digas todo respecto a mis padres.

- Tienes razón, pero ten un poco de paciencia. Quiero contarte toda la historia completa desde el principio, es decir el motivo por el cual tanto tu padre como yo, vinimos a vivir a esta ciudad y abandonamos nuestro pueblo, de lo que poco después estábamos arrepentidos. Verás, la historia es vieja, me estoy refiriendo a los tiempos en que la mujer era poco menos que nada, y no es que la mujer no fuera respetada, no, eso no, solo que eran otros tiempos, y no creas que ya sé que no han pasado cien años, pero basta con solo esos poquitos, para darse cuenta del cambio que ha pegado la vida. En cada país o región tenias costumbres distintas. Por ejemplo, cuándo una mujer iba de pie en el tren, autobús o en algún lugar público, los hombres se levantaban y les cedían el asiento educadamente, en otras ocasiones se quitaban el sombrero para saludar a una dama, pero en cambio había otras cosas en que la mujer no era tomada en cuenta a la hora de tomar una decisión o algo parecido, sino que tenían que apoyarles sus padres o maridos en todo lo que se relacionara con la burocracia, aunque estas fueran propietarias o interesadas, y otras muchas cosas que eran verdaderamente absurdas.

- Vaya tío, eso es verdaderamente nuevo para mí, y no me refiero, como es natural a la historia de la mujer, sino a esa defensa que tu le haces.

- ¡Eh!, un momento. Yo no tengo nada en contra de la mujer, que conste, sino en contra de los hombres.

- Muy bonito, ¡ sí señor! . Toda tu vida renegando de las mujeres y de pronto me sales con que eres un gran defensor de ellas.

- Espera, no te precipites y vayamos por partes. La mujer para mí, siempre ha sido lo más hermoso de la vida, pero no por eso dejo de reconocer sus cualidades y torpezas, la torpeza más grande que la mujer ha cometido ha sido la de querer llegar tan alto, es decir querer competir con el hombre.

– Y de hecho, se ha demostrado que puede hacerlo, ¿no es así?.

– No, ni mucho menos, eso todavía no se ha demostrado ni se demostrara jamás. No niego que la mujer está dotada de una gran inteligencia pero de ahí a ser igual que el hombre hay mucho que decir.

– Desde luego tío, si te oyeran las chicas de mi pandilla lo ibas a pasar muy mal.

– No te preocupes, pues no digo nunca nada. Esto lo he dicho porque como siempre dices que yo no simpatizo con las mujeres, he querido dejar esto bien claro, que yo admiro a las mujeres.

– Bueno, entonces explícame ¿por qué la mujer no puede ser igual al hombre?.

– Pues muy sencillo, porque cuando Dios nos hizo, nos hizo diferentes. A la mujer la dotó de unas cualidades y al hombre de otras diferentes. Por ejemplo, la mujer puede engendrar un hijo en sus entrañas, alimentarle de su propio alimento hasta que es tan grande que ya no coge dentro de su cuerpo, eso es maravilloso y solo la mujer puede hacerlo. La mujer es dulce, cariñosa, suave como un amanecer, no hay nada más bonito como ver a una mujer con un niño entre sus brazos. Entonces te das cuenta para lo que la mujer ha nacido. Para dar amor y ser amada.

– Qué bonito es todo lo que dices y que poético si la vida pudiera ser así. Qué felices seríamos empezando por mí.

– Hijo, ¿es que no eres feliz?.

– No tío, creo que la felicidad es algo que no existe, ya nos encargamos los seres humanos de destruir todo lo bonito que hay en nuestro alrededor, como es el mar, las plantas, los ríos, etc.

– José, estás lleno de amargura, ¿qué te sucede?, ¿acaso no estoy equivocado y estás enamorado?.

- Algo de eso hay, pero no temas, sabré compórtame como tu deseas.

- Así lo espero, porque cuando uno se enamora puede cometer muchos errores y después vienen las consecuencias que pueden ser muy malas.

- ¿Estás hablando por experiencia propia?. ¿Te has enamorado alguna vez?.

- Pues mira, aunque te parezca mentira, sí estuve enamorado. Y todavía recuerdo su bonita figura, era de estatura media pero muy bien formada, su cabello era tan rubio como los rayos del sol, su piel blanca y suave como una bola de algodón, ojos azules, pero lo que más destacaba era su sonrisa, también tenía otras muchas cualidades, de las que cualquier hombre se enamoraría.

- Bueno, y ¿qué pasó?. ¿ella no estaba enamorada de ti?.

- No, hubo otras cosas que no permitieron nuestro amor, pero otro día que tengamos más tiempo te lo cuento.

- Sí pero no te olvides que tengo curiosidad por todo lo que tiene que ver con mi familia y mucho más si se trata de ti.

- Gracias hijo, a mi también me interesa todo lo que a ti te pase.

- Pues en ese caso sigo contándote el porqué estoy aquí tan pronto. Ha sucedido algo esta noche que me obliga a pensar y tomar una decisión.

- ¿Tan grave es la cosa?.

- Sí lo es. Se trata de una muchacha y de mi futuro, es decir de nuestro futuro, porque tu vivirás siempre conmigo.

- Este, bien, por lo que veo la cosa es seria, muy seria. Pues bien, antes de que tomes una decisión voy a contarte esa historia que antes me pediste que te contara. Después de oírla, tu mismo podrás juzgar y decidir lo que debes hacer, creo que deberías tener los ojos bien abiertos para las sorpresas que este mundo nos puede tener reservadas.

- Los tendré, puedes estar tranquilo, sacaré de tu relato el máximo provecho.

Emilio quiso empezar su relato, pero mirando su reloj comprobó que era demasiado tarde y dijo:

- No pensé que fuera tan tarde, creo que lo mejor es que nos vayamos a la cama, así mañana tendremos la mente más despejada.

- Por favor tío, no quieras aplazar lo que ya es inevitable, necesito saber todo eso que tan celosamente has guardado durante veinticinco años y que ya ha llegado el momento de que me lo digas, y no te preocupes por la hora que mañana es domingo.

- ¿Mañana?.

- Bueno, es un decir.

- Está bien. Ya sé que no puedo escaparme de tus redes sin que antes no me hayas hecho un lavado de cerebro.

- No temas, no te voy a torturar, si eso es lo que temes.

- No, hijo, la tortura sería si yo hubiese olvidado el pasado, pero como antes te dije, el pasado vive en mi tan fresco como aquel día que oí llorar a mi madre cuando pasé por delante de su dormitorio y a mi padre, hombre campesino y rudo que le decía:

- Pero bueno, ¿se puede saber porque lloras. ¿Es que no tengo razón?. ¿Crees que me he casado para tener una mujer de adorno?. Porque para fregar los platos y barrer la casa no creo que hagan falta tantas horas como tiene el día.

- ¿Es que solo hago eso, barrer la casa y fregar los platos?.

- Bueno, y muy poco más, pero no creo que eso sea suficiente. Lo que pasa es que las mujeres sois todas unas gandulas y queréis que el marido cargue con todo. Ya me lo decía mi padre, que tuviera mucho cuidado a la hora de elegir esposa porque todas eran unas egoístas y que todas se casaban para tener quien les ganara el pan sin tener que dar golpe, Pero eso no va conmigo, aquí todos comemos y todos tenemos que

trabajar, aunque en realidad no creo que me sirvas para nada, porque las mujeres nunca han servido ni servirán para nada.

- En todo aquel tiempo no se había sentido la voz de mi madre, solo se sentían sus sollozos, pero ahora sí, ahora se sentía la voz de mi madre como nunca se había sentido. Ella jamás había replicado a mi padre, pero en este momento sí lo hizo, yo me alegré de que lo hiciera, porque la sangre me estaba quemando en las venas, el corazón me latía tanto dentro del pecho que, por un momento, sentí que me fallaban las piernas, pero me sentí mejor cuando las palabras de mi madre me llegaban a través de la puerta de madera.

- Escucha Isidro: tú sabes que siempre he sido una buena esposa, te he dado amor, pero no he sido correspondida. Cuando he querido ser cariñosa contigo, tú has enfriado ese cariño diciendo que si lo que quería era un vestido nuevo o alguna otra cosa estaba equivocada, porque tú no tenías dinero para derrochar.

Y lo único que yo quería era estar a tu lado, quererte y ayudarte en todo lo que pudiera, porque creo que es el deber de una esposa, por eso hago todo lo que puedo.

Me levanto a las siete de la mañana y son las doce de la noche y todavía estoy trabajando, no tengo tiempo ni para comer: Limpio la casa que no es como tú dices, barrer y fregar los platos, sino muchas más cosas que esas. Por ejemplo, escucha algunas de las que voy a enumerar, eso para que te des cuenta de que una mujer cuando se casa está cumpliendo un trabajo que es tan digno y respetable como cualquier otro que desempeñe una mujer soltera en una oficina, en el campo, o en cualquier otro lugar.

En la casa hay muchas cosas que hacer. Cuando pides una camisa la tienes limpia, los calcetines, cosidos, la comida servida cuando es la hora, cuando necesitas una chaqueta o pantalón, tanto tu como nuestros hijos, no tienes que gastar casi nada,

compras la tela y las hago yo para que resulte más económico, y muchas cosas más que requieren un hogar, pero sobre todo, siempre he estado con los brazos abiertos con una sonrisa de cariño, tanto para los niños como para ti, y si tu estas disgustado te hago ver las cosas más positivas para que tu disgusto sea más suave. Si los niños enferman, los llevo al médico y si tienen problemas con los estudios, trato de resolvérselos con paciencia y amor. ¿Qué más quieres?, ¿crees que soy de hierro?. Por favor, no pidas más, que doy todo lo que puedo, y por si fuera poco, sabes que voy a tener un hijo y los trabajos del campo son muy duros.

- Bueno, lo del niño todavía está muy lejos, cuando esté más cerca dejaras de ir al campo, y no se hable más del asunto.

- Ya no pude seguir escuchando más, porque sentí los pasos de mi padre que se dirigían a la puerta y tuve que correr para no ser visto.

- ¿Y tu madre?, ¿qué hizo, tu madre?.

- Seguir llorando hasta cansarse, pero al día siguiente por la mañana:

- Emilio, hijo mío, cuando salgas del colegio esperas a tu hermano y juntos compráis todo lo que hay en esta nota, y cuida de tu hermano, no vaya ser que haga alguna travesura, ya sabes que es muy inquieto, porque aunque tú solo tienes dos años más que él eres bastante más responsable, así que cuídale hasta que yo vuelva.

- ¿Y tu, dónde vas, madre?.

- Yo tengo que ir ayudar a tu padre.

- ¿Por qué tienes que hacerlo?. Tu nunca has sido a trabajar al campo.

- Bueno, alguna vez tiene que ser la primera y en esta época del año hay mucho trabajo que hacer. En casa sólo me aburro, así estaré más distraída. Por eso haz lo que te digo y no preguntes más.

Así fue como mi madre reaccionó, en vez de enfurecerse con mi padre que era un miserable avaro, un egoísta y no sé cuantas cosas más, porque para mí solo merecía lo peor de todo. Pero ella era noble y le quería, ya lo creo que le quería, pero él no lo merecía. El creía que la mujer sólo tenía derecho a dar y no a recibir.

Yo me daba cuenta de todo y me sentía triste de ver como mi madre era humillada por mi padre.

Así fueron pasando los meses, mi padre cada día quería más de mi madre y mi madre cada día podía dar menos, pues su estado no se lo permitía, como por ejemplo:

- ¿Dónde esta la comida?. Ya tenía que estar en la mesa, ¿y esos niños, por qué no están haciendo los deberes?. Esta casa es un verdadero desastre sin arreglo.

- ¿Pero, cómo quieres que esté la comida hecha si acabo de llegar?, y los niños no están haciendo los deberes porque no los saben hacer sin que alguien les ayude, y ese alguien soy yo, ¿por qué no les ayudas tu en vez de estar refunfuñando?.

- Porque yo les enseñaré lo que es un arado y una azada, pero no esas paparruchas, de que cómo se llama el río tal y cómo se llama la sierra de no sé dónde.

- Claro, que si por ti fuera serian burros de carga y solo sabrían cuándo se siembran las patatas y las cebollas.

- Pues eso es lo que les da de comer, no tanta historia y tanto cuento.

- Está bien, contigo es inútil discutir, tú siempre llevas la razón. Algún día, la mujer llegara alto, sí, muy alto y no como ahora, que cuando el hombre abre la boca, la mujer tiene que esconderse. Pero esto algún día acabará y ya verás cómo tengo razón, le parara los pies al hombre, y dirá: - un momento, se acabo, ahora vamos a respetarnos unos a los otros, basta ya de humillaciones.

- ¡Cuánto sabes del futuro!. ¡Es que para leer sí tienes tiempo!.

- No hace falta mucho para darse cuenta de que esto no puede seguir así, porque, hasta los mismos hombres se darán cuenta, y no tardando mucho, porque todos no son tan egoístas como tú, y ellos mismos ayudarán a salir de esta humillación de la cual la mujer es la víctima.

- Mira, lo que pase dentro de cien años, la verdad no me importa, sino lo que pase ahora y en mi casa, así que prepara la comida y terminemos de una vez, porque lo que yo tengo es hambre y quiero comer.

- Está bien, no te preocupes, pronto estará tu maldito estómago lleno para que tengas fuerzas y sigas gritando un poco más cada día.

La discusión terminó. Cenamos y todo siguió igual que antes.

- Mi madre tenía que atender la casa, ir al campo, y también aguantar los malos humos de mi padre cuando pedía algo y no lo tenía en el acto.

Mientras tanto se acercaba la hora de la cosecha y había que poner el trigo en la era, bueno, el trigo y otras cosas, como son la cebada los garbanzos, etc.

Un día, cuando ya estábamos depositando el trigo en los sacos, ocurrió algo que, por muchos años que viviera, jamás se borraría de mi mente. Fue algo terrible, ¡Dios mío!, sólo de pensarlo me da escalofrío.

- Si te causa tanto dolor, no lo digas, ya habrá otras ocasiones.

- No puedo pasarme lo más importante de la historia, porque este es el motivo de que tu padre y yo nos decidiéramos a venir a este sitio donde, si en unos casos me fue bien, en otros me ha ido bastante mal, como haber perdido a tu padre de una manera trágica.

- ¿Y qué fue todo eso que tanto dolor reflejas en tus pupilas?

- Veras, como te iba diciendo. Habíamos sacando el trigo de la paja y lo envasábamos en sacos, después había que cargarlos en el carro para llevarlos a casa. De pronto se oyó la voz de mi padre, autoritaria como siempre:

- Juana, acerca ese saco para terminarlo de llenar, quiero acabar pronto que el tiempo está para llover y quiero que quede todo recogido.

- Mi madre tardó un momento en decidirse, pero fue la voz de mi padre quien terminó por decidirla, y cogiendo el saco, trato de acercarlo a él, pero de pronto...

- ¡Ah!

- ¿Qué pasa?. ¿Es que no puedes con este pequeño saco?

- Mi madre no contestó. Estaba en el suelo, encogida de dolor, mi padre se apresuró a cogerla y dándose cuenta de la situación se apresuró a llevarla a casa. Cuando el médico vino dijo que no tenía salvación, que estaba agotada y que sería un parto prematuro. No se salvó ninguna de las dos, porque según dijo el médico, lo que nació fue una niña.

- ¿Y que hizo tu padre después de aquel desastre?

- Mi padre debió sufrir mucho, porque su carácter se hizo más duro y tosco que antes. La vida ya no le importaba, bebía sin parar, todo fue insoportable desde ese momento. Los años que pasaron después de la muerte de mi madre, fueron un verdadero infierno, mi padre se pasaba los días sin comer, pegaba a los animales y cada día iba todo de mal en peor, hasta que cayó enfermo. Después de estar un año en cama, murió con el nombre de mi madre en los labios.

- Tu padre y yo odiábamos aquellas tierras, el campo, donde los hombres estaban a medio civilizar, estábamos furiosos con todos los hombres y mujeres por dejarse avasallar de aquella manera. En realidad estábamos furiosos con todo y por todo, y lo

único que deseábamos era salir de allí lo antes posible para olvidarnos del pasado y empezar de nuevo en cualquier otra parte.

Así fue como una noche decidimos salir para siempre de aquella casa que tantos y tan malos recuerdos tenía para nosotros, pero lo que no sabíamos era que esa mala suerte nos seguiría.

- Es una historia sentimental y dolorosa para quien la ha tenido que vivir.

- Eso no es nada más que una parte de la historia, la otra parte viene después, cuando nos instalamos aquí, en esta casa.

- Espera tío, no empieces todavía. Primero voy a traer un poco de café y unas pastas, para que todos esos recuerdos resulten menos duros, porque como dice el refrán, las penas con pan son más cortas. Perdona tío, no sabía como aliviar esta situación.

No era café lo que José quería tomar, sino un poco de aire para que sus nervios se calmaran un poco. Le había impresionado tanto aquel relato que no podía seguir escuchando sin antes haber tomado un poco de aliento, y al mismo tiempo darle a su tío un pequeño descanso en aquella amarga revelación.

Pobre José, piensa que me engaña con eso del café, pero en realidad lo que le ocurre es que está muy impresionado y quiere disimular para que le siga contando lo que pasó con sus padres. Quisiera ahorrarle el dolor de saber la verdad, pero no sería justo por mi parte guardar silencio por más tiempo, tiene derecho a saber toda la verdad, y más ahora que, según dice, está enamorado, necesita saber todo en cuanto a la vida y a las mujeres se refiera, para poder evitar un posible error, porque algunos hombres creen estar enamorados y cuando se dan cuenta ya es demasiado tarde. Quiero evitar un nuevo fracaso en la familia, tengo que velar por él aunque sea lo último que haga en esta vida. No quiero que ninguna de esas chicas

aprovechadas le tienda el lazo, sabiendo que es joven, guapo y en buena posición económica, pero no diré nada, le iré sonsacando si él no me lo dice abiertamente como hizo su padre hace años.

¡Cómo pasa el tiempo, parece que fue ayer cuando me presentó!

Emilio no pudo completar el pensamiento porque la voz de su sobrino le obligó a volver a la realidad.

- Bien, ya estoy aquí y dispuesto a devorar con tu ayuda todo lo que he puesto en esta bandeja, porque a pesar del apetito que tengo no podría acabarlo todo, así que empecemos, porque el comer y beber es vivir.

- Formidable José, eres como tu padre.

- ¿Cómo mi padre?.

- Sí, eso he dicho.

- Pero si yo siempre he pensado que me parecía a mi madre.

- Sí, es que te pareces a tu madre, pero solo físicamente. A tu padre, moralmente, él tenía el pelo castaño, y también los ojos, era más bien bajito, sus rasgos eran corrientes, en fin, como se suele decir, del montón, pero eso sí, tenía un corazón limpio y puro, también era muy alegre y su alegría la transmitía a todos los que estuvieran a su alrededor. Por el contrario tu madre era rubia, de ojos azules y pelo rizado, su piel parecía de cera, todo su cuerpo en conjunto parecía una escultura, cuando miraba parecía que en ella todo era fragilidad y dulzura, pero en cuanto su víctima se descuidaba, le clavaba sus afiladas uñas como una gata salvaje. Pobre Toni, con lo enamorado que estaba de ella, y tonto de mí, cómo logró engañarme y aprovecharse de que veníamos del campo. Es decir, unos pobres campesinos, que pensaban que todo el mundo tenía el corazón tan limpio como ellos, ¡qué equivocados estábamos!. En la ciudad hay muchas clases de personas, pero hay algunos que son como vampiros que van chupando de sus víctimas mientras tienen sangre, pero

cuando se dan cuenta de que ya no tienen nada que sacar, lo abandonan y van en busca de otra presa más llena y productiva.

- ¿Quieres decir que mi madre abandonó a mi padre?.

- Sí, esa fue la intención de tu madre, pero las cosas fueron peor que un abandono. El amor que tu padre sentía por tu madre, fue lo que hizo tan fatal desenlace.

- Sí, pero eso parece que es casi el final. Yo prefiero que me cuentes el principio, cuando se conocieron y ¿por qué, según tu, se tuvieron que casar tan precipitadamente?.

- El encuentro de tus padres fue poco después de aquella mañana que amanecimos en esta ciudad. Recuerdo muy bien que, al bajar del tren, nos quedamos de pie en el andén. Los dos esperábamos lo mismo: yo que dijera él y él que dijera yo, lo que debíamos hacer, Pasaron unos segundos y ninguno de los dos decía nada, fue tu padre que con su buen humor dijo:

- Bueno, ya estamos en la tierra prometida.

- Sí, y ahora ¿dónde vamos?.

- Que ¡dónde vamos?. ¡Pues donde sea!, no vamos a quedarnos aquí parados como si fuéramos unos campesinos.

- ¡Que chistoso!.

- Hay que disimular, hermanito.

- No pude por menos que reírme y preguntar de nuevo.

- Pero bueno, ¿es que tienes alguna idea?.

- Espera y verás. Muchacho, dame un periódico.

- Tenga señor y gracias.

- ¿Por qué me das las gracias?.

- Porque me ha comprado el periódico a mí habiendo tantos vendedores.

- Pues todavía haré más. Te voy a dar una buena propina si me llevas donde pueda encontrar una pensión, ¿qué te parece?.

- Estupendo, pero primero tengo que vender todos estos periódicos.

- Sí, claro, no había pensado en eso, pero no temas, estaremos en esta cafetería hasta que tú termines.

- Entramos en la cafetería, pedimos un café con leche y empezamos a leer los anuncios del periódico.

- ¡Mira Emilio, lo que dice aquí: se traspasa tienda de ropa de confección!.

- Pero ¡si es ropa de señora!.

- ¿Y qué tiene que ver?.

- Que nosotros no entendemos nada de eso.

- Ya sabes que yo tengo alguna experiencia en el comercio, y si buscamos alguna dependienta bonita, todo puede salir bien.

- ¡Sí, y sobre todo si es bonita!.

- Bueno, no seas mal pensado.

- No, no, qué va... pero no es mala idea, pero, ¿de dónde vamos a sacar a esa señorita que tú dices?.

- Si no les parece mal, pueden contar conmigo, entiendo algo de todo eso.

- Al escuchar aquella voz a nuestras espaldas ambos levantamos la cabeza al mismo tiempo, ¿qué era aquello que estábamos escuchando?. ¿Quién nos brinda su ayuda con tanta decisión?. Abrimos la boca como para decir algo pero quedamos sorprendidos y nos preguntamos ¿de dónde había salido aquella belleza tan delicada?. Si no hubiera sido porque nos estaba hablando, habríamos creído que se trataba de una muñeca de porcelana. Lucía un bonito vestido de color cielo que hacía juego con sus lindos ojos y al mismo tiempo realzaba la belleza de su rubio y rizado cabello.

- Perdone señorita. Podemos servirle en algo.

- Laura, me llamo Laura.

- Bien señorita Laura. No se de qué nos habla.

- Perdón, estaba sentada en esta mesa y sin querer, he oído toda su conversación, y le aseguro que es un buen negocio, esos negocios dejan buen dividendo, es decir mucho dinero, pero el

inconveniente es que por ese traspaso piden una gran cantidad de dinero.

- Y, ¿cómo lo sabes?.

- Estuve trabajado en esa tienda, pero el dueño se arruinó y tuvo que cerrar. Espero que ustedes tengan para comprarla y me contraten como empleada.

- Si compramos esa tienda, usted será la primera empleada que tengamos, de eso puede estar segura, y ahora si acepta sentarse con nosotros tendremos mucho gusto en invitarla.

- Bueno, espero que su hermano este de acuerdo, porque todavía no ha dicho ni una sola palabra.

- ¡Oh!, perdone, sí, claro que sí estoy de acuerdo, soy bastante distraído, acepte mis disculpas por favor y siéntese con nosotros.

- Bien, por lo que he podido oír son forasteros y quieren establecerse aquí.

- Sí, eso es lo que pensamos hacer.

- Pues en ese caso, cuenten conmigo para lo que les haga falta.

- Lo primero que necesitamos es un sitio donde alojarnos.

- No se preocupe, yo les llevare donde estarán bien y luego, más tarde, ustedes pueden buscar lo que más les convenga.

En ese momento se acerco el chico de los periódicos.

- Ya estoy aquí señor, cuando usted quiera podemos marcharnos.

- Veras muchacho, ya no tenemos necesidad de que nos acompañes, esta señorita nos va a ayudar. Toma, esto es para tí, te lo has ganado por ser tan buen chico. Si algún día te veo te compraré el periódico.

- Bien señor, gracias por todo.

- Adiós muchacho, hasta la vista. ¿Has visto que chico más simpático y agradable?.

- Sí, pero la mayoría de ellos son unos granujillas, no se fien mucho.

- Un mes más tarde se pudo inaugurar la tienda, pero justo es decir que previamente había habido una pequeña reforma a gusto de Laura, porque naturalmente Laura se había convertido para nosotros en algo indispensable. Le consultábamos y le pedíamos opiniones en todo lo que se relacionaba con el negocio, y ella colaboraba encantada. Yo sentía un gran afecto por ella, pero tu padre se había enamorado como un loco. Un día ocurrió esto:

- Toni, es fin de mes, tenemos que repasar las cuentas.

- No te preocupes, eso ya lo hace Laura.

- A Laura le pagamos para que atienda a los clientes, somos nosotros quienes tenemos que cuidar de nuestro negocio, no los empleados, o en este caso, empleada.

- Bien, no te enfades.

- Pero a pesar de todo, Laura nos ayudó, no quería perderse nada relacionado con nuestra economía, quería estar al corriente de todo lo nuestro. A mí me gustaba, era muy eficiente en el trabajo, con las cuentas y sobre todo sabía ganarse a la gente, también sabía del hombre que podía sacar más partido. Ya había pasado un año, las cosas nos iban muy bien, el negocio era como una mina de oro, y pensé que era el momento de consultar con tu padre lo que me gustaría hacer.

- Toni, esta noche después de la cena, quiero hablar contigo, es algo que te va a gustar.

- Está bien hermanito, esta noche reunión de familiar. Lo único malo es que la familia es tan corta que no tendremos más remedio que ponernos de acuerdo tu y yo, porque por votación no se podría hacer, pues siempre resultaríamos empatados.

- Venga, déjate de tanta charla inútil y haz lo que te digo.

- Oye, ¿por qué no me adelantas algo de esa conspiración que tienes entre manos?.

- No es conspiración ni mucho menos, porque lo sé yo solito, y si no vienes esta noche a cenar o te marchas rápidamente como hace un tiempo lo estás haciendo, te aseguro que no te diré nada.

- Te prometo que iré y no podré ni cenar de curiosidad.

- Así lo espero.

- Así será, Hasta la noche.

- Tu padre salió de la tienda y yo me quede pensando lo niño que parecía a pesar que ya era un hombre. Éramos muy felices, teníamos dinero, amistades y buena reputación. ¡Que lejos estábamos de sospechar lo que vendría no tardando mucho!.

- Habíamos terminado de cenar, me levante de la mesa y empecé a caminar hacia mi habitación, cuando la voz de tu padre me detuvo:

- Emilio, espera, voy contigo.

- Bueno, dije después de cenar, pero no inmediatamente. Puedes quedarte si lo deseas.

- No, es que soy yo quien no puede esperar, deseo saber qué es esa cosa que me tiene tan intrigado.

- Cálmate, no creas que es algo del otro mundo, es algo que algún día teníamos que hacer.

- Sí, pero ¿que es?.

- Espera que estemos dentro de la habitación. Aquí pueden oírnos y no hay necesidad.

- Cuando estuvimos dentro de la habitación:

- Y bien, ya estamos dentro. Empieza.

- Siéntate, ponte cómodo y escucha lo que he pensado. Los negocios nos van maravillosamente bien y tenemos suficiente dinero para poder vivir en una casa con una bonita terraza y muebles a nuestro gusto y necesidades. ¿Qué te parece?.

- Si, me parece bien.

- No te veo muy contento, ¿no dices nada más?.

- Pues eso, que sí, que me parece bien.

- En su voz no había aquel júbilo que yo esperaba, pero continué diciendo: buscaríamos una señora que sea soltera o viuda, para que no tenga preocupaciones de horario, estaremos bien atendidos y en nuestra propia casa. ¿No estás contento?.

- La verdad, pienso que estaríamos mejor atendidos si uno de los dos se casara.

- ¿Qué dices?. ¿Es que te has vuelto loco?, ¿es que crees que casarse es cualquier cosa?. Casarse es algo muy serio y lo primero que hay que hacer es estar enamorado y lo segundo, saber si la mujer de la que se está, lo merece. No se puede ir por la calle y decirle a la primera muchacha que te encuentres que se case contigo, al menos es lo que yo pienso.

- ¿No se te ha ocurrido nunca que yo pudiera estar enamorado?.

- ¿Tú?.

- Sí, yo.

- Pues la verdad, no lo he pensado.

- Perdona Emilio, pensaba hablar de todo esto contigo, pero la verdad es que tú me has facilitado el camino.

- Bueno, el que estés enamorado no significa que tengas que casarte tan pronto. Primero tienes que presentármela y también su familia, deberías saberlo ya. Por otra parte no creo que hayas tenido tiempo de conocerla demasiado, es decir más a fondo, para que el día de mañana no os tengáis que tirar los trastos a la cabeza diciendo quién engaño a quién, ¿no te parece?.

- Sí. Todo eso estaría bien si las cosas fueran como tú piensas, pero no son así. No, Emilio, las cosas son distintas, tengo que casarme y pronto, ya puedes darte cuenta el motivo que tengo para ello.

- Entiendo, debí darme cuenta antes o por lo menos debería haberte preguntado dónde ibas todas las noches, pero

también me equivoque pensando que eras un hombre con sentido común y no eres más que un chiquillo irresponsable.

- No, eso no. Soy responsable de mis actos y por eso quiero pagar la deuda que debo.

- Está bien, esto cambia mis planes, ahora tengo que pensar qué debo hacer.

- Por favor, déjame ayudarte a decidir, ya que he sido yo quien ha estropeado tus planes.

- Veamos, ¿que tienes que decir?.

- Que nos vayamos a ese piso.

- ¡Que nos vayamos!. ¿Quién?.

- Pues tú y nosotros dos.

- ¡Yo con unos recién casados!. No creo que este bien. Además, no sé si a ella le gustaría, al fin y al cabo no la conozco de nada, por eso no sé si le caeré bien o mal.

- Te aseguro que le caes muy bien.

- ¿Lo crees?.

- Claro, mañana te la presento, ¿te parece bien?.

- De acuerdo, por la mañana estaré en el despacho.

Serían las cinco de la tarde cuando pegaron a la puerta del despacho, eran unos golpecitos muy suaves, que para mí eran desconocidos, y me pregunte quién sería.

- Sí, ¡adelante!.

La puerta del despacho se abrió, dejando pasó a mi hermano, es decir a tu padre, y pregunté: ¿Desde cuándo pides permiso para entrar en esta oficina.

- Bueno, como no vengo solo...

- Qué tontería. También ella entra y sale cuando lo desea, sin tanta ceremonia. O ¿es que hoy es algo especial?.

- Sí, lo es, vengo a presentarte a mi prometida. ¿Entiendes?.

- ¡Pues venga, dile que pase!.

- No, creo que no lo has entendido, Emilio. Mira, te presento a mi prometida, se llama Laura. Laura, este es mi hermano.

- No supe qué contestar, pero al fin dije, creyendo que se trataba de una broma: - Muy gracioso, ¿te parece bonito?.

- No es una broma. Laura y yo nos vamos a casar, ¿no dices nada?.

- ¿Para qué?. ¿Acaso se puede hacer algo para impedirlo?.

- No, dijo Laura con voz firme. Es algo que está empezado y hay que terminarlo.

- Bien, pues terminémoslo cuanto antes. Esta misma tarde podemos ir a ver el piso y mañana los muebles, para que todo se haga lo antes posible, porque dadas las circunstancias creo que es lo mejor.

Aquella misma tarde fuimos a ver el piso, y quedé asombrado de los cambios notables que había habido en Laura,

Pero fue mucho más asombroso el día siguiente.

- ¿Preparados para ir a comprar los muebles?.

- Sí, estamos preparados, pero antes pasaremos por una joyería. Quiero comprarle a Laura un anillo de prometida.

- Claro, eso está bien, no me había dado cuenta. ¡Como no estoy puesto en estas cosas, no me he dado cuenta!.

- Lo entiendo, pero a lo mejor ahora tomas ejemplo de nosotros.

- ¡Quién sabe!, pero prefiero esperar para ver como os va a vosotros.

- Mira, en esta joyería hay cosas muy bonitas. Entremos.

- ¿Qué desean los señores?.

- Queremos ver una sortija para la señorita.

- Ahora mismo les enseñaré cosas muy bonitas. Mire, aquí tiene, pueden escoger.

- ¡Mira Laura, esta es muy bonita!.

- Sí, tu lo has dicho. Solo eso, bonitas, calidad ninguna.

- ¿Qué dices?. Debe ser de muy buena calidad, teniendo en cuenta su precio.

- No, si no digo que sea mala, pero aquella es mejor.

- Pero, ¡sí vale tres veces más que esta!

- Vamos cariño, no seas tacaño, que esto solo se compra una sola vez, a menos que pienses que me voy a morir pronto y casarte de nuevo.

- Pero ¡qué tontería!, todavía no nos hemos casado y ya estas pensando que quiero quedarme viudo para casarme con otra. No sé porque dices eso, no me gusta.

- Perdona mi amor, ¿puedo quedarme con ella?.

- Sí, puedes quedártela, porque aunque sea una joya cara y bonita, tú eres mucho más bonita y delicada.

- Ella sonrió satisfecha, como cuando un león tiene a su presa rodeada y se recrea antes de devorarla. La miré y me contuve las ganas de decirle lo que pensaba, pero no lo hice. Cuando salimos a la calle, íbamos los tres muy callados, hasta que por fin llegamos a la casa donde teníamos que comprar el mueble. Confieso que fue desastroso, nosotros, los dos hombres no tuvimos ni voz ni voto, fue ella la que llevó la voz cantante.

- ¡Pero Laura, por favor, este comedor es muy bonito y con mucho estilo!.

- No, ni pensarlo, quiero todo lo mejor.

- Laura, despierta, que ni el piso, aunque sea muy grande, es un palacio ni nosotros somos príncipes, ni tampoco inmensamente ricos.

- Sé que tienes para pagar todo esto y mucho más, pero si no quieres, nos casamos con una mesa y dos sillas.

- ¡Oh!, no, no es eso, es que mi hermano también cuenta.

- Tu hermano no es tan tacaño como tú y seguro que está de acuerdo conmigo, ¿verdad que sí, Emilio?.

- Había dicho aquellas palabras con una voz y unas miradas engatusadoras, que resultaban difíciles negarse.

- Los días que siguieron fue un verdadero tormento. Cuando terminó la boda, consulte los libros de cuentas y casi era alarmante, y dije a tu padre: mira Toni, tal y como están las cosas, habrá que trabajar de firme para reponer todo lo que se ha gastado.

- Lo sé, Emilio, por eso venía a decirte que me ha salido un negocio que dejará buenos beneficios.

- ¿Te vas de la tienda?.

- No es que me vaya, yo sé que puedo llevar las dos cosas y pienso hacerlo.

- ¿Y de qué trata ese negocio?.

- Es asuntos de seguros.

- No lo necesitamos, tenemos nuestro propio negocio y nos va muy bien.

- Sí, lo sé, pero de ahora en adelante, seremos cuatro.

- ¿Y qué?, el niño gastará poco y además, todavía no ha nacido.

- Bueno, eso del niño fue una falsa alarma. No hay ningún niño por ahora.

- ¡Que no hay niño!. Entonces por que dijiste?...

- Sí, te dije eso porque eso fue lo que ella me dijo a mí.

- Pero, ¿cómo ha podido tenderte semejante trampa?. Es decir, ¿cómo pudo tendernos a los dos?, claro, porque ella sabía que, a no ser con engaño, yo no hubiera permitido que te casaras con ella. ¡Cómo se habrá reído de nosotros!. Y lo que es peor, que no sabemos lo que se propone y mucho menos sabiendo que viene de ella, que siempre hay que pensar lo peor.

Tu padre solo dijo:

- Yo la quiero, tienes que entenderlo, pero también te quiero a ti, es decir os quiero a los dos.

- Lo comprendo, y por eso sufro en silencio. No me gustan las arbitrariedades de tu mujer, ni sus aires de superioridad, pero sé que necesitas de mí y aquí estaré siempre contigo.

- Gracias Emilio, gracias hermano.

- No tienes por qué dármelas, la vida es complicada, pero si ponemos cada uno un poquito de nuestra parte, a lo mejor resulta agradable.

- ¿Tu crees?.

- Pues claro que sí, solo hay que darles a las personas que nos rodean aquello que nos piden o decirles sin rodeos que no puede ser, que desista de ello porque eso es imposible.

- Tienes razón, me gustaría ser como tu, tu sabes hacer las cosas. En cambio, yo soy como un muñeco de trapo en sus manos, hace lo que quiere conmigo. Por ejemplo, me dice: Toni, esta noche no quiero ir al teatro, Toni, que mañana quiero ir a una sala de fiesta. Y así todos los días. Nunca se da cuenta de que yo necesito descansar, no se a donde vamos a llegar. Esta mañana me ha dicho que quiere una criada, por eso te dije que pronto seríamos cuatro, dice que no puede con tanto trabajo, y además quiere que le compre un coche solo para ella, que no va a estar esperando que yo la quiera sacar en el mío, y que también quiere cierta independencia, ¿qué te parece?.

- ¡Muy bien, me parece muy bien!. Si yo fuera mujer haría lo mismo.

- ¿Qué dices?. ¿Estás loco?.

- No, ni mucho menos, siempre y cuando tuviese quien me lo diera, ¿por qué no iba a pedirlo?. Mira, la mujer es un ser maravilloso, pero debido a lo mal calificadas que han estado hasta hace poco, están heridas y ahora quieren desquitarse y subir por encima de los hombres, y eso también me parece una equivocación. Yo estoy de acuerdo que la mujer se eleve hasta una altura prudencial, pero que sea de mutuo acuerdo, ya que la mujer, aunque no lo admita, es distinta al hombre, la mujer es más emocional, en cambio el hombre tiene más fuerza bruta. Por eso durante toda la historia ha habido tan mal entendimiento entre hombre y mujer. La mujer, en su afán por superarse ha

dejado cosas que son mucho más hermosas: Comer o cenar con su esposo, darle un beso de buenas noches a sus hijos o contarles un cuento. Eso, para una mujer es subir muy alto, aunque algunas no lo sepan, por eso cuando los hijos crecen en medio de un ambiente de independencia, se aprovechan de la situación y dicen: si mis padres no están en casa para cenar, ¿por qué tengo que estarlo yo?.

Y repito, no es de ella toda la culpa, sino del hombre que lo ha permitido. Yo pienso que si una mujer quiere llevar una vida de actividades, sociales o de otra índole, debería pensar que su marido y sus hijos necesitan de su cariño y cuidados. En verdad, no sé si estoy anticuado o es que el mundo se ha vuelto loco, pero lo que sí sé es que el hombre debe imponerse, de lo contrario serán ellas quien digan la última palabra, y no me refiero a los hogares que, en resumidas cuentas es algo personal, sino a todas las cosas que conciernen a este sistema mundial y caerán sobre nosotros como una plaga de hormigas hambrientas y nos devorarán.

- Bueno, no creo que lleguen a tanto.

- ¡Ah!, ¿no?. Pues tu tienes una prueba en casa. Fíjate, cuanto más le das, más quiere, y si no, ¿para que te quieres meter en negocios que no conoces si no es para ganar mucho dinero para darle todo lo que pida por esa boquita?. ¿O no es así?.

- Creo que tienes razón, pero qué voy a hacer, quiero complacerla en todo lo que pueda, no quiero que pase como con mamá, que fue una esclava, por eso daré a Laura todo lo que desee.

- Pero es que ella siempre deseará más y más, hasta verte agotado. Créeme, si quieres hacerle un favor y hacértelo a ti mismo, trata de convencerla para que deje de llevar esa vida tan activa, como la piscina, el baloncesto, o el más favorito de todos

sus entretenimientos, los bares, bebiendo y fumando con... bueno, mejor me callo, porque si no, voy a decir lo que no quiero.

- Tienes razón, yo mismo he podido comprobarlo, trataré de convencerla para ver si se vuelve más sensata.

- ¡Ojalá lo consigas!.

- Los días y los meses pasaban. Tu padre, por mucho que lo intentó, no pudo lograr que tu madre cambiara, al contrario cada día ella se volvía más insoportable, pero ¡vaya, esta vez sí tenía una justificación!: estaba embarazada, tenías que nacer tú. Tu padre y yo estábamos tan contentos que le hubiésemos dado hasta la luna si se pudiera coger. Ella se aprovechaba de toda esta alegría que tu padre y yo teníamos para pedir todos sus caprichos. Joyas, pieles, viajes costosos, tenía todo lo que deseaba, habido y por haber.

Por fin naciste tú, que desde luego, fueron nueve meses larguísimos. Yo creía que nunca vendrías al mundo, algunas veces me preguntaba si nacerías como tu madre de caprichoso o por el contrario serías sensato.

- Y a ti, ¿que te parece como soy?.

- Me parece que eres el muchacho más bueno y sensato de todos los chicos del mundo.

- Creo que eso se llama pasión paternal porque, aunque no seas mi padre, sí me has criado como tal, y por lo tanto, no quieres verme ningún defecto.

- No te equivoques. Si tuvieras defectos te los encontraría, pero sí tienes alguno, es tan pequeño que casi ni se ve. He tenido mucha suerte contigo, desde que eras muy pequeño has sido muy bueno. Recuerdo aquella noche en que tu madre se marchó. Era un lunes por la mañana y tu padre al día siguiente tenía que salir de viaje, ya sabes, asuntos de negocios, pero esa misma noche decidió que tu madre le acompañara pues hacía bastantes días que no estaban en buenas relaciones. Creo que era porque tu padre se había negado rotundamente a dejarse

manejar por ella y darle el dinero que siempre exigía para sus caprichos y despilfarro. Pensó que llevándola con él se reconciliaría y volverían las aguas a su cauce normal, pero cuál fue la sorpresa de tu padre cuando ella dijo amablemente que no deseaba moverse de casa, que se encontraba bien en ella, y que además tenía que cuidar de su hijo. Tu padre se quedó perplejo, no supo ni qué contestar, le pareció lo más maravilloso que había dicho en mucho tiempo, pero a mí no me convenció y por lo tanto me puse en guardia con ella, sabía que algo tramaba, no sabía qué, pero estaba seguro de que algo tenía entre manos y por supuesto, no me equivoqué.

Al día siguiente, tu padre marchó muy de mañana y el día trascurrió sin novedades, todo fue como siempre, y llegó la noche. Yo por mi parte, me senté en el salón, esperando que se sirviera la cena y al mismo tiempo, disfrutaba jugando contigo y de tus gritos de alegría.

Aquella noche tu madre y yo cenamos solos, no dijimos nada durante la cena, pero se advertía en ella cierta amabilidad que no era su costumbre. También se había puesto un vestido muy llamativo, su peinado era distinto y hasta la cena parecía que estaba más apetitosa, así que pregunté un poco desconcertado.

- ¿Qué es lo que celebramos esta noche, que todo parece distinto?.

- ¿Celebrar?. No, nada, ¿por qué lo dices?.

- Por tu vestido, tu peinado y por otros detalles.

- Vaya, menos mal que te das cuenta de que llevo un vestido nuevo, ya pensé que no me dirías nada.

- Mujer, cuando una cosa es bonita y agradable, siempre me doy cuenta aunque no lo diga.

- ¿Te parezco bonita y agradable?.

- Pues claro que sí, igual que a cualquier hombre. Dicho esto, me levanté de la mesa, salí del comedor para ir a sentarme en un sillón que teníamos en la terraza. Allí se aspiraba el aire

fresco y perfumado que desprendía la dama de noche que había en un lateral de la terraza. Era algo que necesitaba después de una jornada en el centro de la ciudad, aguantando toda clase de ruidos, los olores de los coches y otras cosas más que son desagradables. Al sentarme en aquél sillón pensé:

¡Que bien se está aquí!. No tienes nada más que cerrar los ojos y puedes trasladarte con el pensamiento al lugar donde más desees. Pero, ¡qué tonto soy!, parezco un niño soñando con Blancanieves y los siete enanitos, o Ali Babá y los cuarenta ladrones. Algunas veces pienso que me estoy haciendo viejo y que Toni tiene razón cuando dice que soy anticuado pero sentimental, y creo que es cierto, si no fuera así, no me emocionaría con solo aspirar el fresco de la terraza, pero desde luego, sea como sea, voy a disfrutar de estos momentos tan agradables que me ofrece la naturaleza.

De pronto sentí que una mano se posaba en mi hombro, volví la cabeza para mirar y vi con gran asombro que detrás de mí estaba tu madre. Era algo que no entendía y pregunte a mi mente qué era lo que se proponía con aquella nueva actitud, pero no pude contestar, porque su voz me interrumpió.

- Hola, ¿qué haces a estas horas aquí?.

- Lo mismo que tú, tomar el fresco y aspirar la brisa de la noche.

- ¿Y el niño?.

- El niño está durmiendo y creo que no despertará por ahora, así que podemos estar aquí todo el tiempo que nos apetezca.

- Vaya, es una lástima que no pueda quedarme más tiempo, tengo que madrugar, mañana tengo bastante trabajo.

- No, eso no es cierto. Lo que pasa es que huyes de mí, ¿tanto te molesta mi persona?.

- No es eso, es que tengo que irme y la verdad, no veo ningún motivo para quedarme, cuando tú y yo no tenemos nada que decirnos.

- A lo mejor sí tenemos muchas cosas de qué hablar, ¿no te parece?.

- Puso un tono tan especial en aquellas palabras que me pareció estar hablando con una mujer de los barrios bajos y sentí desprecio. En verdad hubiese querido que se la tragara la tierra. Me puse tan nervioso que la cogí de los brazos y la zarandé al mismo tiempo que le gritaba:

- Eres una basura, merecías que te estrangulara, pero no temas, no voy a tocarte, porque las mujeres como tú no se las puede tocar, porque el solo hecho de tocarlas puede ensuciar. Ahora comprendo tu sucio truco, pensaste que yo caería en tus sucios brazos, de ahí tu vestido nuevo, el cambio de peinado, la cena con velitas, etc... Eres una serpiente venenosa, capaz de destilar veneno para envenenar al mundo entero. Pero conmigo te has equivocado, no me interesas, pero si me interesaras, con el solo hecho de ser la esposa de mi hermano, sería suficiente para que fueras sagrada para mí.

- ¡Uf!. Cuantos escrúpulos. No sabía que fueras alérgico a las mujeres.

- Solo a las que son como tú, esas me dan nauseas y me repugnan.

- ¿Qué yo te doy nauseas?. Y ¿que crees tu que me das a mí?. Y no solo tu, sino también tu hermano, mi querido y dulce esposo, que ya no es tan dulce como cuando decidí casarme con él. Supongo que has sido tú quien le ha cambiado, pero te juro que esto me lo vas a pagar muy caro, porque si me casé con tu hermano fue solo por su dinero y por el tuyo, por eso y solo por eso. Me dais asco, tanto tú como él, y si esta noche he querido ser amable contigo, ha sido porque me convenía, quería que tu también fueras mi esclavo para sacarte todo lo que deseara, y así

vengarme por haber puesto a Toni en contra mía. Pero ahora os odio a los dos, os odio tanto que no podría estar ni un solo minuto debajo de este techo. Me marché para vivir mi vida como yo deseo vivirla. Me gusta beber, me gusta fumar, y me gusta excitarme con todo aquello que me venga en gana sin tener que dar cuentas a nadie, y mucho menos a dos palurdos como sois tu y tu hermano. Adiós, espero no volver a veros en mi vida. ¡Ah!, pero ahí os dejo un regalito para que me recordéis, aunque solo sea para envenenar vuestra sangre.

- ¡No, espera!. No puedes irte hasta que no venga Toni. Además, tienes a tu hijo, ¿crees que voy a dejar que te lo lleves?.

- No, no hace falta. Ya te he dicho que no me lo voy a llevar, solo me serviría de estorbo. Quedáoslo, os lo regalo. De vosotros solo me llevo las cosas que valen la pena, como joyas y otras cosas semejantes, lo demás, para qué...

- Después de estas palabras, aun intenté retenerla para que no se marchara, pero fue inútil, estaba tan furiosa que me dió un empujón y caí con tan mala suerte, que perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, ya se había marchado, llevándose con ella, pieles, joyas y todo lo que tenía valor material.

- Y ¿qué hiciste cuando te diste cuenta que no estaba?. ¿Avisaste a la policía?.

- No, no hice nada. Esperé que viniera tu padre para que él decidiera. Yo no quería dar un escándalo hasta ver la decisión que él tomaba.

- ¿Que decisión tomó mi padre?.

- Bueno, fue un poco difícil explicarle todo lo sucedido en su ausencia, pero al fin tuve que decirle la verdad.

- ¿Y cómo reaccionó?.

- Se puso a llorar. Lloraba amargamente, sin dejar de repetir que él la quería, que no podría vivir sin ella, que la buscaría fuera donde fuera. Traté de explicarle que la dejara en

paz, que viviera su vida como a ella le gustara y que no pensara mas en ella, pero fue inútil, se levantó del asiento y fue al cuarto de baño, se lavo los ojos y después fue a tu cuarto, te besó y te dijo: voy a buscar a tu madre, no te preocupes, la traeré, adiós, se bueno.

- Cuando se acerco a la puerta para salir, quise detenerle, pero no pude, lo único que sí dije fue: ten cuidado, piensa donde puede estar y cómo debe estar.

- No te preocupes, debe estar en algunas de esas guaridas que frecuentaba antes de casarse conmigo, según me dijo en alguna ocasión. Además, no creo que lleve mucho dinero.

- Te equivocas, se ha llevado todo la recaudación que se hizo el sábado en la tienda. Ya sabes que no pudimos llevarlo al banco y se trajo aquí a casa.

- Aunque sea así, no creo que haya salido de la ciudad, pero si lo ha hecho, será lo mismo. Pienso buscarla y traerla de nuevo junto a su hijo y junto a mí. Lo haré aunque me cueste la vida, porque al fin y al cabo, para qué la quiero, si no está ella. Maldita mujer, la amo tanto como la odio. Ha destrozado mi vida, hice mal en consentirle todo sus caprichos malsanos, porque una cosa es amar a su esposa y darle todo aquello que es razonable y otra muy distinta es dejarlas que te manejen como un trapo sucio. Pero esto se acabó, la traeré de nuevo y ocupará el puesto que corresponde a una señora, esposa y madre, no como una cualquiera, que pasa la vida en la calle, piscinas, bares y eso que ella llama compras necesarias, que en resumidas cuentas no es más que un despilfarro.

- No me dió tiempo a decirle nada más, estaba fuera de sí. Hubiera querido detenerle pero no pude, su fuerza era mayor que la mía en ese momento. Estaba demasiado nervioso para razonar, temí por él, por eso insistí de nuevo, pero él ya no escuchaba. Abrió la puerta del coche y segundos después se perdía calle abajo en busca del centro de la ciudad.

Yo me quedé rezando para que las cosas salieran bien, pero Dios en esta ocasión no quiso escuchar mis ruegos. Después de muchas horas de angustiada espera, sonó el teléfono.

- ¡Si, diga!.

- ¿Son los señores de Morales?.

- ¡Si, dígame!. La persona que había hecho la llamada tardó unos segundos en contestar: - ¿quién es usted y qué es lo que desea?.

- Llamamos del hospital nuevo. Tiene que venir. Su hermano ha sufrido un accidente, por favor, venga pronto.

Recuerdo que no pude colgar el teléfono, sino que cayó de mis manos sin darme cuenta. Fue el ruido que hizo al caer al suelo, lo que me hizo reaccionar. De nuevo lo cogí para seguir hablando, pero aquella persona ya no estaba. Me sentí tan aturdido que no podía reaccionar. Poniendo en marcha todas mis fuerzas, pude llamar a un taxi. Diez minutos después estaba delante de un hombre destrozado y con pocos minutos de vida, pero aún tuvo fuerzas para contarme lo que pasó cuando encontró a tu madre. Puse mi mano derecha en su boca para que no dijera nada y con la otra apretaba la suya para tratar de darle fuerzas, pero él sabía que no podía perder tiempo, tenía que hablar, tenía que contármelo todo, sus minutos estaban contados, y quería que yo supiera cómo había sucedido todo desde que salió de casa. De modo que retire la mano de su boca y cogí las suyas entre las mías, acerque mi oído a sus labios y escuche los tristes momentos que le había tocado vivir.

- Lo siento Emilio, lo siento, yo no quería que todo terminara así. Quería que entrara en razón, pero estaba tan borracha que no había forma de convencerla, decía cosas inauditas.

- Cálmate Toni, ya pasó. Ahora tienes que descansar y cuando estés más tranquilo me lo contarás todo. Ahora duerme, que yo me quedare aquí contigo.

- No, no puedo dormirme, ya tendré tiempo para eso cuando te lo cuente todo. Entonces sí dormiré el sueño eterno, ese sueño que todos tememos, pero que todos en alguna ocasión también deseamos, porque solo en él encontramos la paz que despiertos no hemos podido encontrar.

- Calla hermano, no digas eso, te curarás y todo volverá a ser como antes. Piensa en tu hijo, él te necesita, ¿comprendes?. Te necesita y yo también. Hemos sido unos hermanos tan unidos que no puedes dejarme, no, no puedes, tienes que curarte, tendrás todo lo que necesites, te lo aseguro.

- Lo único que deseo es ver a mi hijo, pero sé que no llegaría a tiempo.

- No te preocupes, iré a buscarle.

- No hermano, no serviría de nada, no quiero que te marches. Aprieta tu mano contra la mía, quiero sentir tu calor, es como si me infundieras ánimo y las suficiente fuerzas para enfrentarme a Dios, porque estoy seguro de que me pedirá cuentas.

- No te atormentes Toni, tu no hiciste nada malo.

- Sí, quise traerla a la fuerza, aunque ella no quería, pero lo peor fue cuando me escupió en la cara diciéndome que yo había sido nada más que un pelele en sus manos, y que me odiaba por eso, que a ella le gustaban los hombres fuertes de carácter y firmes en sus propósitos como tú, pero que odiaba a todos aquellos que, como yo, se dejaban manejar por las mujeres. Fue terrible, yo que le había dado todo lo que había deseado, yo que solo vivía para complacerla, me odié a mi mismo por no haberme sabido comportar como un hombre sino como ella dijo, como un pelele. La culpa ha sido mía, los hombres en la mayoría de los casos somos los culpables de lo que algunas mujeres hacen, creemos que dándoles todo lo que nos piden, le hacemos el bien, pero en realidad le hacemos mucho mal, a ella y a toda la familia. La disciplina se implanta desde un principio y no como

yo, que cuando quise darme cuenta ya era demasiado tarde, el mal estaba demasiado arraigado.

Había odio en sus ojos, deseosos de hacer daño, era como una alimaña hambrienta. Quería vengarse de ti y de mí, de todo lo que de una manera u otra se relacionara con nosotros, no te perdonaba el haberla rechazado, habiendo sido, según ella me confesó unos momentos antes del accidente, el único hombre que había significado algo para ella. Te veía fuerte, varonil, muy seguro de ti mismo, y pensó que todo eso se derrumbaría en cuanto ella se lo propusiera y al verse rechazada de esa manera tan rotunda no pudo resistirlo y nos odió tanto que no quiso volver a vernos nunca más. Pero lo que no comprendo es cómo se puede abandonar a un hijo solo porque odia a su padre, porque nosotros al fin y al cabo no llevamos su sangre, pero el niño es carne de su carne, un trocito de su mismo cuerpo. ¿Cómo es posible que una madre pueda hacer eso?. Cuando hasta los animales crían a sus crías con cuidados y celosamente para que ningún otro animal pueda hacerle daño. Les enseñan a comer, andar y a defenderse de los peligros que les asechan diariamente. ¿Cómo puede un ser civilizado abandonar a su hijo, siendo un trocito de carne sonrosada que solo tiene lo que le queremos dar?. De verdad que no lo entiendo.

- Tu eres demasiado bueno para entenderlo, por eso no te das cuenta que ya ni el amor de un hijo es suficiente para sacrificar nuestros placeres y egoísmo, no importa que nuestros hijos sepan o no quiénes son sus padres. En otros casos es como me grito Laura en la cara, que a ella no le importaba el niño, sabía que le cuidaríamos bien, y que lo que ella necesitaba era vivir. Que al diablo con todo lo sentimental, que solo le importaba lo material y que como ése, podía tener media docena si lo deseaba. Eso fue lo que me grito, y no pude contenerme.

Sentí como la sangre me quemaba las venas, y mis manos temblorosas se lanzaron a su cuerpo, y cogiéndola por un brazo

la arrastré hasta el coche. Lo hice con tanta furia que ni siquiera puso resistencia, cuando quiso reaccionar yo ya tenía el coche en marcha. Fue en ese momento cuando quiso obligarme para que parara, seguidamente me dió un empujón para adueñarse del volante, ambos estuvimos forcejeando sin darnos cuenta de que un camión se nos echaba encima. No me dió tiempo de nada, solo pude sentir el grito de Laura. Fue terrible, te lo aseguro.

- Olvídate de ese momento, piensa que todo ha sido una pesadilla y que cuando despiertes nada de eso es cierto.

- Ya sé que tratas de consolarme, que es una mentira piadosa, pero no me hace falta. Solo te pido que cuides de mi hijo, que le enseñes a ser un hombre de verdad, y cuando sea capaz de amar, cuéntale la verdadera historia de sus padres, la debilidad de su padre, que por no saber ejercer su autoridad termino siendo la víctima de una mujer.

- No pudo decir nada más, cerró los ojos e inclinó la cabeza.

- Te aseguro que no sé como pude resistirlo. Ahora lo entiendo, es Dios quien da fuerzas para todo.

Al día siguiente se celebó el funeral para los dos y cuando terminó todo, me dedique a ti por entero. Juré a tu padre que haría de ti un hombre como él me había pedido, y creo que lo he conseguido. Aunque no creas, algunas veces te ponías difícil, porque aunque eras un niño muy bueno, también te portabas como lo que eras, un niño y hacías las travesuras lógicas de tu edad.

Recuerdo aquel día que Teresa, la criada, me llamó muy asombrada:

- ¡Señor, señor!
- ¿Qué pasa, Teresa?
- Por favor, venga a la cocina...
- Pero ¿que sucede?.

- No se preocupe, no pasa nada malo, pero quiero que lo vea para que sepa lo que hace este renacuajo, que apenas tiene un año y mire lo que me ha hecho.

- No pude aguantar la risa. Parecías un muñeco de nieve, habías abierto las puertas de uno de los armarios de la cocina y tiraste todos los cacharros al suelo y un pote que tenía harina te lo echaste por la cabeza. Parecías una bola de nieve y el suelo quedo todo blanco. Si hubieras visto a Teresa cómo peleaba, luego, cuando te hubo bañado, te envolvió en una toalla y te iba a comer a besos, también repetía que si tenías aficiones de panadero. Te quiso y te quiere igual que a un hijo. Creo que si supiera que estábamos levantados a esta hora nos echaría una bronca cariñosa, es una mujer especial si yo fuera santo la recomendaría para el cielo.

- Sí, Teresa es para mí como mi propia madre ya que ha sido la única mujer a quien he conocido como madre y como abuela. Ella y tú sois toda mi familia, bueno hasta ahora.

- ¿Qué quieres decir con eso de hasta ahora?.

- Pues eso, que algún día conoceré alguna mujer y me casaré para formar una familia. Pero en realidad, todo eso que me has contado de mis padres me ha sorprendido, pensé que hace veinticinco o treinta años las mujeres no eran tan liberales y se amoldaban más a sus quehaceres domestico, junto con sus familias.

- Eso sucedía en los pueblos y en las pequeñas ciudades, pero en las grandes como esta y otras similares, las mujeres ya sacaban los pies del tiesto, como vulgarmente se suele decir. No ocurría como le ocurrió a mi madre, que la pobre murió reventada a causa del trabajo que no debió hacer, ya que hacía bastante con cuidar de la casa y traer al mundo una nueva vida.

- Sí, antes los hombres abusaban de las mujeres tanto que no era justo, como tampoco es justo que ahora las mujeres

tengan tanta libertad. Tan malo es una cosa como la otra, ambas son perjudiciales para la familia y para la humanidad.

- Y ¿qué sugieres tú?. ¿Qué se podría hacer para que esto se arreglara?.

- ¿Sugerir?. No, tío, no puedo sugerir nada porque el mundo está casi podrido y digo casi, porque afortunadamente todavía hay algunas personas buenas y espero que toda esta pesadilla que estamos viviendo acabe algún día y solo sea como un mal sueño.

- No, hijo, esto no acabará tan fácil. La lucha ha empezado y antes de rendirnos tenemos que medir las fuerzas de unos y otros y puedes creerme que va a ser difícil. Quisiera equivocarme pero no lo creo, es algo que salta a la vista. Pero mira, ya se está haciendo muy tarde.

- ¿Muy tarde?. Yo diría que es muy temprano, teniendo en cuenta que hemos entrado en otro día, porque son casi las cuatro de la madrugada.

- Hay que ver como pasa el tiempo. Sí, será mejor que nos vayamos a la cama, si no mañana no habrá quien nos saque de ella.

- ¿Mañana dices?, ¡pero si muy pronto será de día!.

- Si, lo sé, pero prefiero pensar que es mañana porque tengo mucho sueño ¿comprendes?.

- Te comprendo, pero no te creo. Tu no tienes sueño, lo que pasa es que quieres escapar a mis preguntas y eso no lo vas a conseguir.

¿Dime quien es esa mujer de la que estas enamorado?.

- ¿Yo enamorado?. ¿Quién te ha dicho eso?.

- Tus ojos, tu sonrisa, tu mirada lejana pero brillante, tu comportamiento en general. Me gustaría conocerla para saber qué clase de mujer es, para poder ayudarte si tu me lo permites, como espero.

- Sí, deseo que me ayudes y me guíes en algo que no tengo mucha experiencia, pero por el momento no puedo decirte mucho, solo que esta noche me ha confesado algo que yo no esperaba y me sentí tan turbado que preferí retirarme para meditar.

- Y ¿lo has hecho?.

- No he tenido tiempo, pero pienso que con tu ayuda lo resolveré.

- Pues bien, soy todo oído, estoy esperando que me cuentes para poder ayudarte.

- Pero ¿no crees que sería mejor dejarlo para otro día?.

- Pienso que, como tu dices, no hay mucho que contar, es mejor que lo hagamos ahora que nos hemos puesto a revelar secretos familiares, otro día a lo mejor nos cuesta más trabajo decidirnos.

- Está bien, tu ganas, pero te aseguro que no sé gran cosa de ella aparte de lo que me confesó poco antes de separarnos.

- Muy grave debe ser cuando tú la dejaste plantada.

- No la dejé plantada. Quise llevarla a su casa, o mejor dicho a donde vive, pero no quiso, dijo que lo haría sola. Creo que estaba avergonzada.

- ¿Avergonzada una chica de estos tiempos?.

- Sí, estoy seguro de que lo estaba, no quiso ni mirarme cuando me dijo adiós. Cogió un taxi y dió la dirección.

- ¡Pero bueno!. ¿Qué es eso que te dijo?. ¿Quieres contármelo de una vez?.

- Está bien, me confesó que había tenido un hijo.

- ¡Caramba!. Eso son palabras mayores, no me lo esperaba, ¿y dices que se avergonzó cuando te lo dijo?.

- Si tío, tenía tanta vergüenza que ni siquiera podía levantar la vista del suelo.

- ¡Pues no lo entiendo!. Y según parece es una buena chica.

- Lo es, estoy seguro.

- ¿Cuanto tiempo hace que sales con ella?.

- Bueno, solos, salimos hace dos meses, pero antes de estos salíamos con unos cuantos amigos más, creo que ya los conoces, Pedro y Paco y también otras chicas.

- Les conozco, son personas muy agradables, simpáticos, trabajadores, en fin, buenas personas, de verdad.

- ¡Vaya!. No sabía yo que supieras tanto de mis amigos y mucho menos si son trabajadores o no.

- Yo sé muchas cosas de tus amigos, porque me interesa saber con quien andas y qué clase de personas son. Uno es mecánico, el otro un empleado de banco y el tercero, un dependiente de una tienda de electrodomésticos, ¿ me equivoco o no?.

- No, desde luego que no, pero el empleado del banco ya no está, lo han trasladado.

- También lo sé, el otro día cuando fui al banco me lo dijeron. Pero dime, ¿cómo es que no tienes otros amigos de distinta posición social.

- ¿Quieres decir de una sociedad más alta?.

- Sí, a eso me refiero.

- Pues sencillamente porque prefiero la fruta pequeña y sana, no gorda y podrida.

- Eso es lo que quería oír de ti, ahora sé que puedo dejarte solo porque no te perderás.

Ahora bien, en cuanto a esa muchacha no podemos juzgarla por haber tenido un hijo. Antes tenemos que saber los motivos y las circunstancias que rodearon este caso, así que si es verdad que la quieres, tienes que ser amable y paciente con ella para que te cuente todo lo que te interesa saber, porque las desgracias pueden llegar sin uno desearla como puede ser el caso de esa muchacha. Dices que la conociste...

- Sí, Pedro me la presentó una tarde que salimos de paseo. Estábamos bastante cansados ya que habíamos correteado

muchos sitios de la ciudad. En realidad lo que buscábamos era un sitio tranquilo para merendar, pero como no lo encontramos, terminemos en el de siempre, que yo creo que es el mejor, porque es el más tranquilo y además sirven muy bien. Estábamos hambrientos, el andar nos había abierto el apetito, Pedimos unos entremeses y una tortilla de patatas.

- ¡Eso no parece una merienda, sino una cena!

- Sí, ya te he dicho que estábamos hambrientos.

- Está bien, perdona, pero ¡sigue, por favor!

- Bueno, el caso es que cuando empezábamos a comer, Pedro se levanto:

- ¡Isabel, Margarita, venir aquí con nosotros!

- Y de pronto, sin casi darme cuenta, me encontré rodeado de tres preciosas muchachas.

- ¿No las conocías, siendo amigas de Pedro?

- Sí, conocía a dos de ellas, a Isabel y a Juanita, pero no a Marga.

- Vaya, si ella es tan bonita como su nombre, debe ser muy guapa, aunque hoy día casi todas las mujeres son guapas y mucho más cuando se ayudan con la cosmética.

- No, te equivocas. Marga no se maquilla, tiene una piel morena pero suave y delicada, su pelo es castaño claro con reflejos y brillo muy especial, su cuerpo esbelto y señorial. Pero lo que más atrajo mi atención de ella fueron sus ojos, sus ojos eran grandes y bonitos, pero estaban tristes, había como una amargura en el fondo de sus pupilas. Me pregunté si sería timidez, pero no, no era eso, parecía que tenía algo personal en contra de los hombres. Las otras eran diferentes, me dije que sería porque ya me conocían, por eso adelanté los acontecimientos y dije:

- Bueno, Pedro, pienso que no has llamado a estas lindas señoritas para tenerlas de espectadoras mientras que nosotros comemos, ¿o no es así?, porque si es eso lo que piensas, seré yo

quien las invite a merendar con nosotros, y aunque no tengo el placer de conocer a esta simpática joven, me sentiría muy honrado si aceptara mi humilde invitación.

- Fue Isabel quien soltó una gran carcajada, al tiempo que decía:

- Vamos hijo, ¿has terminado ya con tu sermón?, porque vamos, no sé de dónde has sacado tanta galantería.

- Y todos elogiaron la ocurrencia de Isabel. Ya íbamos a sentarnos cuando dijo Pedro:

- Margarita, este es José, el amigo de quien te he hablado algunas veces. José, esta es Margarita.

- Vaya, por fin me la presentas, creí que no lo harías nunca.

- Es que quise poner un poco de suspense al asunto. Tiempo tendrás de acaparar a Margarita. Claro, esto hasta que ella no se canse de ti, naturalmente, porque cuando te pones pesado no hay quien te aguante.

- Margarita no decía nada, solo se limitaba a mirarnos y sonreír. La miré y pronto supe que su sonrisa tampoco era alegre y sincera como corresponde a una joven feliz, porque más que una sonrisa era una manera amable de corresponder a nuestros elogios. Pero tuve que dejar de mirarla, pensé que si se daba cuenta podría molestarse. Así que, comimos, bebimos y hablamos de muchas cosas, y cuando ya no teníamos nada que decir se nos ocurrió hablar de política, y como te puedes figurar, fue un desastre, nadie estaba de acuerdo con nadie, lo dejamos y tomemos el tema de la mujer de hoy en día, tan de moda. No creas, fue un tema bastante interesante.

- ¿Y no os dio miedo?. Porque, mira que cuando las mujeres se ponen a defender sus derechos, no hay quien las pare.

- Bueno, ya te he dicho que fue un poco duro de pelar, no todas estaban de acuerdo que la mujer tenga que subir tanto y

tan deprisa, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Me gustaría que tú me dieras tu propia opinión, ya que tú tienes más experiencia de la vida que nosotros los jóvenes y has vivido más.

Mira, todo empezó así:

Bueno, ya que en el tema de la política no nos ponemos de acuerdo, a ver si el tema de los derechos de la mujer lo entendemos mejor: - lo dudo, dijo Pedro. -Las mujeres siempre quieren llevar la razón y nosotros nos callamos por caballerosidad y a veces solo por comodidad.

Juanita le miro con una mirada agresiva pero amigable Yo que conozco esa mirada intervine rápidamente:

- No creo que resulte tampoco este tema. Como veis, estamos en minoría, vosotras sois tres y nosotros dos. Ahora sí que habló Margarita, que había estado callada hasta este momento:

- Yo creo que nadie está en desventaja, seréis dos a dos, yo no pienso intervenir en este tema, no me interesa, prefiero guardar mis opiniones.

- Pero mujer, pon tú también tu granito de arena.

- No, será más divertido oír ambas opiniones.

- Está bien, como quieras, empieza el debate.

- Vamos a ver, Juanita, ¿que piensas tú de los derechos de la mujer?.

- Bueno, esos asuntos no son tan fácil de explicar. Verás, yo creo que todas las personas tenemos nuestros propios derechos, pero no todos tenemos las mismas obligaciones, y que con sabiduría y comprensión, poner las cosas, cada una en su propio lugar.

- Explicáte mejor porque, la verdad, estoy un poco confuso.

- Con mucho gusto. Mira, la mujer quiere ser igual al hombre, pero en qué, vamos a ver, en sentarse detrás de una máquina de escribir, en llevar la contabilidad de unos grandes

almacenes y también, porque no decirlo, hay mujeres que son jefes de estado y otros cargos políticos. Y no dudo que desempeñen sus cargos a la perfección, pero todos estos cargos que he mencionado están relacionados con la silla y eso significa estar sentada con las uñas pintadas, la cara maquillada y elegantes trajes. ¿Por qué no quieren igualarse a esos otros hombres que trabajan en la construcción?. Albañiles, encofradores, chapistas y otros muchos empleos de esa índole. Ellos también son hombres y a ninguna mujer se le ocurre trabajar en esos sitios para estar en igualdad con todos los hombres. No, eso no, solo en lo que les conviene.

- Vaya con Juanita, cuánto sabe de los derechos de la mujer, y como las ataca. ¿Es que tienes algo contra ellas?.

- No, lo tengo contra los hombres, que dan pie para que ocurran todas las cosas que están ocurriendo.

- Bien, tú ya has dado tu interesante opinión. Ahora que sea Isabel quien nos diga la suya y por último seremos Pedro y yo quien demos nuestro parecer. Veremos quien de los cuatro que participamos en este debate tiene más razón.

- Bueno, yo no tengo mucho que añadir a lo que ha dicho Juanita. Creo que tiene razón en cuanto a todo ese lío de derechos o no derechos, pero lo que no puedo entender es por qué algunos hombres dan tanta soltura a las mujeres si saben que son ellos los que se perjudican.

- Pues hija, no entiendes nada de nana. - Respondió vivamente Juanita.

- Mira, hay tres tipos de hombres: el primero es el hombre fuerte de carácter, inteligente, trabajador y que, cuando llega a su casa, le gusta encontrar a su esposa y a sus hijos esperándole con una sonrisa en la boca, sentarse con ellos y hablar, reírse o comentar la jornada del día, y si no, mirarse a los ojos y decirse que se quieren sin palabras. Ese es mi primer tipo de hombre. Después tenemos el segundo, que es un tipo indiferente, que lo

acepta todo por comodidad, como por ejemplo, en mi casa, mi madre dice:

- Escucha, Antonio. Esta tarde tengo que ir a la oficina, tengo que hacer un trabajo que ha salido de improviso, ¿no te enfadarás verdad?.

- ¡Oh no!, ¿para qué?. Si lo hago, no serviría de nada, así que para que voy a tomarme esa molestia.

- Bueno, también quiero que me dejes el coche porque como es sábado tú no tienes que ir a trabajar, no sabes la suerte que tienes de poder quedarte en casa, “con lo que a mí me espera”. ¿Me lo dejas, verdad cariño?.

- Sí claro, cógelo, ¡qué remedio!, lo cogerías de todos modos.

- ¡Ah!. Se me olvidaba. A lo mejor, cuando salga de la oficina iré a tomar algo con mis compañeras de trabajo, así que si llego un poco tarde no te preocupes demasiado.

- No, si no pensaba hacerlo, sé que tú sabes cuidarte por sí sola. Lo que sí me preocupa es el coche, no quiero que el lunes tenga que ir al taller de chapistería como casi siempre que te lo llevas.

- ¡Hijo, por Dios!. Ni que fuera yo solita la que hace abolladuras a los coches. Si tu supieras, se ve cada una por la calle, que no sé cómo les dieron el carnet de conducir. Escucha, el otro día iba un señor con un coche y detrás una señora conduciendo otro coche, pues, ¿qué crees que sucedió?.

- No lo sé, yo no estaba allí.

- Mira, el señor tuvo que parar porque era un paso de cebra y un niño pasaba por él. La señora, que no se que pensaría de la parada del señor que iba delante, que se lanzó sin parar. Fue un verdadero milagro, el niño se salvo por los pelos.

- Pero, ¿que paso con el niño?.

- Nada, no paso nada, pero eso sí, si el coche no hubiera tenido buenos frenos habría pasado una desgracia. Eso sí, el

chico se quedó blanco como el papel de fumar y, ¡que bochorno!, como gritaban los hombres: fregando platos tenían que estar todas. Mujer tenía que ser, ¡y qué grito! y qué groseros. Menos mal que tu no eres así ¿verdad que no, cariño?.

- Si tu lo dices.

- Perdona Juanita, que te interrumpa en un relato tan interesante y divertido, pero dime, ¿tu padre siempre es tan complaciente con tu madre?.

- Sí, ya os dije que mi padre es de esos hombres cómodos que le gusta que se lo den todo resuelto. Si hay un problema en casa y lo resuelve la mujer, pues mejor que mejor, y si la mujer trae un sueldo a casa, encantado. Vamos, eso que se llama sacar las castañas del fuego.

- ¡Pero, bueno!, además de su trabajo, ¿qué hace tu padre?, porque no me digas que cuando vuelve del trabajo se mete en casa y no habla ni dice nada?. ¿Tampoco riñe, ni pone objeciones?.

- ¡Ah! no. Mi padre, con tal de que le dejen en paz, lo aguanta todo. El solo habla con sus sellos y monedas, no sé que les debe decir, pero si sé que cada día los cambia de sitio y a mi madre esto le saca de quicio, ver como les presta tanta atención a esas cosas y que a ella no le preste ninguna. Mira, el otro día lo que pasó. Mi madre se puso unos pantalones y antes de salir a la calle dijo a mi padre:

- Mira Antonio, ¿te gustan estos pantalones?. ¿Verdad que me quedan bien?.

- A mí me parece que te sientan como un tiro y que no deberías salir a la calle con ellos, pero si a ti te gusta que te digan que están bien, pues allá tú. A mí qué más me da, si a ti te gusta, a mí también.

- Tu padre debe ser un tipo muy extraño.

- ¿Extraño?. No lo sabes bien, hay que sacarle las palabras con tenacillas y aún se resiste.

- Pues no le parece a su hija, que necesita un esparadrapo para que no le salgan las palabras en serie y no te molestes por mis palabras, ya sabes que te las digo cariñosamente.

- ¿Molestarme? - dices. - No, claro que no, yo se que hablo demasiado, pero ¿qué quieres que haga?. Soy así, me gusta estar alegre y reírme de todo lo que me rodea, quiero ver las cosas por el lado bueno, el malo no lo miro, más bien lo dejo aparte. Si no fuera así, no podría vivir en casa, mi madre queriendo llevar la voz cantante en todo, y mi padre, con su indiferencia y falta de autoridad, así que he decidido tomarlo todo con buen humor, y por lo menos pasármelo bien. Mira, os voy a contar todo lo que tuve que reírme el otro día.

Hace tiempo, dijo mi madre que cambiaría los muebles de su dormitorio porque quería otros más modernos, pero nunca se decidía, hasta que por fin, un día dijo:

- Antonio, esta tarde quiero ir a comprar los muebles de nuestro dormitorio que, como sabes, hace tiempo que lo quiero hacer. ¿A ti que te parece?.

- ¿A mí me dices?.

- ¡Sí, claro que es a ti!.

- A mí me da igual, si a ti te parece bien, hazlo como quieras.

- Bueno, si tú quieres venir conmigo, no hay inconveniente.

- ¡Oh!, no. Yo tengo que hacer cosas y además, tú ya sabes arreglarte muy bien sin mí.

- Está bien, no importa. Tu tienes muy mal gusto y tendríamos que discutir, será mejor que vaya sola. Hasta luego, cariño, utiliza la lupa que ya está muy desgastado.

- ¡Muy graciosa!. Hasta luego.

- Pasados dos días, llegaron los muebles. Cuando mi padre los vio, se quedo sin habla, pensé que se desmayaba. Nunca he visto a mi padre protestar, pero ese día parecía que iba a

estrangular a mi madre, claro está, con la mirada, porque con la boca no se atrevía.

- ¿Tan feos eran los muebles?.

- ¡No!, si no era por eso. Ahora me río, pero en ese momento me dió pena de mi padre: el dormitorio tenía dos camas y con lo friolero que es mi padre aquello fue un verdadero drama. Todas las noches, mi padre se lleva dos bolsas de agua caliente a la cama, si no, el pobre lo pasaría muy mal.

- ¿Por qué tu padre no dijo que quería una sola cama y no dos?.

- Ya lo intentó, pero mi madre no le dejó ni terminar la frase, decía que a ciertas edades conviene tener camas individuales porque es más sano para los dos. Así, si uno se pone enfermo, el otro no tiene por qué sufrir las consecuencias.

- En fin, que tu padre duerme solito con dos bolsas de agua caliente.

- Pobre papá, la culpa es suya por haber dejado a mi madre hacer siempre todo lo que ella ha querido.

- Me gusta estar a tu lado, contigo nadie tiene penas. Fijate hasta Margarita que estaba tan seria, se está divirtiendo contigo. Todos nosotros estamos encantados con tus relatos, aunque todavía no has terminado: te queda, según tú, el tercer tipo de hombre que existe.

- ¡Ah! sí. El gruñón, ese que es parecido al perro y perdón por la comparación, pero es que hay un refrán que dice: perro ladrador poco mordedor y eso es precisamente lo que les pasas a estos hombres. Yo tengo un tío hermano de mi padre que es de este tipo de hombre. Él quiere imponer su voluntad a base de gritos, pero a la hora de ser firme en sus propósitos, se le va la fuerza por la boca y todo queda en nada. Cuanto más grita, más aire se le escapa y al final, siempre hacen lo que la esposa desea. Yo les digo que sigan el ejemplo de mis padres y por lo menos se evitaran que se les enferme el hígado. Verás, el otro día estuve en

su casa, lo hago muy a menudo, porque tienen un niño de diez años que es un encanto y además me quiere mucho. De pequeño me decía tata y ahora que es un poquito mayor, juega conmigo a las damas u otros juegos divertidos. Pues bien, no hago nada más que entrar por la puerta y siento unos gritos que parecía que iba a derribar la casa. Yo pensé que se tirarían los trastos a la cabeza, pero no fue así, menos mal que logré calmarlos: .-¡Pero bueno! ¿que son estos gritos?, que se van a oír hasta en la plaza mayor, ¿os parece bonito tanto grito para nada?. Porque supongo que será otra de vuestras tonterías, ¿o me equivoco?.

- Esta vez no es ninguna tontería. - dijo mi tío. - esto tiene que arreglarse de alguna manera. Mira, en casa somos tres personas y la muchacha, que yo pienso que no tenemos necesidad de ella, pero como tu querida tía dice que sí, pues es que sí.

- Siempre con el mismo tema -dijo mi tía muy enfadada.

- ¿Crees que yo puedo con todo?. Pues no es así, estás equivocado. Tengo a la muchacha porque yo gano para pagar su sueldo.

- ¡Ah! sí, muy bonito. Tu estás casi todo el día fuera de casa trabajando para darle lo que ganas a la muchacha. Para eso, te quedas en casa y todos ganamos.

- ¡Pero bueno!. ¿Has oído a tu tío, Juanita?. Dice que me quede en casa barriendo y fregando platos. Desde luego que los hombres no tienen ni siquiera un poquito de consideración con las pobrecitas mujeres. ¡Ay de nosotras, si no supiéramos defender nuestros derechos!, pero afortunadamente hay muchas como yo, que sí saben defenderse. Aprende, Juanita, de cómo en realidad son los hombres, para que después, cuando te cases, sepas pararle los pies desde un principio, porque si es así como tu tío, hija mía, más vale que te quedes soltera, así haces y deshaces a tu gusto, sin tener que dar cuenta a nadie. Si por lo menos fuera como tu padre que no habla ni papa, se podría

soportar. ¡Mira tu madre!, ella hace lo que quiere, si no, ahí tienes lo de los muebles, ¡desde luego que estuvo gracioso!. Yo, cuando me acuerdo, me pongo a reír como una tonta. Mira que poner a tu padre a dormir solito, tiene gracia y él, tan tranquilo. Si soy yo quien se lo hace a tu tío, creo que hunde la casa a gritos. En cambio, él se desahoga con sus sellos, cuando se cansa de tenerlos en un álbum los traslada a otro y trae a los pobrecitos sellos, locos de tanto cambio. Hoy aquí y mañana allá, yo creo que cada domingo los cambia de domicilio. Desde luego, yo estaría encantada si tu tío fuera como él. Por lo menos se distraería y no estaría pendiente, (que si hago o no hago).

- Eso es lo que tu quisieras, para cometer más tonterías cada día, porque con una mujer como tu se puede esperar todo.

- Desde luego, qué poco galante eres.

- Es que, cuando dices cosas tan absurdas se me olvidan los buenos modales.

- No, si a ti se te olvidan siempre conmigo.

- Es que siempre me sacas de quicio. Ahora me dices que me dedique a la filatelia. ¿Tú sabes lo que eso supone?. Pues supone gastar dinero y de eso ya te ocupas tu solita y reconozco que se te da bastante bien. No sé de qué sirve que trabajemos los dos, si en casa nunca hay ni un céntimo.

- Hijo, pues ni que yo me lo comiera.

- No, ya sé que no te lo comes, pero sí lo gastas en cosas absurdas. Pero claro, pensándolo bien no son tan absurdas, porque si no tuvieras muchacha no podríamos cenar más veces fuera de casa que dentro, al tener que quedarte a cuidar de tu hijo. Mira, cobramos el día uno de cada mes y el día veinte ya tengo que pedir anticipo. Si tu estuvieras en casa, administrando lo que yo gano, que es más que suficiente para una familia como la nuestra, sobraría dinero y las cosas irían mejor.

- Bueno, tío, ya está bien por hoy. Ya reñiréis en otra ocasión, porque supongo que no será la última.

- Pues debería de serlo, porque al fin y al cabo, tu tía siempre hace lo que quiere.

- Por lo menos, lo reconoces.

- Sí, pero gritando, al menos me desahogo y es que no sé dónde vamos a llegar. Todo está desordenado y es algo que yo solo no puedo arreglar, hasta en mi propia casa he perdido la autoridad. Digo a mi esposa que no vaya a trabajar y ella va a trabajar, digo que no haga gastos inútiles y ella los hace. En fin, que sea lo que Dios quiera, diré yo como dice mi compañero de trabajo: “baja Manuel y llévanos a todos”.

- Me reí de las ocurrencias de mi tío, y cuando se calmó todo, pasamos un buen rato. Más tarde me marché a mi casa, con la entera seguridad de que antes de llegar la noche, estarían discutiendo de nuevo, pero también estoy segura de que mi tía seguirá haciendo lo que le diera la gana, y mi tío seguirá siendo eso que se llama perro ladrador, poco mordedor. Este es el tercer tipo de hombre que para mi opinión existe, y que debería ladrar menos y morder más.

- ¿Morder?.

- Bueno, es una expresión. Quiero decir que el marido, como cabeza de familia, tiene una gran responsabilidad en la familia. Por eso no debe tratar los asuntos a grito, sino razonar con la esposa con cariño, pero con firmeza y plantear las necesidades y bienestar de la familia.

- Te repito, eres encantadora y maravillosa, creo que todos los que estamos aquí opinan igual que yo. ¿O me equivoco?.

- No, desde luego que no. Todos estamos sorprendidos cómo una chica tan alegre y moderna, rechaza el modo de vivir de la mayoría de las familias de hoy día. Después de esto se hizo un silencio. Fue Pedro quien quiso romper el silencio.

- Habéis quedado muy calladas, ¿es que no tenéis nada que decir?.

- Esta vez fue Isabel quien contestó:

- ¡Que quieres que digamos!, si Juanita nos ha dejado “fuera de combate” con todo lo que ha dicho. No sé quien podría rebatir sus palabras, así que pienso que lo mejor es callar. ¿No piensas tu lo mismo, Margarita?.

Pero Margarita no contestó. Tenía los ojos en un punto fijo, sus pestañas no parpadeaban y sus pupilas brillaban como si en cualquier momento le fueran a salir las lágrimas. Parecía como si estuviera a muchos kilómetros de distancia, porque ni siquiera escuchó cuando Isabel la llamó por segunda vez:

- ¡Margarita!, ¿es que no me has oído?. Debe tener sueño. De lo contrario, sí me habría escuchado.

- Perdona Isabel, ¿decías algo?.

- Hija, ni que te hubieras trasladado al país de las maravillas. Te estoy hablando y tu, más sorda que una tapia.

- Perdona de nuevo, no me di cuenta.

- No, si no hace falta que lo digas. Parecías una estatua, no movías ni los ojos y además, esos recuerdos no debían ser muy agradables, porque tu cara estaba pálida y tu boca fuertemente cerrada.

- Figuraciones tuyas. Estaba distraída, eso es todo.

- Para librar a Margarita de las preguntas de Isabel propuse:

- Os invito al cine. ¿Aceptáis?.

- No tuve que repetir la pregunta. Todos dijeron que sí menos Juanita que, muy triste dijo:

- Lo siento, José. Yo no puedo ir.

- ¿Por qué?. ¿Es que te espera alguien que no nos hayas dicho?.

- No, no seáis mal pensados. Hoy soy yo quien tiene que esperar.

- ¿Esperar?. ¡Qué interesante!. Bueno, si es joven, guapo y rico, que no se te escape.

- No seáis avaros. El día que yo me case será porque esté enamorada de un hombre con unas cualidades muy especiales, sin importar el dinero que tenga. Esta tarde tengo que estar en casa porque tiene que venir el fontanero, para arreglar la tubería del cuarto de baño y si viene y encuentra la puerta cerrada, se marchará y no quiero ni pensar si viene mi madre y encuentra que el agua caliente no funciona. Más nos vale ponernos tapones en los oídos.

- ¿Y por qué no se queda la muchacha?.

- La muchacha, hoy tiene el día libre, que también tiene derecho a salir con su novio o con quien quiera hacerlo, ¿o no?.

- Tienes mucha razón. Las empleadas del hogar son dignas de admiración. Limpian, lavan, planchan, cocinan y encima tienen que aguantar a los señores si están de mal humor, como por desgracia ocurre en muchos hogares. Aunque reconozco que hay señores que tratan a sus empleadas como si fueran de la familia, y eso está muy bien.

- Pero aun así, ellas quieren tener un empleo como se dice ahora, con más clase y algún día poder casarse con el hombre que ella quiera.

- Ignoraba que ser una empleada del hogar fuera un obstáculo para el matrimonio.

- No para el matrimonio en sí, pero sí cuando se está enamorada de un joven de cierta posición social. En ese caso no tiene ni remota posibilidad. Nunca se casarían con una sirvienta, como dicen ellos.

- ¿Y a qué tipo de hombre, según tu, pertenecen estos. Al primero, al segundo, o tercero?.

- Este tiene nombre común, pertenece a cualquiera de los tres tipos de hombre. No puedo entender qué clase de prejuicios siente por las empleadas del hogar.

- Yo tampoco lo entiendo. Yo no siento esa clase de prejuicios que tú dices.

- Lo sé. Tu eres distinto.

- ¿Y yo qué?. - Dijo Pedro.

- Perdona, Pedro. Quise decir vosotros, pero como esta conversación la llevamos José y yo, mano a mano, no te incluí a ti, pero tu también eres distinto a los demás hombres.

- Gracias, “pero si quieres que te perdone”, tienes que venir al cine con nosotros.

- ¡Oh, no!, pobre de mí, si viene el fontanero y no estoy en casa, echa el papelito por debajo de la puerta diciendo: señora, estuve en su casa el día tal a tal hora y no había nadie en casa, lo coge mi madre y no quiero ni pensarlo. Creo que da más gritos que el día que se rompió la tubería, que ya es decir.

- ¿Gritó tu madre el día que se rompió la tubería?.

- ¿Que si gritó?. Figúrate: vinieron los vecinos de al lado pensando que había pasado algo, con que puedes hacerte una idea de los gritos que pegó.

- ¡Pero, bueno!, ¿sólo porque se rompió la tubería del agua caliente?.

- Por eso y por la hora en que se rompió. Mira os lo voy a contar porque ni siquiera una comedia de risa puede ser tan divertida: Mi madre vino de la calle muy cansada. Según dijo, le hacían daño los zapatos, le apretaba la faja y le dolía la cabeza, en fin que parecía que aquel día todos los males le habían caído a ella. Pobre mamá, si hubierais visto la cara que traía cuando entro en casa, vaya que era para preocuparse.

- Buenas tardes, Lola.

- Buenas tardes, señora, ¡viene usted muy pronto hoy!.

- Sí, es que no me encuentro muy bien. ¿Ha venido mi marido?.

- Si señora, y su hija también.

- Bien, gracias, voy a verles.

- Están en la salita, el señor con los sellos y la señorita con un libro.

- ¡Suponía que mi marido estaría con los sellos!. Estará cambiándolos de domicilio para que no hagan amistades con sus vecinos, los demás sellos. Será para que no se cuenten unos a otros lo desgastados que están de tanto tocarlos.

- Señora, los sellos no hablan.

- Pues hija, esa es la suerte de mi marido, porque si los sellos hablaran, había que oírles quejarse por no dejarles tranquilos.

- ¡Que buen humor tiene usted!.

- ¿Buen humor, dices?. Será otro día, porque lo que es hoy, lo tengo de perros. Voy a ponerme cómoda, a ver si me siento mejor.

- Pero antes de entrar en su habitación, entré en la salita para decir que ya estaba en casa:

- Buenas tardes, ya veo que estáis muy atareados.

- Hola mamá, has venido muy pronto.

- Buenas tardes. - respondió mi padre, - ¿estas bien?.

- Estaré mejor cuando me dé una ducha y me ponga cómoda, porque en este momento estoy que no me tengo en pié, me duele todo el cuerpo.

- ¿Estas enferma, mamá?.

- No hija, no estoy enferma, ni Dios lo quiera. Solo estoy cansada y tampoco aguanto estos zapatos.

- Es natural, son los que te compraste ayer. No tenías que haberte puesto esos zapatos para todo el día, siendo nuevos, por lo menos hasta que estuvieran más adaptados.

- Sí, tienes razón, pero es que me gustan tanto que me los dejé puestos todo el día.

- Pues ahora aplícate el refrán, ese que dice: ¡quien quiere presumir, tiene que sufrir!.

- Hija, tu siempre con tus dicharachos.

- Perdona mamá, era una broma.

- Ya lo se, con tu buen humor no podía ser de otro modo. Lo que sí voy a hacer es dame una buena ducha, a ver si me quedo nueva.

- ¿Es que la ducha quita años de encima?.

- ¡No digas bobadas, hija!. ¿O es que quieres tomarme el pelo?.

- ¡No, de ninguna manera!. Lo que quiero es que vayas a darte esa ducha, que de veras te está haciendo falta.

- Sí, hasta luego.

- Hasta luego, mamá.

- Mi madre se metió en el cuarto de baño y mi padre y yo seguimos con lo nuestro. Mi padre, con sus sellos y yo con el libro. Estábamos tan absortos en ello, que nos olvidamos de mi madre, pero no habían pasado ni cinco minutos cuando sentimos:

- ¡Ay! ¡ay!. -¡Dios mío!, ¿que son estos gritos que se oyen? -levanté la cabeza del libro y dije a mi padre: papá, ¿sientes los gritos que está dando mamá?.

- ¡Sí, si, vamos!. Debe haberle pasado algo, ¿se habrá caído?. ¡Señor, que no sea nada malo!.

- Mi padre tenía en ese momento la colección de sellos en la mano más apreciada por él, por eso aunque quería salir corriendo no podía, estaba aturdido. Y mi madre, sin dejar de gritar. Dejé el libro en el sofá donde estaba sentada y salí corriendo. Mi padre me imitó, saliendo detrás de mí. Cuando estuvimos frente a la puerta del cuarto de baño, mi madre aún seguía gritando.

- ¡Mamá, mamá!, ¿que tienes?, ¿que te pasa?. Abre, por favor. Mi padre también gritaba: Carmen, por favor, abre la puerta, o dinos lo que te pasa.

- Ahora sí se escucho claramente la voz de mi madre, que decía: ¡no puedo!, ¡ay! ¡ay!, no veo nada, no puedo moverme.

- ¡Dios mío!. Se habrá roto una pierna y por eso no puede abrir la puerta.

- Hija, antes dijo que no veía, no que se hubiera roto una pierna.

- No lo sé papá, pero desde luego hay que hacer algo.

- Sí, claro, hay que hacer algo. Tengo que derribar la puerta. ¡Escucha Carmen!, tengo que derribar la puerta. Quédate quieta sin moverte, para que no te duela.

- De nuevo se escuchó la voz de mi madre: - ¿Qué dices que vas a tirar la puerta?.

- Sí, para sacarte, porque por lo que estoy sintiendo, creo que te has roto una pierna o un hueso de esos que duelen tanto.

- Ahora sí que se escuchó claramente la voz de mi madre: - No digas tonterías, tu siempre en las nubes, o mejor dicho, en correos. No me he roto ninguna pierna, o por lo menos a mí me parece que no, pero espera que voy a comprobarlo.

- ¡Pero, mamá! ¿quieres decirnos de una vez que es lo que te pasa?.

- ¡Ya, ya, hija!. Voy abrir la puerta, espera unos segundos y no te asustes que no me ha ocurrido nada.

- ¿Qué no te ha ocurrido nada?. ¡Y gritabas como si te estuvieran matando. Bueno, gritabas y sigues gritando todavía, aunque sea más bajito.

- Mi padre ya estaba decidido a derribar la puerta, cuando en ese momento, la puerta se abrió y apareció mi madre envuelta en un albornoz, con la cabeza toda enjabonada y frotándose los ojos con ambas manos.

- ¡Mamá!. ¿Qué te pasó?. ¿Por qué estás así enjabonada y gritando?.

- ¿Es que no te lo figuras?.

- Si no me lo dices, desde luego que no.

- Vamos Carmen, ¿como quieres que Juanita y yo adivinemos lo que te pasa. Dínoslo y nada más.

- No, si cuando yo digo que tu padre es un desconsiderado, me quedo corta.

- Veo, por tu manera de hablar, que estás perfectamente, así que voy a terminar de colocar mis sellos.

- Mi padre dió media vuelta y se marchó a la salita. Mi madre se quedó gritando y gimiendo de rabia, al ver que mi padre no se preocupaba de sus exageraciones y cuando dejaba de gemir, era para decir: “pero es posible que tengas un padre con tan poca conciencia”, con lo malita que estoy.

- ¿Estás mala, mamá?.

- Bueno, todavía no, pero después de todo esto...

- Pero, por favor, ¿quieres dejar de gemir y contarme lo que te ha pasado?. Porque si no, pensaré como mi padre y también yo me marcharé.

- No, Juanita. Tu, hija mía, no te vayas. Por favor, pon agua a calentar para quitarme este jabón. ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué se me ocurriría mojarme la cabeza?, debí haber ido a la peluquería, como siempre.

- ¿Y dices que ponga agua a calentar?.

- Si, hija, es que verás: Yo estaba duchándome, con el gorro, como siempre y de pronto pensé que, si me lavaba la cabeza, tu me pondrías los rulos y así, en vez de ir a la peluquería mañana, podría salir a dar un paseo con mis amigas, pero mira, cuando más enjabonada y más a gusto estaba, siento como si me echaran un cubo de agua fría por encima y me di cuenta que la ducha, en vez de echar agua caliente, la echaba fría. Fue tal mi aturdimiento, que me puse las manos en la

cabeza, como si así pudiera evitar que el agua cayera sobre mí, por eso es que gritaba.

- ¿Solo por eso gritabas tanto?.

- Por eso y porque en mi aturdimiento, en vez de cerrar los ojos, los abría más, ¡y tu no te imaginas lo que escuece el jabón!.

- Y ¿eso es todo?.

- ¡Pues hija!. No se qué más quieres!. Para ser la primera parte ya está bien, ¡vamos, digo yo!.

- ¿La primera parte?. ¿Y la segunda, cuando viene?.

- La segunda, creo que vendrá seguidamente porque, escucha lo que dijo mi madre:

- Estoy temblando de frío. Por favor, dile a la muchacha que ponga agua a calentar, ¡Ah!, y dile que ponga bastante, porque voy a necesitarla cuando me acueste, por que el frío me ha calado hasta los huesos y pienso que nunca me lo voy a quitar de encima.

- Si tuvieras una cama grande, podrías acostarte con papá y no necesitarías ninguna bolsa de agua caliente.

- ¡Ah!, eres muy graciosa. Como tiene tantas calorías, que hasta en el verano parece una momia, envuelto en la sábana.

- Sonreí por las ocurrencias de mi madre y me marché para traer el agua caliente. Cuando llegué a la cocina, la muchacha, que lo había oído todo, ya tenía el agua a punto, pero estaba igual que yo, muerta de risa.

Aquella noche, mi madre tuvo un trabajo extra, era para verla. Se puso una bolsa de agua caliente en el pecho y otra en los pies, hizo vapores de eucalipto, aspirina con café, coñac, espray nasal. En fin, todos los potingues caseros que encontró a su alcance. Le pregunté si le dolía algo y dijo que no, pero que más valía prevenir que curar. Por la mañana, cuando todo había pasado, la tomó de nuevo con mi padre, diciendo que le importaban más los sellos que su mujer, pero en esta ocasión, como de costumbre, mi padre se calló y sonrió tranquilamente.

- ¡Vaya!. Este último ha sido el mejor y por poco no lo cuentas.

- He pasado un rato muy agradable, pero tengo que marcharme.

- ¿De verdad que no puedes quedarte?.

- De verdad, me gustaría mucho acompañaros, pero no puedo.

- En ese caso, nos iremos nosotros y mañana te contaremos la película.

- ¿A que cine pensáis ir?.

- No sé, donde pongan algo bueno.

- Todas son buenas, si a uno le gustan. A mí me gusta esa que ponen en el cine grande, el destape, sí, de esa chica tan de moda, que nunca recuerdo su nombre.

- Sí sí, lo sé, pero aunque te sorprenda, te diré que no me gustan los destapes.

- ¿Que no te gustan los destapes?. ¡No me digas!.

- Los destapes del cine y no seas mal pensada.

- ¡Hijo!, ¡qué anticuado!. Pero si el destape es la última moda.

- Sí, será moda, pero a mí no me gusta, y eso de anticuado, habría que verlo, porque ver desnudos en este tiempo de cultura y civilización, no es ninguna modernura, precisamente esas personas que todavía van desnudas son las que no han tenido la oportunidad de entrar en esa civilización, en el mundo civilizado. Así que dime, ¿dónde está esa tal moda?.

- Bueno, pero tampoco es ninguna barbaridad, porque, como tú sabes, Adán y Eva andaban desnudos por el paraíso.

- Sí, eso es cierto, pero eso sucedió antes de comerse el fruto prohibido, porque después que hubieron desobedecido, cogieron una hoja y se la pusieron. Yo creo que ahora somos lo bastante mayorcitos y desobedientes como para no quitarnos la hoja.

- Sí, en eso tienes razón, pero lo que no comprendo es cómo te gusta tanto la playa.

- Pues porque en la playa, la gente disfruta del sol, del agua, de la arena y además de amistad sana, todos vamos a pasarlo bien. Y por otra parte, el destape no es tan destape como en el cine, porque vamos, hay que tener estómago para ponerse desnudos fríamente delante de tantos miles de ojos y con una mirada desafiante.

- Sin duda, tienes pensamientos de los tiempos de los Reyes Católicos.

- Todos nos reímos, pero ninguno dijo nada. Después de esto, miró la hora y se puso de pié diciendo: - Bueno esto se terminó, tengo que marcharme, mañana me contáis donde habéis ido.

- De acuerdo, Juanita, mañana te lo contamos todo.

- ¿Todo, todo?.

- ¡Bueno!, todo lo que se pueda contar.

- De acuerdo, en ese caso, hasta mañana.

- Adiós, Juanita. Los cuatro correspondimos al mismo tiempo y después discutimos el sitio donde iríamos.

- Tú que propones, Pedro.

- Yo estoy a la entera disposición de estas dos señoritas.

- Gracias Pedro, dijo Isabel.

- Desde luego, ellas tienen la palabra. ¿Y si fuéramos a una discoteca?. ¿Qué os parece?. No había terminado la palabra discoteca, cuando todo dijeron a la misma vez, sí. Así que nos fuimos y estuvimos bailando, Pedro con Isabel y yo con Margarita.

- Bailas muy bien.

- Tú también lo haces bien.

- ¿No te han dicho nunca que tienes unos ojos muy bonitos y que tu piel parece de cera?.

- Sí me lo han dicho.

- ¡Vaya!. Me hubiera gustado que dijeras que no, y ser yo el primero en decirlo, para que tus oídos lo escucharan.

- Lo siento, siempre hay quienes nos toman la delantera.

- Sí, ya veo que sí. No se puede ser presuntuoso. Bueno, te haré la segunda pregunta, a ver si esta vez tengo más suerte y la respuesta es más favorable para mí.

- Vamos a ver, ¡pregunta!.

- ¿Tienes novio?.

- No, no tengo novio y tú, ¿tienes novia?.

- No, tampoco. Siempre he sido un poco distraído y tímido.

- ¿Tímido?. Pues lo que es conmigo, no estás perdiendo el tiempo, creo que ya no tienes nada más que preguntarme.

- ¿Que no tengo nada que preguntar?. Pero si todavía no he empezado.

- Pues date prisa, porque me parece que Pedro e Isabel vienen hacia aquí, y eso significa que tenemos que marcharnos.

- Eso no importa, porque todo no te lo voy a preguntar en un día. Presiento que, desde hoy, vamos a vernos muy a menudo.

- ¡Si tu lo dices y lo deseas, por mi, encantada!.

- Lo deseo y me gustaría que tú también lo desearas.

- Eres agradable y me gusta hablar contigo.

- En ese caso, todo arreglado, porque por lo que veo a Pedro y a Isabel les pasa lo mismo.

- En ese momento, Pedro e Isabel llegaron junto a nosotros.

- ¿Que, muchachos?. ¿Nos vamos?.

- Sí, claro, ¡si ya estáis cansados de estar juntos y no podéis soportaros más!.

- No empieces con tus bromas, José.

- Pedro y yo somos buenos amigos y estaríamos juntos toda la vida sin discutir.

- ¡Oh!, qué fórmula tan maravillosa tenéis. ¿Queréis enseñárnosla?. Porque desde hoy, Margarita y yo vamos a vernos

muy a menudo y sería muy desagradable que siempre estuviéramos discutiendo, ¿no os parece?.

- Claro que sí nos parece bien que os guste estar juntos, como nos sucede a nosotros, ¿verdad Isabel?.

- Sí, Pedro. Me siento a gusto cuando estoy contigo.

- Sus palabras fueron éstas, pero el brillo que había en los ojos de Isabel decían mucho más. Cuando se miraban, no necesitaban hablar para expresar todo lo que sentían y en ese mismo momento me dí cuenta que yo estaba sintiendo lo mismo por Margarita. Lo que yo tenía que saber era si Margarita sentía lo mismo que yo, por eso dije: - Bueno Pedro, parece que quieres...

- Sí, José, tengo algo que me espera.

- ¿Algo que te espera?. ¿No será una chica?.

- No, no es eso. Me siento demasiado a gusto con Isabel para cambiarla por ninguna otra.

- ¡Vaya Isabel!, eso no es una declaración en toda regla, pero yo en tu lugar, lo consideraría un aviso y estaría preparada para dar la respuesta.

- Isabel guardó silencio, pero me dedico una “agradable sonrisa”.

- Bueno, tengo que marcharme y me gustaría pedirte un favor a ti José.

- Somos amigos, concedido de antemano.

- Quisiera que acompañaras a Isabel y Margarita a su casa, de lo contrario se me hará tarde.

- Ese favor que me pides será un placer muy agradable para mí, aunque pienso que no debe ser ningún favor, porque los dos somos sus amigos y también unos caballeros, así que no vamos a dejar a estas dos lindas señoritas que vayan solas, después de haber estado acompañadas toda la tarde.

- Eres un gran bribón, no creo que eso sea todo.

- Bueno, eso y pedirles que sean amables y acepten de nuevo salir con nosotros.

- Estás viendo como yo tengo razón, lo haces por egoísmo.

- No, eso no es cierto. Lo hago de corazón, lo hago porque me gusta vuestra compañía y también hablar con Margarita.

- Lo dije en broma, no te enfades, ya sé que eres un buen muchacho, si todos fueran como tu, no estaría el mundo tan mal compartido.

- Bueno, ahora no vayas a pasarte y hagas creer que soy un santo, que de eso nada. Me considero un hombre normal, pero eso sí, quiero ser lo más justo que puedo.

- Eso es algo más de lo que hoy día se encuentra por la calle, ¿no te parece Isabel?.

- Sí, Margarita, eso es bastante más.

- Pedro se fue para reunirse con la persona que le estaba esperando, y nosotros tres nos dirigimos donde éstas vivían. No pregunté nada cuando las dos se bajaron en el mismo sitio, me pareció imprudente ponerme a hacer preguntas, pero ellas sí se dieron cuenta de mi curiosidad y dijeron casi al mismo tiempo:

- Vivimos juntas, en un apartamento de esta casa.

- ¿Solas?. ¿No estáis con vuestras familias?.

- No, podemos cuidarnos solas.

- Estoy seguro de que será así. ¿Cuándo nos vemos?. – pregunté, tratando de dejar el tema anterior.

- Cuando tú quieras, dijo Margarita.

- En ese caso, mañana mismo.

- Entonces, hasta mañana.

- Adiós, Margarita.

- Al día siguiente, salimos los cuatro de nuevo, y a ese día le siguieron otros muchos más. No decíamos nada fuera de lo que es normal entre amigos. Íbamos al cine, al teatro, de paseo, siempre los cuatro juntos, pero un día, Pedro se declaró a Isabel y se hicieron novios. Como es de comprender, les gustaba salir

solos. Yo no estaba seguro de lo que quería, por eso decidí esperar, me sentía a gusto con Margarita, eso sí, pero no era bastante. La sentía retraída, reservada, como si estuviera en guardia, cuando intentaba cogerle una mano en el cine, se apresuraba a retirarla, si en el baile me acercaba demasiado, siempre lograba retirarse con disimulo. No era como Isabel, con su mirada clara, su sonrisa abierta, dócil. Cuando Pedro la cogía para bailar, se notaba su felicidad. No, Margarita no era así, sus pensamientos siempre estaban lejos de lo que estaba haciendo, sus ojos eran bonitos pero su mirada estaba triste. Cuando quería mirarla de frente, los escondía si le era posible. Algo había en ella, no sabía qué, pero tenía que pasarle algo, una muchacha tan bonita no podía ser de ese modo.

- ¿Y no pensaste que quizá quería hacerse la interesante para que te decidieras más pronto?.

- Sí que lo pensé, pero tuve que rechazarlo, porque no encontré ningún signo de coquetería en ella y por otra parte, el día que la conocí en el merendero, ya noté esa ausencia.

- Posiblemente sea una muchacha retraída y ausente por naturaleza.

- No, eso no era posible. Yo pensé que debía ser otra cosa, así que, después de observar detenidamente, descubrí y pregunté, desde luego, con mucho tacto, que si tenía algún problema.

- No, José, no tengo ningún problema. Solo que vivo mejor sola que con mis padres, es decir, sola no, vivo con Isabel, que es una verdadera amiga, es más, es como si fuera mi hermana.

- Sí, pero no lo es. Tu tienes tu verdadera familia. Es distinto con Isabel, ella no tiene a nadie, solo tiene familia lejana. En ella lo veo lógico que viva aquí, pero en ti no. Perdona pero no comprendo, podías estar en tu casa tranquilamente, sin necesidad de trabajar para ganarte la vida, por lo menos en estos momentos.

- Lo hago a gusto y soy joven.

- Si, pero: ¿es que no te importan tus padres?

- Mira, José, somos verdaderos amigos y nos apreciamos mutuamente, pero te ruego que no te metas en mis cosas, eso son cosas de familia, y yo nunca volveré a casa de mis padres, creo que eso no te interesa.

- Estábamos sentados en un banco del parque, muy cerca el uno del otro, pero con el calor que ponía en sus palabras no se había dado cuenta que yo había cogido sus manos y las estrechaba entre las mías. Pero al decir que no me importaba nada de sus problemas, sentí pena de ella, porque sus palabras se oían con amargura y en ese momento, en mi corazón, sentí algo que no supe explicarme, sentía amor, pasión, y además me invadió un profundo sentimiento de algo que no sabía y sin embargo, me decía a si mismo: que sí me importaba todo lo que con ella se relacionara, quería saber todo para protegerla de todo lo que le hacía sufrir. La atraje hacía mi y la estreché entre mis brazos, besándola tiernamente. Ella se dejó besar y abrazar, por primera vez se había dejado llevar de sus sentimientos, pero de pronto, cuando se dió cuenta que su cuerpo y el mío estaba fundidos en un abrazo, me apartó bruscamente, diciendo:

- Por favor, José, déjame, no has debido hacerlo, no quiero seguir adelante, tenemos que terminar, esto ha llegado demasiado lejos.

- ¿Qué dices Margarita?. ¿Como puedes decir eso?. Tu sabes que te quiero, los dos sabemos que nos queremos y esto tenía que suceder, pero la verdad no lo entiendo, primero correspondes a mis besos y después me rechazas diciendo que esto tiene que terminar. ¿Que te pasa?, ¿es que no está segura de tu cariño hacía mí?.

- Calla, calla. ¿No ves que me estás atormentando?. ¿No te das cuenta de que me estoy muriendo de angustia y no lo puedo gritar?.

- Pero ¿por qué?. No te estoy diciendo que te quiero y que quiero casarme contigo, ¿es que tú no lo deseas?.

- Es lo que más deseo en esta vida, casarme contigo, pero eso no puede ser. Hubiera sido mejor que no nos hubiéramos conocido, ahora todo será más difícil y doloroso para mí.

- ¿Es que no aceptas casarte conmigo?. Creo que has dicho que es lo que más deseas en este mundo.

- Sí, es lo que más deseo, pero será tu quien no querrás casarte conmigo cuando sepas lo que debo decirte.

- ¿Que yo no voy a querer casarme contigo?. Eso no es posible. Yo siempre ¡estaré deseando casarme contigo!.

- Perdona por hablarte así, pero primero deja que te cuente mi pasado y después decide.

- ¡Tu pasado!. Como si fueras una mujer de mundo. ¿Qué te pasa?, ¿es que porque tengas algunas diferencias con tu familia, voy a dejar de quererte?.

- No, no es eso. Es que yo te quiero y no quiero que en nuestro amor haya nada que lo ensombrezca, quiero que todo sea limpio como tus ojos, y hermoso como tu corazón.

- Por favor, cariño, no digas nada más y déjame secar esas lagrimas que bajan por tus mejillas y que están mojando hasta lo más profundo de mi corazón. Seremos felices, estoy seguro. Tendremos una familia, e hijos que, con su dulzura y caricias, borren de tu rostro esa amargura que reflejas en este momento. Por favor, mírame a los ojos y di que me quieres como yo a ti y que te casarás conmigo.

- Sí, José, me casaré contigo si después de oírme, tú lo deseas.

- Está bien, ya veo que no desistes y sigues empeñada en contarlo todo.

- Si, insisto, porque mi conciencia no estaría tranquila si no lo hiciera así y también porque conozco la clase de hombre que eres.

- ¡Ah, sí!, ¿y qué clase de hombre soy, según tu?.

- Eres admirable, bueno y sensato, desprecias la mentira y la hipocresía, tu corazón es bondadoso para perdonar, con una gran inteligencia para comprender las cosas. Por eso sería injusto que te engañara, ocultándote la verdad.

- Por favor, Margarita. ¿Qué verdad es esa que tanto te aterroriza?. Quiero que me lo cuentes solo para que te quedes tranquila y se acabe esta pesadilla que nos separa.

- Es que tengo miedo de perderte.

- No lo tengas y dime, porque nunca me vas a perder.

- José, el relato es largo pero te contare lo que más me atormenta y que más impresión puede causarte. No quiero que pienses que quiero disculparme.

- Está bien, empieza por donde tu desees, a mí me da lo mismo.

- José, yo tuve un hijo.

- ¿Qué dices?. ¿Que tú has tenido un hijo?.

- Si, yo tuve un hijo hace dos años.

- ¿Y donde esta ese niño?.

- Margarita en ese momento había dejado de llorar, y mis manos, que hasta ese momento habían estado aprisionando las suyas, se fueron retirando poco a poco, sin que yo me diera cuenta. Mis labios sonrientes, de pronto dejaron de sonreír, mi rostro se volvió duro y serio. Margarita se dió cuenta y avergonzada bajó la cabeza, y de nuevo, dos gruesas lágrimas golpearon sus mejillas. No hice nada para evitar su dolor en ese momento, solo pensaba en mí, en mi propio dolor, yo le había creído una chica decente, digna de ser mi esposa, y de pronto me dice que ha tenido un hijo. Mil pensamientos acudieron a mi mente. ¿Habrá sido una chica fácil?. No, yo me habría dado cuenta. ¿Habría estado enamorada de algún otro hombre?. No lo sé, en un caso u otro, ella está sufriendo y eso me dice que todo lo que pasara en el pasado, no fue por su propia voluntad, sino

circunstancias de la vida. Pero ¿y si ha sabido hacer las cosas para enamorarme y contármelo todo cuando estuviera segura de que mi amor por ella era tan fuerte que ya no podría dejarla?. Eso tampoco parecía ser. ¿Acaso estaría casada y separada de su marido?. Pero, en ese caso, no podría casarse conmigo y ella dijo que se casaría conmigo. Sí yo lo deseaba, aun después de saber la verdad. ¡Dios mío, cuantas preguntas sin respuestas!

La cabeza me da vueltas. Ha sido todo tan inesperado. Estaba tan metido en mis pensamientos que no me di cuenta cuando Margarita se levantó del asiento.

- Adiós, José, tengo que marcharme.

- ¡Espera, te acompaño!

- No, por favor. No vengas conmigo, prefiero ir sola, es mejor para los dos.

- Por favor, deja que te acompañe, no está bien que te deje ir sola.

- No te preocupes de lo que está bien o de lo que no. Necesito estar sola y tu también. ¿Para qué prolongar algo que tiene que terminar?.

- No contesté nada, me quedé quieto junto al asiento que ambos habíamos ocupado momentos antes. Ella echó a andar despacio pero con pasos firme. Cuando estuvo lejos de mí, reaccioné y quise alcanzarla con pasos rápidos. Al llegar junto a ella, la llamé: - ¡Margarita espera, no te vayas sola, mira, tengo el coche aquí mismo para llevarte!

- Perdona, cogeré un taxi. ¡Mira, aquí viene uno!

- No pude hacer nada para evitarlo. Estaba dolorida y lo comprendo. Ella, que momentos antes me había calificado con las mejores notas acerca de mi comportamiento y mi inteligencia para comprender y perdonar. Debió ser muy duro comprobar que se había equivocado conmigo. Todas las cualidades que me había atribuido eran falsas, y que solo iba con ella para aprovecharme como todos. Me sentí cruel y ruin con aquella pobre muchacha

que, aunque hubiera hecho lo que fuese, estaba arrepentida y se portaba con una gran dignidad.

Me senté en el coche y lo puse en marcha, lo puse en marcha sin saber lo que debía hacer. Algo me empujaba a ir a casa de Margarita, pero otro pensamiento me decía que no. Estaba entre la espada y la pared. Pensé volver a casa, pero recordé que te dije que vendría tarde, que estaría con unos amigos, y si volvía pronto, tu me harías preguntas, y como no estaba de humor, sería mejor esperar que fuera más tarde.

- ¿Y los has dejado plantados?.

- ¡No!, llamé por teléfono y les dije que me perdonaran porque no podía ir.

- ¡Pero bueno!. ¡No lo entiendo!. ¿Dónde quedásteis en reuniros?.

- En el restaurante, naturalmente. Pero viendo la situación, no tuve más remedio que llamar y hablando con Pedro, le conté una mentira piadosa, para justificarme. Comprenderás que no podía contarles lo que Margarita y yo nos habíamos dicho, o me había revelado.

- Sí, claro. Eso solo lo sabrán si algún día ella decide contárselo, para ti es como si no supieras nada.

- Eso es imposible tío, ¡cuánto daría yo porque no fuera cierto!.

- Bueno, yo pienso que tampoco es tan grave la cosa, confieso que, cuando me lo has dicho, me he sentido como tú, pero entiendo que en esta vida todo tiene su explicación, aunque nosotros no lo entendamos de momento y nos empeñemos en asociarlas a las cosas feas. Es cierto que, en algunos casos y algunas mujeres, tienen la cabeza muy ligera, o como se suele decir, ligera de cascos, pero también es cierto que en algunos otros casos, las mujeres son víctimas de algún atropello por parte de los hombres. Por eso es mejor no hacer juicio de las cosas hasta estar seguro, a lo mejor esa muchacha es una

víctima como te he dicho antes, y en este momento, este sufriendo por tu frialdad y falta de comprensión.

- Estoy avergonzado, tío, no sé que hacer.

- Pues, yo en tu lugar, cogería el teléfono y llamaría pidiéndole disculpas, añadiendo que mañana pasarás a recogerle.

- ¿Tu crees que me escuchará?

- Claro que sí, si te quiere estará pendiente del teléfono para atender tu llamada. Anda, llama y comprueba que es verdad lo que te digo.

José cogió el teléfono con miedo, pues no sabía lo que iba a decir, ni qué palabras usar para una reconciliación. El no estaba acostumbrado a todas estas cosas, antes, él nunca había salido con chicas. Sí que había estado en fiestas y había bailado con amigas, pero esto era otra cosa, estaba enamorado y le había pedido que se casara con él. Esto era muy serio tenía que aclarar las cosas, lo sabía pero:

- Dios mío, ¿por donde tengo que empezar?. Si le digo que quiero verla, ella me dirá que no quiere ni verme. Será mejor que no la llame y mañana la vea a la salida del trabajo.

Fue la voz de su tío quien le sacó de sus pensamientos.

- Bueno, ¿que piensas con el teléfono en la mano?. ¿Es que no te decides?.

- Es que quizá, ella no quiera hablar conmigo.

- Si no llamas, nunca lo sabrás, ¿o es que tienes miedo de que te mande a paseo?.

- No, eso no lo haría nunca Margarita. Ella es buena, educada y me quiere, pero si ha regresado Isabel, le dará vergüenza discutir conmigo y colgará cuando sepa que soy yo.

- Mira, haz lo que quieras. Yo te he dado un consejo, tómalo o déjalo.

- Está bien, llamaré.

José marcó el número de teléfono de Margarita, deseoso de escuchar su voz a través del auricular pero, por otra parte, temeroso de oír su negativa, de que le dijera que no quería verle nunca más.

- El teléfono acusaba la llamada, pero nadie acudía. Esperó unos minutos pero fue inútil, nadie lo cogía. Colgó, descolgó y volvió a llamar. Nada, parecía como si no hubiera nadie.

- ¿Qué sucede?. ¿No contesta?.

- Ya te dije. Ha pensado que soy yo y ni siquiera lo quiere coger.

- Bien, entonces tendrás que resolverlo personalmente y ahora que ya está claro entre tú y yo respecto a la familia, es decir de tus padres y los míos; también de esa misteriosa joven, por qué negarlo, me tenía tan preocupado, y que según me has contado no tengo nada que temer, porque hay amor en su corazón hacía ti y eso es buena señal. ¡Ahora sí me voy a la cama tranquilo!. Y tu debes hacer lo mismo, que las cosas con la luz del día se ven más claras, aunque ya es casi de día. Pero aun así, después de un largo sueño, las cosas se ven de distinta manera.

Tío y sobrino se fueron a dormir, sin saber que en el apartamento de Margarita e Isabel las cosas no iban demasiado bien.

En el restaurante, Isabel estaba inquieta y en su mente había algunas preguntas hacía Margarita y José.

- ¡Oye, Pedro!.

- ¡Dime, Isabel!.

- ¿Qué le habrá pasado a Margarita y José para no venir a cenar?.

- Ya te dije lo que José me dijo cuando llamó por teléfono.

- Yo no lo creo, tiene que ser otra cosa, eso no tiene sentido.

- A lo mejor han querido estar solos. Últimamente están tan enamorados que solo quieren mirarse a los ojos sin testigo.

- No seas niño, Pedro, Margarita es una chica sensata.
- ¿Y qué malo hay en mirarse a los ojos?. ¿Acaso no hay que ser sensato para hacer eso?.
- No entiendes lo que quiero decir.
- Te entiendo perfectamente cariño, pero no quiero que te preocupes. No han venido porque no han podido, sencillamente por eso.
- Lo siento, Pedro pero quisiera irme a casa.
- Como tú quieras. Si no vas a sentirte a gusto, mejor nos vamos.
- Sí, esperemos que termine este baile para decirle adiós a Juanita.
- ¡Mira, ya han terminado!. Y vienen hacia aquí.
- Parece que os veo un poco tristes... ¿es que no queréis bailar más?.
- ¡No!, es que me duele un poco la cabeza y hemos pensado marcharnos a casa.
- Estás triste porque no ha venido Margarita, no puedes engañarme.
- Lo sé, tú lo sabes todo. Lo siento, no sé lo que me pasa. Quiero alegrarme pero no puedo, me pregunto qué le habrá sucedido.
- No le ha sucedido nada, lo que pasa es que las mujeres sois muy intranquilas. En cuanto las cosas no salen como estaban previstas, pensáis lo peor, ¿por qué no pensáis en lo mejor, que es más positivo y trae más tranquilidad?.
- Tienes razón Pedro, pero qué le vamos hacer, las mujeres somos así. Aunque no todas, porque vamos, hay algunas que no se preocupan ni que le embarguen la cama estando ella dentro.
- Desde luego, Juanita tú siempre eres la misma, dispuesta en cualquier momento a sacarle los tres pies al gato.
- Es que quería haceros un poco de reír, porque aunque disimulemos, nos sale muy mal.

- Está bien, si queréis marchar podéis hacerlo, nosotros también lo haremos.

- Yo pienso que todavía es pronto para separarnos. Si te parece bien, Isabel, puedes invitarnos a tomar una copa en tu apartamento y al mismo tiempo, sabremos el motivo de que Margarita nos haya dado esquinazo.

- Has tenido muy buena idea, Juanita. ¡Vamos!, ¿a que esperamos?.

Los cuatro jóvenes abandonaron el restaurante, sin que ninguno de los cuatro, hubiera dicho nada. Caminaron hasta donde Pedro tenía el coche y subieron en él.

Muy pocas palabras se cruzaron a lo largo del recorrido. Fue Juanita, la que dijo al llegar a la puerta del edificio:

- ¡Mira Isabel!, en tu apartamento hay luz.

- ¡Sí!, será que Margarita está dentro.

- A lo mejor esta José con ella.

- No, Margarita no dejaría que José entrara estando sola y a estas horas de la noche debe estar trabajando, que es lo que más le gusta, después de José, naturalmente.

- Margarita es tonta, trabaja demasiado, no se preocupa de pasarlo bien. Parece que tiene algo que no la deja ser feliz, y se refugia en el trabajo para ahogar esos sentimientos.

- A Margarita lo que le pasa es que está muy enamorada de José, como yo quiero que tu estés de mí.

- No puedes quejarte, te quiero tanto que si tú me dejaras, mi vida ya no tendría sentido.

- Lo sé, cariño, solo fue una broma. Estoy seguro que me quieres como yo a ti.

- ¡Vaya!. ¡Qué frases más estremecedoras!, parecéis Romeo y Julieta. Ya solo te falta subir por el balcón.

- Esto te dice a ti mejor, ya que siempre estáis como dos tortolitos, y que yo sepa, Ramón no trepa por los muros de mi casa como lo hacía Romeo.

- ¡Bueno, a este paso todo se andará!

- Pues si sigues echándole tanta imaginación a las cosas, te vas a dar con la puerta en las narices y la verdad no creo que sea muy agradable.

- ¿Tocamos el timbre o esperamos que encuentres la llave en tu bolso?.

- No te impacientes, Juanita, que creo que ya la tengo, ¡sí, aquí la tengo!. Ahora mismo, abro. Pasad, por favor. Juanita, mira a ver si está Margarita en su cuarto, mientras yo cierro la puerta y dejo esto en el salón.

- No te preocupes. Si está Margarita, lo sabremos muy pronto y si no, también. A ver: ¡Margarita, Margarita!, ¿estás en casa?. No, no debe estar, de lo contrario hubiera salido a recibirnos.

- Esta vez fue Isabel quien asomándose a la puerta de su habitación, dijo: Margarita, ¿estás durmiendo?. ¡Pero, bueno, si la cama está sin deshacer!. No lo entiendo, tiene que estar aquí, porque este es su bolso y también la chaqueta que se puso esta tarde. ¡Qué raro!. Su bolso y su chaqueta están, también está la luz encendida, pero, ¿y ella?...

- Isabel, ¿has encontrado a Margarita?.

- No, ¿no está durmiendo?. Creo que nos hemos equivocado, debe estar con José en cualquier sitio.

- ¿Tu crees?.

- Yo no le encuentro otra explicación.

- Bueno, vayamos a la salita para tomar una copa con los hombres...

- ¡Vaya!, ¡por fin estáis aquí!. Pensábamos que no ibais a venir nunca para ofrecernos esa copa prometida.

- Pues ya estamos aquí y yo dispuesta a ser una buena anfitriona. Tu, Ramón, ¿qué quieres tomar?.

- A mí me da lo mismo, me voy con la mayoría.

- En ese caso, tú, Pedro, ¿qué deseas?.

- Yo prefiero whisky.

- ¿Y tu, Juanita?.

- Yo digo como Ramón, me da igual, pero yo creo que debiéramos brindar con cava.

- Yo también prefiero cava.

- Entonces retiro lo del whisky, porque como Ramón está con la mayoría, yo sólo no voy a beber whisky.

- Muy bien, en ese caso todos beberemos cava.

- ¿Supongo que estará fresco?.

- Sí, tengo una botella en la nevera. Voy a sacar los vasos primero, que están aquí en este mueble.

- Si quieres Isabel, puedo ir yo misma a la cocina a buscar la botella.

- No te molestes.

Isabel no pudo terminar la frase. Al coger los vasos se dio cuenta de que faltaba la botella de whisky y quedó tan aturdida que, en aquellos momentos, en realidad no supo lo que en verdad temía. Fue como si retrocediera en el tiempo y acudieron a su mente todos aquellos atormentadores recuerdos del pasado.

- Margarita, por favor dame esa botella. No debes beber más, no puedes arruinar tu juventud. No sé nada de ti, pero sea lo que sea, no vale la pena, yo sé que tu eres buena y que no es por vicio, sino para esconder algo que te está atormentando, pero puedo decirte que eso no es la mejor manera, hay que ser valiente y afrontar los hechos y tratar de olvidar el pasado.

- Sí, es fácil decir eso cuando es a los demás a quien les pasan las cosas.

- Te equivocas. Yo también cogí un día una botella como tú. Pensaba que aquella botella ahogaría mis penas, pero alguien que sabía más que yo en todo aquello, me la quitó y me contó su vida. Cuando me di cuenta que tenía razón, hice un gran esfuerzo para cambiar la mía y ahora me doy cuenta de que la

vida es hermosa y no se puede jugar con ella, que hay que vivirla apartando todas las dificultades que nos salgan al paso y te aseguro que vale la pena.

- Pero, ¡bueno!. Una chica se murió con dos vasos en la mano, ¿piensas tu hacer lo mismo?. Porque, chica, ¡te has quedado!. Como la mujer de Lot, hecha una estatua de sal, por lo pálida que estás.

- Bueno, no seáis tan impacientes, ahora mismo os traigo el cava de la nevera.

Isabel salió de la salita, dispuesta a volver rápidamente con la botella en la mano. Atravesó el pasillo, empujó la puerta de la cocina y dio un grito de horror. Los visitantes, al oír ese grito, se miraron asombrados y dijeron: - ha sido Isabel, ¿qué le habrá pasado?.

- Seguro que habrá visto algún ratón en el armario. Pasó lo mismo el otro día. Salió un pobre ratoncito, que era una monada, de debajo del fregadero pero, no veas lo que se formo en unos segundos. Si hubierais visto: Isabel se subió en una mesa y Margarita se encerró en su cuarto con llave y no había manera de sacarla de allí.

- ¡Pero bueno, Pedro!. Si fuera un ratón, estaría pidiendo auxilio según tu, y la verdad, no se oye nada.

- Sí, en eso tienes razón, a menos que le haya dado un infarto.

- Calla y no seas aguafiestas. Juanita, por favor, ve tú a ver lo que pasa.

- Sí, será lo mejor.

Juanita se levantó para ir a la cocina y los dos hombres quedaron solos, cuando de repente un nuevo grito rompió el silencio, pero esta vez los gritos no cesaron, Juanita seguía gritando. Los dos hombres se levantaron apresuradamente y fueron en dirección a la cocina. Cuando llegaron a ella, encontraron a Juanita con las manos en el rostro, tratando de

taparse los ojos con ellas para no ver tan espantoso cuadro, pero sin dejar de gritar: ¡están muertas, están muertas, las han matado!

- Por favor, Juanita, cálmate, si no, van acudir todos los vecinos.

- ¡No puedo, Ramón, no puedo!. Es espantoso, las han asesinado.

Pedro no pudo decir nada, sus pies parecían estar pegados en las baldosas de la entrada de la cocina y su lengua al cielo de la boca. Se había quedado inmóvil, ni siquiera sus ojos parpadeaban, parecía un muñeco de cera. Fue Ramón quien observó que el cuerpo de Isabel respiraba lentamente y dijo:

- ¡Mira, Isabel se mueve!, no está muerta. Solo está desmayada.

En ese momento, Isabel abrió los ojos y dijo:

- ¿Donde estoy?. ¿Qué me ha pasado?.

También Pedro reaccionó con estas palabras:

- ¡No ha pasado nada, cariño!.

Pedro decía esto para tranquilizarla, pero al mismo tiempo trataba de empujar el cuerpo de su novia hacia la puerta para que no viera en el estado que estaba Margarita, con las manos y el rostro bañados en sangre. Pero eso no valió de mucho, los lloros y gemidos entrecortados de Juanita, le hicieron volver la cabeza y vio de nuevo a su amiga tirada en el suelo.

- Por favor, Pedro, deja que la vea, a ver si puedo hacer algo por ella.

Pedro, que era un gran amigo de Margarita, lloraba en silencio y decía en susurros:

- Está muerta. Nada podemos hacer por ella.

Ahora fue Juanita, quien desprendiéndose de los brazos de Ramón, que la tenía como protegiéndola, dijo muy alterada:

- Pero, ¿alguien ha comprobado si es verdad que está muerta?.

- No, nadie lo ha hecho, pero no hay nada más que mirarla. Le han debido golpear con esa botella en la cabeza, ¿no ves que está rota?.

- Sí, debió de ser así como tu dices. Ya veremos lo que dice la policía.

- ¿Tu que crees que pasó?.

- Bueno, yo no soy policía, pero pienso que ella debió estar con alguien en la salita y de pronto le dolió la cabeza, vino a la cocina para tomarse algún calmante, porque ¡mira!, aquí en el suelo hay un tubo de pastillas, y mientras ella lo tomaba, la otra persona le golpeo por detrás.

- ¡Pero, si tiene la cara llena de arañazos!.

- No, eso debe ser que al caer se golpeo con los cristales de la botella que le rompieron en la cabeza.

- ¡Dios mío, que horror!. Tenemos que llamar a la policía. Porque desde luego, tú como policía tienes muy mal porvenir.

En otro momento, Ramón se hubiera reído divirtiéndose, pero ahora no era el momento. No estaba el horno para bollos.

- Sí, Pedro, voy a llamar a la policía ahora mismo.

No habían pasado cinco minutos, cuando sonó el timbre de la puerta y fue Ramón quien abrió.

- Pase agente. Es aquí, en la cocina.

- ¿Cuánto hace que sucedió?.

- No lo sé, nosotros hace como media hora que estamos aquí.

- ¿Cuándo la visteis por última vez?.

- Fui yo quien la vio sobre las cinco de la tarde y quedamos para ir a cenar los seis, pero José, su novio, telefoneó al restaurante donde habíamos quedados en reunirnos y dijo que no podía venir por un imprevisto.

- Bien, voy a ojear el cadáver.

- El Oficial de policía se inclinó sobre el cuerpo de Margarita, tirado en el suelo, le cogió una mano y dijo dirigiéndose a Pedro:

- ¿Quién es usted?.

- Me llamo Pedro y soy el novio de Isabel.

El policía hablaba con Pedro pero al mismo tiempo marcaba un número de teléfono, 061. A Pedro le extrañó. Por eso dijo:

- Señor agente...

El policía, viendo la cara de angustia y preocupación que tenía Pedro, dijo:

- Sí, Pedro. La muchacha vive, está muy mal, pero en un momento llegará la ambulancia y esperemos que pueda salvarse para que pueda contarnos lo que ha pasado. Pero, por favor, esperemos a ver lo que dicen los médicos y puedan confirmar lo que yo creo, por que si no fuera cierto y lo dijéramos, el dolor sería mayor, sobre todo para esas dos muchachas que están desechas en lágrimas.

- Si, claro, entiendo. ¿Tardará mucho esa ambulancia con el médico?.

- No. Estará aquí en un momento.

- Ojalá sea cierta su sospecha.

- Así es, por el bien de todos...

- ¿Qué quiere decir, oficial?.

- Pues que si se muere, habrá que hacer muchas preguntas para saber quien fue el que trató de matarla. Por ejemplo, ese tal José, que dice ser su novio.

- ¡Pero si José es un muchacho estupendo!. Y además está muy enamorado de ella. Por otra parte no mataría ni a una mosca.

- Sí, pero por algún lado tengo que empezar, ¿no le parece?.

- Entiendo que sí. ¡Qué complicada es la vida!. A lo mejor él está en su casa tranquilamente durmiendo y mañana está acusado de asesinato.

- Bueno, no se ponga trágico. A lo mejor la chica se salva y nos dice lo que pasó y si no ha sido él, nada tiene que temer. ¡Mira!, ya está aquí la ambulancia, pronto sabremos lo que tanto deseamos: si el cuerpo de Margarita está con vida.

- Ya tocan al timbre. Por favor, vaya a abrir la puerta.

Ramón no dejó que el médico preguntara, sino que antes que este abriera su boca, exclamo muy alterado: ¡aquí, doctor, en la cocina!

El médico dejó el maletín en el suelo y seguidamente se arrodilló junto a aquel cuerpo aparentemente sin vida. Solo dos segundos, se levantó y se dirigió al policía diciendo:

- Por ahora tiene vida. Vayamos deprisa al hospital.

Fue a Isabel a la única persona a quien dejaron ir con la muchacha. Pedro y los demás fueron detrás. Por un lado tenían una lucecita encendida de esperanza, pero por otro una vela apagada de desilusión.

Cuando Margarita fue examinada por varios médicos, todos estuvieron de acuerdo en el mismo diagnóstico: había que operar, así que el médico habló con Isabel, que era la persona más indicada en ese momento.

- Isabel, ¿sabe usted quienes son los padres de su amiga?.

- No doctor, ella nunca quiso hablar de sus padres. Debe ser algo grave, pero ella nunca los mencionó en mi presencia y yo siempre respeté su silencio.

- ¡Pero ustedes viven juntas!. Y además, son buenas amigas las dos.

- Sí, eso sí.

- Bien, creo que más que un médico, me estoy comportando como un inspector de policía. Perdona, pero lo que yo vine a

decirle es que su amiga se puede salvar, pero para eso tengo que operar.

- ¿Y cuál es el problema?.

- Pues que eso significa un riesgo de pérdida de memoria. Por eso quisiera que sus padres estuvieran informados y también su novio.

- Pero esa operación es necesaria, según usted, ¿no es así, doctor?.

- Así es. Sin esa operación no recobraría el conocimiento.

- Entonces, hágalo por favor. No sé quien son sus padres ni tampoco donde viven, pero no deben ser muy buenos padres, cuando en dos años que vivimos juntas, nunca se han interesado por el paradero de su hija.

- Tiene usted razón señorita, pero el novio sí debería saberlo, aunque ése estoy seguro de que pronto lo sabrá, porque la policía está investigando el caso. Porque todo esto parece muy raro. Creo que el golpe fue demasiado bajo, pienso que de haberle golpeado alguien, lo hubiera hecho más arriba de donde tiene el golpe. ¡No se!, no estoy de acuerdo con la policía, pero claro esa es mi opinión, la policía puede tener otro punto de vista. Tampoco se sabe en qué postura pudieron golpearla, pero lo que sí está claro es que su amiga había tomado bastante alcohol, de eso no hay ni la menor duda y si es como usted dice, que era una buena chica, que no bebía y llevaba una vida intachable, algo tuvo que pasarle, alguien tiene que estar detrás de todo esto y por eso la policía está investigando los acontecimientos desde que usted dejó de verla ayer tarde.

- Sí doctor, es natural.

Cuando José estuvo en su dormitorio repasó mentalmente todo lo sucedido durante aquel largo día y dijo:

- Ha sido un día de revelaciones, primero la de Margarita y después la de mi familia. Y pensar que un corazón puede vivir con tantos recuerdos dolorosos y aparentar una serenidad tan

agradable y generosa como aparenta mi tío. Con razón no quería casarse, tenía miedo al matrimonio, como también tiene miedo de que yo tenga mala suerte y falle en la elección de la que tenga que ser mi esposa. Pero gracias a Dios, ha puesto en mi camino a Margarita, que es una buena chica, estoy seguro de eso, aunque haya tenido un hijo. Es, como dice mi tío, no siempre somos culpables de lo que nos pasa, a veces las circunstancias nos obligan a hacer cosas de las que más tarde nos arrepentimos amargamente y aún así, seguimos siendo buenas personas.

Mañana iré a ver a Margarita y le pediré disculpas por no haber tenido el valor de escuchar lo que ella había llevado en secreto tanto tiempo y después volver a pedirle que se case conmigo. Ella, que es buena y bondadosa, lo comprenderá.

Todo esto es lo que pensaba José, cuando el sueño lo venció. Aquella madrugada, José soñó cosas maravillosas: que Margarita estaba con él en unos grandes jardines y que él la sujetaba por el talle mientras ella sonreía dulcemente. Que sus ojos ya no tenían aquella mirada triste y que se daban las manos al mismo tiempo que sus labios se fundían en un interminable beso. Todo el tiempo que duró el sueño, José había sido más feliz que todos los días de su vida, pero unos golpecitos dados en la puerta cortaron sus dulces sueños:

- ¿Quién será, mi tío o Teresa?. Sea quien sea, se podían haber olvidado de que existo, aunque solo hubiera sido por un poco más de tiempo.

De nuevo volvieron a sonar los golpecitos en la puerta:

- Pase, estoy durmiendo.

- ¿Durmiendo?. ¿Es un chiste?.

- ¡Bueno!. Pasa, me has despertado, déjate de chistes y dime: ¿a que has venido?.

- ¡Vaya, qué humos!. Ni que te hubiera despertado en el momento de llevarte un pastel a la boca y digo pastel, porque yo se que ante esto tu no te resistes.

- Bueno, pero ¿no me habrás despertado para decirme que soy el rey de los pasteles, ¿verdad?.

- No, claro que no, pero como parece que no te ha caído bien que te despierte, pensé que estarías soñando con algo bueno.

- ¡Claro!, y según tu, a mí solo me hace feliz los pasteles.

- ¡Qué gracioso!.

- Sí, estaba soñando, pero ahora dime, ¿qué es lo que quieres decirme?.

- He venido a decirte que en el salón hay un señor que dice ser de la policía. ¿No habrás hecho nada malo?, ¿verdad, hijo mío?.

- ¡Teresa, por favor!.

- Perdona, perdona, pero es que me pongo nerviosa.

- ¿Qué puede querer la policía?. No comprendo.

- ¿No será que han robado la tienda?. Porque eso, en estos tiempos, está de moda.

- Pero en ese caso hubieran llamado a mi tío.

- No, es a ti a quien quieren ver y me parece que he oído decir algo de una tal Margarita.

- ¿Margarita?. ¿Y que tiene que ver Margarita con la policía?.

- Pero, hijo, ¿cómo quieres que yo sepa, si ni siquiera sé quien es esa tal Margarita?. Pero, ¿y tu?, ¿qué tienes tu que ver con esa señora o señorita?. Vaya, ni que te hubiera picado un mosquito de esos que pican en las tardes de verano. Para qué voy a seguir hablando si ya no me escucha, se ha puesto la bata y ¡pies para que te quiero!. Opino que ya debe estar al corriente de todo lo que la policía quiere.

¡Ay! esta juventud siempre complicándose la vida y eso que mi niño es un bendito, vaya, un modelo comparándolo con lo que se ve por la calle. Claro está que su tío y yo, que hemos sido sus padres adoptivos, hemos hecho todo lo que está en nuestra mano para inculcarle buenos principios. ¿Qué hubiera sido de mi niño, como yo le digo, si nosotros no hubiéramos cuidado de él como lo hemos hecho. Sería un caso perdido, como muchos otros jóvenes de nuestra sociedad, pero con el cariño que yo les tengo, tanto a él como a su tío, cómo iba a desentenderme de ellos, porque yo les quiero, a su tío como a un hermano y a él como a un hijo. En algunas ocasiones pensé que su tío me pediría que me casara con él. Desde luego, si me lo hubiera pedido, seguro que yo hubiera aceptado, aunque todo hay que reconocerlo, yo soy un poquito mayor que él y además estaba tan lleno de dolor y amargura, que en su corazón no había sitio para el amor. Él solo pensaba hacer de aquel niño que su hermano le había dejado, un gran hombre y que sería la continuación de la familia Morales, de ahí que él estuviera tan interesado por la educación y el bienestar de su sobrino. Por eso siempre estaba preocupado por lo que hacía y con quién estaba, también hacía investigaciones disimuladas para saber quién eran las amistades de su sobrino.

Por eso es que me preguntó si yo sabía algo de una tal Margarita y qué significa esa persona en la vida de José. Y yo me pregunto si su tío sabrá algo de todo esto, porque vengo observado de un tiempo a esta parte que está más tranquilo respecto a las amistades de su sobrino. En fin, sea lo que sea, creo que debería llamar a su tío, porque siempre los más viejos tienen más experiencia en todo. Alguien dijo que más sabe el diablo por viejo que por diablo y creo que tenía razón, porque las personas mayores tienen más experiencia de la vida, aunque la juventud se la dé de sabelotodo y nos llamen analfabetos y anticuados. Afortunadamente, mi niño no es de esos, él siempre

me ha tratado con tanto cariño y respeto que me siento bien orgullosa de él.

Ese policía me tiene un poco inquieta. ¿Qué es lo que querrá de José?. Iré a la habitación de su tío y le pondré al corriente de lo que sucede.

- Buenos días, señor.

- Buenos días, Teresa. ¿Quién es la persona que ha llamado y que tú le has hecho pasar al salón?.

- Señor, tiene usted un oído que le envidio.

- Tú no tienes nada que envidiar. Tienes los mismos años que yo y parece que tienes diez menos.

- Bueno, señor, le honra su caballerosidad pero usted sabe que tengo algunos más que usted.

- No importa, te mantienes muy joven.

- Bueno, es que las mujeres nos componemos más que los hombres, es decir algunas mujeres, porque mira que se ve cada cosa por ahí, que tienes que mirar aunque no quieras, vamos que no se sabe si son hombres o mujeres.

- Vamos, Teresa, no exageres.

- ¡Que no!, me gustaría que viera lo que yo vi ayer.

- A ver, ¿qué fue lo que viste ayer?.

- Mire, vi a alguien, con pantalones, con pendientes, con el pelo largo, rubio y las pestañas postizas, ¡porque desde luego las pestañas eran postizas, eso no había más que verlo!, pero lo que más me llamó la atención fue su barba. Yo nunca había visto nada igual. ¿Puede usted decirme de qué seso era?.

- Teresa, no se dice seso, se dice sexo.

- Bueno sí, eso, como se llame, usted ya me ha entendido. Lo que le quería decir es que las mujeres nos ponemos potingues para dormir y potingues para levantarnos.

- ¡No!. Tu no haces nada de eso, solo que te conservas bien, que las penas no te han atormentado como a mí.

- ¡No diga eso!. Es cierto que ha tenido que pasar tiempos difíciles, pero mire, todas sus penas ha sido recompensadas con ese sobrino que tiene que es la persona más buena del mundo.

- ¡Cómo se ve que la pasión te ciega, Teresa!. Y es porque tú lo quieres como a un hijo.

- Sí señor y es por eso que estoy aquí.

- Gracias por habernos aguantado tantos años. Pero dime, ¿qué es eso que has venido a decirme?.

- Verá, señor. Ese timbrazo que usted sintió, fue un señor que dice que es de la policía.

- ¿Y qué quería?.

- Quería hablar con su sobrino.

- ¿Con José?, ¿y para qué?.

- Pues mire, señor, eso no me lo dijo, pero si menciono a alguien llamada Margarita.

- ¿Estas segura de que dijo ese nombre?.

- Si, estoy segura. Cuando se lo dije a José, se puso tan nervioso como usted. ¿Es que acaso tenemos nosotros algo que ver con ese nombre?.

- No preguntes y dime si mi sobrino ya está hablando con ellos.

- Sí señor. Bajó enseguida y yo pensé que debía avisarle a usted, por si acaso quieren meter a mi niño en algún lío de esos que no falta en todos los sitios.

- Hiciste bien, Teresa, pero ahora vete, tengo que vestirme para bajar enseguida. Quiero saber lo que está pasando.

- Sí, sí señor, ahora mismo me voy. ¡Ay, Dios Santo!, que no sea nada y que ese policía se vaya lo antes posible.

Mientras tanto, Emilio saltó de la cama, se vistió rápidamente y entró en el salón. Después de saludar correctamente, preguntó: ¿puedo saber a que se debe su visita, señor agente?.

- Por supuesto que sí. Soy Torrente, inspector de la policía. Verá usted, es acerca de una investigación, pero ya hemos puesto al corriente a su sobrino.

- Sí, tío, es algo espantoso. Dice el inspector que han golpeado a Margarita en la cabeza.

- ¿Piensan que tú...?

- No, no señor Morales, nosotros no pensamos nada, solo queríamos hacer algunas preguntas. Teniendo en cuenta que esa chica es su prometida y que habían pasado la tarde juntos, a lo mejor podía decirnos, ¿por qué no fueron a cenar con los amigos que les estaban esperando?.

- Ya se lo he dicho. Discutimos y ella me rogó que la dejara ir sola. No quiso que la acompañara a su casa.

- Perdona, pero no me ha dicho la hora en que se separaron.

- No sé, creo que fue sobre las once de la noche.

- Y usted señor Morales, ¿a qué hora dijo que vino a casa su sobrino?.

- No lo he dicho, inspector, pero le diré que vino a casa alrededor de las once y media.

- Parece que media hora es demasiado tiempo para lo cerca que estaba de su casa. ¿Qué estuvo haciendo todo ese rato?.

- Después de ver a Margarita cómo se alejaba en un taxi, me quedé quieto sin saber lo que hacer, después me metí en el coche, triste y pensativo. Tardé rato antes de reaccionar y poner el coche en marcha. De pronto me acordé de que nos estaban esperando, paré el coche e intenté llamar a Pedro para decirle que no nos esperaran, pero no pude hacerlo: mi móvil se había quedado sin carga.

- Pero usted ha dicho que llamó por teléfono.

- Y lo hice. A unos cuantos metros había una cabina y allí pude telefonar.

Esta vez fue la voz de Emilio la que se oyó preguntando:

- Dígame, inspector, ¿a qué depósito la han llevado?.

- ¡Deposito!. Y quién ha dicho que esté en un depósito de cadáveres.

- Bueno, si está muerta, es lógico pensarlo.

- Pero es que nadie ha dicho que esté muerta.

Ahora fue cuando José gritó, pero de alegría y con unos ojos muy abiertos, como si la información tuviera que entrarle por todos sus cinco sentidos.

- ¿Qué dice?. Repita eso por favor, diga que Margarita está viva.

- Cállese José, sí, Margarita está viva, pero eso sí, está inconsciente de momento y no puede decir nada de lo que sucedió. Pero lo que sí le digo es que esa chica había bebido bastante y tenía una gran herida en la parte de atrás de la cabeza, se supone que se la hicieron con una botella, porque en el suelo estaban los cascotes de la botella y el licor. La muchacha parece que en el momento, no perdió el sentido, porque en su rostro se notan algunos arañazos y pequeños cortes debido a los cristales que estaban en el suelo.

- ¡Dios mío!, pobre Margarita, debió encontrarse tan sola que quiso refugiarse en la bebida. Qué culpable me siento. Quisiera estar con ella. ¿Puede usted decirme en qué hospital está y quién está cuidándola.

El policía, después de dar la información solicitada por José, se marchó, pero antes comprobó que José y su tío subían en su coche, dispuestos a seguirle hasta el hospital.

José tuvo algunos inconvenientes para entrar en el hospital a esas horas de la mañana, pero al fin lo consiguió, diciendo que era familia de la joven.

- ¡Isabel!.

- ¡José!.

- ¿Qué ha pasado?.

- Calla, el médico no quiere que hablemos aquí. Ven, vamos fuera.

- Sí, vamos, pero antes déjame que la vea. Mira tío esta es Margarita, está muy pálida.

- ¡Es preciosa!. No tengas miedo, se ve una joven muy fuerte, se curará, estoy seguro.

- Isabel, lo sé todo, la policía estuvo en mi casa y me puso al corriente de todo lo que pasó.

- ¿Al corriente de todo?... De todo lo que ellos creen que paso, porque la verdad yo no estoy segura de nada.

- Perdona Isabel, que no me haya dado cuenta. Mira, este es mi tío Emilio, del cual os he hablado tantas veces. Tío, esta es Isabel, una amiga querida. Tanto de Margarita como mía.

- Tanto gusto, señorita.

- El gusto es mío, Señor Morales.

- Eso de Señor Morales me suena a viejo. Para los amigos soy Emilio.

- Gracias, también puede llamarme Isabel.

- Bien, salgamos un momento de la habitación. Dígame Isabel, ¿cómo está esa chica?.

- No sé. El médico dice que la operación ha ido bien y que su vida no corre peligro, pero su memoria, es posible que sufra una amnesia.

- La culpa es mía.

- ¡No digas eso, José!. No sé lo que paso entre vosotros pero estoy segura que todo tuvo que ser un malentendido.

- ¡Pobre Margarita!. Si pudiera explicarnos, todo sería diferente, pero si no recuerda nada, todo esfuerzo será inútil.

- Por favor, José, no te desesperes. Confía en la misericordia de Dios.

- Confíemos, tío. Isabel, debes estar muy cansada, vete a descansar. Yo me quedare con Margarita.

- No, José. Me quedaré hasta que despierte.

- ¿Tu crees que lo hará pronto?.

- No lo sé, pero el doctor dijo que sí.

- En ese caso, entremos.

- ¿Tu tío también se queda?.

- No, Isabel. Yo tengo que irme, pero estaré en contacto con vosotros para que me deis noticias.

- Así lo haremos. Emilio, vete tranquilo.

- En ese caso, hasta luego.

- Hasta luego, tío.

Emilio se fue preocupado por la situación de su sobrino, porque no basta ser inocente, sino poder demostrarlo y a veces, hay ciertas situaciones que cuesta aclararlas y en este caso, la policía no estaba muy convencida de nada. Si al menos Margarita no sufriera pérdida de memoria, podría decir todo lo que realmente sucedió, porque yo encuentro muy raro todo esto de la botella rota en el suelo y además nada indica que hubiera persona alguna con ella, pero si dicen que estaba bebida podía haber sufrido algún accidente.

Tan distraído iba pensando en el tema, que estuvo a punto de tropezar con el inspector de la policía.

- Buenas tardes, Señor Morales.

- ¡Oh, inspector!. Perdona, estaba tan absorto en todo este tema que nos ocupa, que no me di cuenta y casi tropiezo con usted.

- No se preocupe. Yo también iba pensando en este asunto.

- ¿Sabe algo sobre este caso?.

- Hasta ahora no. ¿Está su sobrino arriba?.

- Si, está en la habitación de la muchacha.

- ¿Y usted ya la conocía?.

- No. Él me estuvo hablando de ella esta noche pasada y me dijo que pensaba casarse con ella.

- ¿Usted no sabe por qué discutieron?.

- Sí señor. Lo sé, pero no pudo decírselo. Creo que no me corresponde.

- ¿Ni aun estando un intento de asesinato por medio?.

- Por el momento, prefiero callar.

- Como quiera. Subiré a ver a su sobrino.

- Muy bien, inspector. Suba y allí lo encontrará.

Emilio bajó los pocos escalones que le separaban de la calle, después subió en su coche y de allí directamente a su casa.

El policía, por el contrario, siguió subiendo hasta estar frente a la puerta de la habitación donde estaba la enferma. Se paró unos momentos y escuchó. Todo estaba en silencio, parecía como si allí no hubiera nadie. Empuño el tirador de la puerta y la empujó muy despacito. Cuando hubo suficiente sitio para pasar, lo hizo, cerrando a sus espaldas. Al estar dentro de la habitación, el médico se puso el dedo índice en la boca, indicando silencio. Las cinco personas que había en la habitación se miraron. El médico se acercó a Margarita y le cogió una mano, estaba ardiendo, la fiebre había subido y empezaba a delirar. No se le entendía mucho, pero a medida que pasaban los minutos su exaltación se hacía más fuerte, hasta que el médico dijo:

- Habrá que ponerle un analgésico, la fiebre es demasiado alta.

- Por favor, doctor, ¿no podría esperar unos segundos?. Eso que está diciendo puede ser muy importante para la investigación. José, ¿sabía usted algo de esto?.

- Algo sí, inspector, pero no toda la historia.

El médico, las enfermeras e Isabel se miraban sorprendidos. ¿Qué era todo aquello de lo que hablaban el inspector y José?. Las palabras de Margarita les hicieron reaccionar al escuchar:

- No nunca, ¿me oyes?, nunca. Tu no matarás a mi hijo, es mío, me marcharé de esta casa para siempre. Sí, ya sé que soy

menor de edad, pero te juro que si tratas de impedirlo daré el mayor escándalo de la historia.

- ¡Tu!. Una señora tan importante, verte en semejante lío, una hija soltera que va a tener un hijo y ni siquiera tiene padre. No, no callo. Tienes que escucharme: no se puede traer hijos al mundo para después abandonarles como tú haces, así, que ahora no te quejes. Mi hijo nacerá, seguro que nacerá, aunque tú no lo desees y trates de impedirlo. No me cogerás, no o ,o ,o.

Margarita había dicho todo esto gritando, pero el grito final y desgarrador fue lo que hizo al médico poner fin a aquella situación, administrando un analgésico a la enferma y después de unos minutos todo estuvo más tranquilo, en apariencia, porque la mente de aquellas personas que habían oído la declaración de Margarita estaban confundidas, se preguntaban qué era todo aquello que Margarita había dicho bajo su estado febril. Pero sobre todo, el que más desorientado estaba era el inspector, que en su mente no dejaba de repetir qué habría sido de ese hijo que, en su delirio por la fiebre, mencionaba.

¿Nacería?, ¿no nacería?. Quizá fuese un asesinato impune. Él pensaba que allí había muchas cosas que no estaban claras, por eso cuando el médico dijo:

- Señores, tienen que salir de la habitación. Solo se puede quedar una enfermera y si la señorita lo desea, también puede quedarse.

Esto último lo dijo mirando a Isabel.

- Pero también comprendo que se ha pasado aquí toda la noche y todo lo que va del día. Sería mejor que se fuera a descansar.

- Sí, doctor. Creo que necesito ese descanso, de lo contrario no sería capaz de seguir durante la noche.

- Esta noche no será necesario que te quedes tu, Isabel. Seré yo quien se quede para atender a Margarita, dijo José.

- Eso lo discutiremos más tarde. Ahora es necesario que salgamos de aquí.

- ¿Quieres que te lleve a casa, Isabel?.

- No, José. Ya cogeré un taxi. Tu quédate por si haces falta.

- Como quieras.

- Telefona a tu tío y dile que Margarita ya ha despertado de la anestesia.

- Lo haré. Vete tranquila.

Cuando Isabel se marchó, la enfermera condujo a los dos hombres a la misma salita donde anteriormente habían estado esperando y hablaron sin que nadie les interrumpiera. Cuando ya faltaban solo unos pasos para llegar a ella, dijo el policía:

- No se moleste, enfermera, sabemos el camino, ¿no es verdad José?.

- Si, claro, ya sabemos el camino. Gracias, usted vaya con Margarita y por favor avísenos si algo sucede.

- Estén tranquilos, yo les aviso.

Los dos hombres entraron dentro de la habitación y tomaron asiento.

- ¿Un pitillo, José?. Creo que en estos momentos a los dos nos irá bien porque, no crea, a veces los interrogatorios son tan duros para el interrogador como para el propio interrogado. Pero son cosas del oficio y hay que hacerlo, ¿lo entiende, verdad?.

- Lo entiendo. Por favor, empiece.

- Bueno, quería hablarle para decirle que en el laboratorio han analizado las huellas de los cascos de la botella que encontraron rota al lado de su prometida y entre otras, estaban las suyas.

- Es natural. Esa misma tarde, antes de salir a pasear, estuve bebiendo de ella.

- Lo sé, José, yo sé muchas cosas de usted, entre ellas que es una buena persona y que Margarita ha sido su único amor.

- Y sabiendo todo eso, ¿sigue sospechando de mí?.

- Bueno, para serle sincero, le diré que cuando hablé con usted la primera vez, ya supe que usted era inocente, pero es nuestro trabajo y hasta que no se demuestre lo contrario, es nuestro deber sospechar de todo el mundo.

- Pero, ¿es que ya saben quien lo hizo?.

- No, José, no lo hizo nadie. Fueron solo las circunstancias. Hemos analizado todo lo que conlleva a este asunto y hemos llegado a la conclusión de que su novia, después de discutir con usted, se fue a casa y como no había nadie en ella, empezó a beber para olvidar lo sucedido. No es la primera vez que lo hace. Cuando se marchó de su casa, es decir de casa de sus padres, también solía hacerlo. Gracias a la compañía de esa chica, Isabel, no termino siendo una alcohólica, o una drogadicta, cualquiera sabe. Estaba desesperada y no sabía lo que hacía, pero gracias a ella, Margarita es una chica decente. Pero no era a esto a lo que me refería, sino a cómo sucedieron las cosas. Margarita se puso a beber lo más fuerte que tenía en casa para que su preocupación se esfumara más pronto, pero cuando estuvo un poco cargadita, empezó a dolerle la cabeza y decidió tomar algún calmante para aliviar ese estado de angustia y marchó a la cocina a coger un vaso de agua, cosa tonta, porque bien pudo tomarlo con la bebida que tenía en la mano. Pero mira, en eso hizo bien, la medicación, según dicen los médicos, siempre, o casi siempre, deberíamos tomarlos con agua, pero también es cierto que cuando uno está bebido no todo lo que hace es correcto, ni razona como es debido. Así que marchó a la cocina con la botella en la mano, como si temiera que alguien se la fuera a quitar, pero al estar, como ya he dicho antes, bebida, resbaló, cayó hacia atrás y se golpeó con el pico de la mesa. Al golpe, la botella se rompió y como no perdió el conocimiento en el acto, al querer ponerse de pie se cortó y arañó con los cristales que había en el suelo. Después, al perder tanta sangre, fue cuando vino lo demás.

- Me siento mal al pensar que yo soy el culpable de todas las cosas que han pasado.

- Lo suyo, supongo que fue una riña de novios, como cualquier pareja.

- ¡Riña, no!. El caso fue que ni siquiera fue eso, fue algo más frío. Yo me había decidido pedirle que fuera mi esposa y de pronto se echó a llorar, diciendo que no, que no podía ser. Yo insistí para que me dijera el motivo de su negativa, si era lo que ambos deseábamos, pero ante mi insistencia dijo que antes de aceptarme debía saber su pasado. Yo me eché a reír diciéndole que ella no podía tener pasado. Ella no dijo nada, pero lloraba sin parar. Ante esta situación, dije: - Está bien, cuéntamelo todo. - y al escuchar estas palabras, me miró sorprendida y casi, sin salirles las palabras de la boca, dijo: - José, yo hace dos años tuve un hijo. Fue tal mi sorpresa que mis manos se soltaron de las suyas, sin que yo apenas me diera cuenta y mi rostro quedó tan pálido que a ella debió parecerle que había dejado de quererla. Creo que estuve así bastante rato, el suficiente para que se levantara del banco donde estábamos sentados y empezara a caminar. Después, cuando reaccioné, traté de alcanzarla para acompañarla a su casa, pero ella no quiso, dijo que prefería ir sola, vi como cogía un taxi y marchó. Lo demás ya lo sabe.

- Sí, pero ahora quiero saber muchas más cosas relacionadas con Margarita y su familia, es decir quiero saber donde esta ese hijo que tuvo Margarita.

- Estoy de acuerdo, inspector, pero para eso primero tenemos que saber quién es la familia de Margarita y donde viven, ¿no le parece?.

- Sí, pero eso ya está resuelto, la policía se ha encargado de todos esos detalles.

- ¡Vaya!, para mí no son detalles sino un buen trabajo.

- Gracias, José. La policía siempre trata de ser lo más eficaz posible para esclarecer los casos, pero no siempre es fácil, o peor, a veces es casi imposible. Pero bueno, si le parece bien y contando que usted se va a casar con ella, porque, eso es lo que va a hacer, ¿o no es así?...

- Desde luego que sí. En cuanto ella sea capaz de decir sí cuando el juez le pregunte que si quiere ser mi esposa.

- Pues entonces no perdamos tiempo, vamos a ver que nos cuenta esa buena familia de todos estos enredos. Le diré por anticipado que su padre es un señor de negocios y su madre una de esas señoras que pasan más tiempo en la calle que en su casa. Es la presidenta de una asociación de defensa a los animales, tiene un carácter fuerte y siempre le gusta hacer lo que quiere. Le digo todo esto para que se vaya haciendo una idea de como es su futura suegra.

- No creo que me interese cómo es esa señora. Si su hija puede vivir sin ella, mejor pasará yo. Yo solo me casaré con Margarita, su familia no me interesa lo más mínimo. Solo me interesa saber qué fue lo que le hicieron cuando todavía era una niña.

La casa de Margarita estaba en las afueras de la ciudad, en el lado opuesto del hospital donde estaba ingresada, es decir que la distancia desde el hospital hasta la casa de los señores de Gómez estaba bastante lejos; así el policía tuvo tiempo de hablar de muchas cosas de esa familia.

- También tiene un hermano que, según nos han informado es una buena pieza, aunque este sabe nadar y guardar la ropa, pero estoy seguro de que algún día se le acabara la suerte e ira desnudo a casa.

- ¿Y su padre?.

- Ese es el que menos pinta, pero últimamente creo que también está haciendo sus pinitos.

- ¿Sobre qué?.

- Sobre muchas cosas: fraudes y una mujer bastante lista que parece que le está mandando a la ruina.

Esas palabras cayeron hondas en el corazón de José, pues no hacía mucho que su tío le había contado que su madre estuvo intentando hacer lo mismo con su padre, de hecho fue la culpable de traer la desgracia a su casa y había sido la culpable también de la muerte de su padre... ¿Por qué tenía que haber mujeres de esa clase?, bueno, mujeres y hombres, porque los hombres se creen muy listos pero se dejan embaucar por cualquier cara bonita que le salga al paso, de ahí que haya tantos matrimonios y hasta familias enteras destrozadas. Yo, cuando me case, respetaré a mi esposa y cuidaré de mi familia porque eso será lo más importante en mi vida. Por eso cuando supe lo del hijo de Margarita, reaccioné de aquella forma. Ahora entiendo que en esa ocasión no tenía razón, estaba equivocado. Ella es distinta, no sería capaz de hacer daño a nadie.

El inspector había percibido como un susurro en los labios de José y preguntó:

- ¿Decía usted algo?.

- No, no señor. Pensaba que algunas mujeres no son dignas de vivir.

- Parece que no tiene muy buen concepto de las mujeres.

- Bueno, digamos que no de todas. Como le he dicho, solo de algunas.

- Sí, pero de todos modos, nosotros no somos quien para juzgarles, es a Dios a quien corresponde ese juicio y puede estar seguro de que su juicio será justo y dará a cada uno lo que se merezca o corresponda y nadie escapa a su justicia. Aquí, en la tierra, se pueden cometer injusticias, ignorantemente o deliberadamente, pero cuando estemos en su presencia no habrá escapatoria posible, tal y como hemos hecho, recibiremos el veredicto que hayamos merecido.

- Inspector, no sabía que fuera usted un verdadero predicador de la Biblia.

- No soy un predicador, pero eso lo saben hasta los niños que van al colegio. Porque, ¿no me irá a decir que usted no lo sabía?.

- Sí, claro que lo sabía. Por eso no me explico cómo puede haber personas que hagan tanto daño, si saben que más pronto o más tarde tienen que dar cuentas de sus actos.

- Tiene razón, tampoco yo me lo explico. Mire, creo que esa es la casa de los señores de Gómez.

- Sí, ese es el número. Ya veremos lo que nos espera detrás de esas bonitas rejas.

Estos dos hombres intrigados bajaron del coche, pensando en qué clase de recibimiento les harían en esta bonita mansión. Una vez frente a la puerta, levantaron la mano para pulsar el timbre, pero no fue necesario, porque al fondo vieron a un joven que salía de dentro de la casa. Esperaron unos segundos y el mismo joven abrió la puerta de la reja que rodeaba aquella lujosa casa.

- Buenas tardes, señores, ¿desean algo?.

- Buenas tarde, sí deseábamos hablar con los señores de Gómez, ¿es aquí, verdad?.

- Sí señor, es aquí.

- Queríamos hablar con sus,... ¿padres, si es posible?, ¿porque, supongo que usted es el hijo de los dueños de esta casa?.

- Supone bien, pero antes por favor dígame, quien son ustedes.

- ¡Oh!, sí, perdone. Soy el inspector de la policía y este es mi ayudante.

Al decir este nombre, la cara del joven se transformo, pero dándose cuenta de la situación, hizo como si nada pasara y repitió:

- ¿Inspector de la policía?

- ¡Sí!, ¿hay algo malo en ello?

- No, no, claro que no, ¡qué tontería!, ¿y ha dicho que quieren hablar con mi padre?

- No he dicho con su padre sino con sus padres, en plural, ¿lo entiende ahora?. Porque, la verdad, se ha puesto tan amarillo como si se hubiera comido una docena de huevos crudos.

- No es eso, es que acabo de levantarme.

- Sí, lo suponía. Tengo entendido que a usted le gusta trabajar en el turno de noche.

- ¡Qué buen humor tiene usted inspector!

- Sí, tengo buen humor. A veces hay que echarle un poquito de sal a la comida para que pase mejor.

Dicho esto, el inspector y José entraron dentro del jardín. El ama de llaves, que había escuchado parte de la conversación, les invito a pasar dentro de la casa y después los condujo a la salita que tenían para recibir a las visitas.

- Permítanos que nos presentemos: Inspector de policía y mi acompañante. Y usted, ¿qué puesto ocupa en la familia?

- Verá señor. Yo entré en esta casa hace muchos años como ama de llaves, pero ahora tengo la impresión de que no sé quien soy.

- Bueno, no sé por qué dice eso. A veces solo la persona que lo siente es la que lo entiende. Nosotros, señora...

- Elvira, señor, me llamo Elvira. Perdona que no se lo haya dicho antes, pero hemos pasado de una cosa a otra y se me ha pasado.

- Pues como le decía, estamos aquí para hablar con los señores.

- Pues lo siento, la señora no está en casa.

- ¿Y el señor?

- Tampoco está el señor.

- ¡Vaya!. ¡qué mala suerte!, ¿no sabe usted si vendrán pronto?.

- No señor, no lo sé, pero lo más seguro es que vengan muy tarde, porque la señora dijo que no hiciera cena para ella, que ésta noche vendría tarde porque tenía una cena con unos amigos.

- ¿Y el señor Gómez tampoco cena en casa?.

- Si se refiere al padre, le diré que hace mucho tiempo que no cena en casa y si se refiere al hijo, ese ni cena ni come, porque a la hora de cenar no está en casa y a la hora de comer está durmiendo, así que en esta casa la única que hace las comidas como Dios manda es una servidora. Hace tiempo estaba más acompañada, ella siempre cenaba y comía conmigo, me refiero a la señorita Margarita, mi niña como yo la llamaba, pero desde que pasó lo que pasó, estoy sola en este caserón.

- ¿Caserón?, pero si parece un palacio.

- Si se refiere a su construcción y su mobiliario, es cierto, pero eso a mí no me importa. Lo único bonito que había en esta casa era mi niña, perdón, quise decir la señorita. Era como un ángel, tenía unos ojos preciosos y un pelo que daba gloria mirarla.

- ¿Y que pasó con ella?. ¿Murió, quizá?.

- No, no murió en el sentido de la palabra, pero sí murió para nosotros.

- Pues, ¿qué fue lo que paso?.

- Ya verá señor. Hace aproximadamente dos años se marchó de esta casa y no he vuelto a saber nada más de ella. Yo sé que debe ser muy desgraciada donde quiera que esté, porque también sé que ella no olvidará lo que pasó. Es una chica sensacional. Pero bueno, les estoy aburriendo con una historia que nada tiene que ver con lo que ustedes han venido hacer aquí. A lo que han venido es a hablar con los señores, pero como ellos no están, todo está dicho.

- Yo no lo creo, Elvira. Porque es así como me dijo que se llamaba, ¿estoy en lo cierto?.

- Sí lo está, señor. Ese es mi nombre, Elvira.

- Muy bien, señora Elvira, continuemos hablando de por qué se fue la señorita de esta casa hace dos años y no ha vuelto.

- Perdone inspector, pero no entiendo. ¿Qué interés tiene usted en todo esto, que ni siquiera conoce a la familia?.

- Vera, Elvira, no les conozco personalmente, pero si se un poquito de este caso y quisiera que me contara algo más acerca de él.

- ¿Usted quiere hablar conmigo?.

- ¡Claro que sí!. Quiero que me diga todo lo que sepa acerca de su niña, como usted la llama y yo le daré noticias de ella, ¿qué le parece?.

- ¿Usted sabe donde está la señorita Margarita?.

- Sí, lo sé, y la llevaré con ella si me dice todo lo que pasó para que abandonara esta casa para siempre.

- No sé si debo, es un secreto que solo ella tiene derecho a contar.

- Verá, para que las cosas sean más sencillas para usted, le diré que parte de ese secreto ya lo sabemos y si usted nos cuenta lo demás, su niña puede ser muy feliz con el hombre al que ama.

- ¿Quiere decir que la señorita se va a casar?.

- Sí, eso es lo que he dicho.

- Gracias, Dios mío, que Dios le bendiga y tenga suerte en su matrimonio.

- Ahora Elvira, empiece a decir todo eso que sabe.

- ¡No señor!, ahora es cuando no tengo nada que decir.

- Pero, ¿cómo?. Antes dijo usted...

- Sí, pero he cambiado de opinión.

- Por favor inspector, déjeme a mí.

- ¡Vaya con el joven!, qué creído. A lo mejor piensa que porque es más guapo y más joven que el inspector y digo esto sin

ánimo de ofender al inspector, porque en sus tiempos también habrá sido un buen mozo.

- Bueno, Elvira, para llamarme viejo no tenía que hacer el otro cumplido.

- Perdona, metí la pata de nuevo. Lo que quise decir es que no es usted tan joven como este otro señor.

- Por favor Elvira, puede llamarme José.

- ¿Y por qué tengo que llamarle José, si no le conozco de nada?.

- No se preocupe. De eso es de lo que quiero hablarle cuando le pedí al inspector ser yo quien le explicara la situación.

- Pues hágalo pronto, porque si le digo la verdad, no entiendo nada de nada.

- Pronto lo entenderá todo.

- Eso espero.

- Verá, el joven que quiere casarse con Margarita soy yo.

- ¿Usted?. ¡Cielo santo!, un policía.

- No, cálmese. No soy policía. Soy un hombre normal y corriente, pero con otra profesión que no tiene nada que ver con la policía. Estoy aquí en compañía del inspector para averiguar algunas cosas relacionadas con Margarita y que ella no nos puede contar porque está enferma.

- ¿Mi niña está enferma?.

- Sí, está muy enferma, pero a pesar de todo, el doctor dice que se pondrá bien.

- ¿Y qué es lo que tiene?.

- Fue un accidente. Ocurrió el día que le pedí que se casara conmigo.

- Y ¿qué dijo ella?.

- No aceptó, rodaron dos lágrimas por sus mejillas y dijo que no podía ser, que había algo que lo impedía. Yo no podía aceptar aquella negativa y le pedí con insistencia que me contara todo aquel secreto que le estaba atormentando. No sé

por qué lo hizo, pero creo que ya estaba cansada de todo, solo quería librarse de aquello que había llevado dentro y que tanto daño le hacía y que su alma quedara libre de aquel peso y descansar de aquella angustia que le impedía hasta respirar. Así que levanto la cabeza, se limpió el rostro con el dorso de la mano y mirándome a los ojos dijo: -No puedo casarme contigo porque yo tuve un hijo.

Después de decir estas palabras echó a andar muy deprisa, tropezó y cayó, con tan mala suerte, que se golpeo en la cabeza, perdiendo el conocimiento y quedó inconsciente. Cuando recobró el conocimiento tuvo mucha fiebre y en su delirio dijo muchas cosas, entre ellas dijo que su madre quiso matar a su hijo. Como verá usted, sabemos muchas cosas, pero el teniente y yo queremos saber qué fue de ese niño, si esta muerto o vivo, y si así es, ¿quién lo tiene?.

- Ya veo que están ustedes muy bien enterados del asunto, por eso no tendré más remedio que contarles la verdad, pero antes dígame señor...

- Ya le dije que me llamara José, pero si prefiere mi apellido, es Morales.

- Sí, prefiero de momento llamarle por su apellido. Señor Morales: ¿piensa usted casarse con la señorita Gómez después de saber lo que sabe?.

- Sí, pienso y deseo hacerlo, porque estoy seguro que ella es inocente de lo que haya pasado.

- Bien, entonces creo que debe saber la verdad. Empezaré diciendo que entré en esta casa cuando la señora se casó, estaba recién casada y buscaba un ama de llaves. Yo, por mi parte, buscaba un trabajo como este, así que, durante un tiempo todo fue bien, pero después nada fue igual. Ójala no hubiera venido nunca, pero ya era tarde, empecé a tomarle cariño a esta casa y aunque quise marcharme muchas veces, nunca podía hacerlo. Esta casa es para mí mi verdadero hogar, los niños han sido

como si fueran míos, porque solo me ha faltado echarlos al mundo, lo demás se lo he hecho todo. Los he vestido, los he lavado, los he puesto con su cuna en mi habitación, todo lo que su madre no ha hecho, pero solo les contaré desde que los niños empezaron a darse cuenta de que sus padres no estaban en casa a las horas de las comidas o cuando tenía que ser yo quien les diera un beso para dormir, porque ni su padre ni su madre estaban. O porque todavía no habían llegado o porque tenían prisa para irse a cenar o a otros asuntos, el caso es que yo he sido la única que he dado verdadero cariño a estos niños que hoy están tan confundidos que no saben cuál es el verdadero camino en la vida, como por ejemplo mi pobre niña, cuánto ha sufrido desde que pasó aquello. Sí, los niños ya no eran tan niños, habían crecido, el niño era un chico muy fuerte y guapo y la chica una muchacha preciosa, pero de distintas condiciones. El señorito no era lo que se dice un buen estudiante, sino por el contrario, le gustaba pasar el tiempo con las chicas de su edad divirtiéndose, así que cuando venían las notas, eran de lo más lamentable. Su padre, el señor Gómez, le prometía cosas si aprobaba. Primero fueron cosas sin importancia pero después, a medida que iba creciendo, fueron cosas más grandes, hasta que el señorito tuvo todo lo que quiso. Cuando lo tuvo todo, dijo que no quería estudiar más, que se dedicaría a los negocios, y su padre, que sabía que nada adelantaría echándole sermones, metió el pico bajo el ala como el avestruz y le dejó hacer lo que le dió la gana.

- ¿Y con la señorita?. ¿Qué pasó con ella?.

- No se preocupe, ahora se lo cuento, pero en orden. Nunca pensé que tendría que contarle, aunque me estuviera quemando por dentro. Pero si las cosas han llegado a este punto, lo diré todo.

La señorita no era como su hermano, ella era estudiosa y le gustaban mucho las cosas de la casa. Cuando me veía coser o

cocinar, siempre me decía que la enseñara y si tenía una prenda delicada, ella misma la lavaba. Siempre quería ayudarme, aunque algunos días, si la notaba triste, yo sabía lo que le pasaba y trataba de animarla, porque, aunque la señora no se acercaba a sus hijos para preocuparse de sus asuntos, como hubiera sido lo normal, los hijos la querían, especialmente la señorita y echaba de menos su presencia. Algunas veces me hacía preguntas como estas que yo no sabía como contestarlas: - Elvira, ¿esta noche tampoco vienen mis padres a cenar?. -No, tu madre tiene cosas que hacer. -Todas las noches me dices lo mismo, ¿pero que cosas son esas?. A mí me gusta que mamá venga a buscarme a la escuela como las madres de las demás niñas. Y que me dé un beso cuando me voy a la cama, y que me enseñe a hacerle ropita a mi muñeca, todo eso lo hacen las madres de mis amigas. -Tu no tienes nada que ver con lo que hacen las madres de las demás niñas, solo tienes que pensar que si tus padres no lo hacen, sus razones tendrán, los padres siempre saben lo que hacen.

Aunque a mí me remordía la conciencia, pero no tenía ningún derecho, ya tendrían tiempo de descubrirlo por ellos mismos. Desgraciadamente eso fue lo que paso, la niña no tarda en darse cuenta de todo. Su madre siempre estaba en la calle, ser presidenta de esa asociación le daba un buen pretexto. Las cosas iban de mal en peor, el señor comía casi siempre solo.

- Elvira, ¿no ha llamado la señora?.

- Sí señor, para decir que no le espere, que vendrá tarde.

- ¿Seguro que te dijo eso?.

- Seguro señor, pero no se preocupe, que el señorito ha dicho que comería con usted.

- ¡Ah, si!, seguro que será para pedirme dinero o alguna otra cosa.

- No sea usted así, a lo mejor no quiere nada, solo que le gusta comer con usted.

- No, Elvira, no cerremos los ojos a la evidencia. En esta casa todo va de mal en peor. La señora, con sus juntas y sus reuniones, mi hijo, ya lo sabe, con sus negocios nocturnos, a veces pienso que casi no merece la pena venir a casa.

- Por favor, no diga eso. También tiene a su hija, que le quiere mucho.

- Sí, ya sé que me quiere, pero no basta con eso. Un hombre necesita de la presencia de su esposa en la casa, ver como se sienta en la mesa, hablar de los acontecimientos del día, y otros diálogos que una hija no puede hacer.

- ¡Pero, señor!. La señora es la presidenta de esa asociación de protección para los animales y tiene que cumplir con esos compromisos porque, comprenda usted, con ese cargo, ¡el trabajo que debe tener!.

- Ya lo supongo, que tenga que asistir a todos esos compromisos, pero lo que no comprendo es que esté casado y a la misma vez esté viudo y además tampoco entiendo cómo puede poner en primer lugar a esos animalitos que a sus hijos y su marido, ¡con todo el cariño y respeto para ellos!.

- Pero usted no está viudo, señor.

- No, pero como si lo estuviera. Sí Elvira, ya lo ves: la mayoría de las veces, o tengo que comer solo o cenar solo. Cuando mi mujer se acuesta, yo ya estoy dormido y cuando yo me levanto es ella la que..., y cuando viene un día de fiesta nos lo pasamos discutiendo, aunque no sé para que, siempre termina convenciéndome.

- Porque usted es muy bueno señor. Le pasa como a la señorita, sois los más débiles de la casa, y si no mire, ahí la tiene, en su cuarto estudiando.

- ¡Pero, cómo!. ¿Es que hoy no hay...?

- No, señor. Hoy es el día de no sé que santo, no me acuerdo del nombre, pero eso da igual, los maestros tienen fiesta un día si y el otro también.

- ¡No seas exagerada, Elvira!
- ¡Exagerada, yo, no señor!. Lo que pasa es que se pegan la vida padre.
- ¿Qué quiere decir eso?.
- Eso quiere decir que trabajan menos que un,... bueno, no voy a terminar la frase para que nadie se sienta aludido.
- ¡Qué ocurrencias!. Los maestros y profesores tienen un trabajo que hacer y lo hacen en el tiempo y días que el estado ha estipulado que lo hagan.
- No, si eso ya lo se. Pero, vaya, “que no se rompen ninguna costilla,” aunque eso es un decir.
- Sí, no te preocupes, yo te entiendo.
- Yo ya no sabía que decir más, solo trataba de ganar tiempo, me hacía ilusiones de que la señora se arrepintiera y llegara antes de lo previsto o que la niña saliera de su habitación y se pusiera a hablar con su padre, pero no fue así y tuve que salir al paso de todas las amarguras del señor. Ese mismo día fue cuando la desgracia se acentuó en esta casa.
- Elvira, ¿quien ha salido, que he sentido la puerta cerrarse y tu te has quedado dando vueltas como si fueras una sonámbula?.
- ¡Ah, niña!, ¿eres tu?.
- Claro que soy yo, ¿quien quieres que sea?.
- No sé, no sé. En esta casa ya nada me parece raro.
- ¿Qué pasa Elvira?, ¿es que mamá no viene a comer y papá se ha enfadado?.
- No, esta vez tu padre no se ha enfadado como de costumbre, sino que se ha marchado y me parece que va a tratar de imitar a tu madre y a tu hermano.
- Hace bien. Yo creo que voy a hacer lo mismo.
- Pero, ¿que dices, criatura, es que tu también te has vuelto loca?.
- Nada de eso, solo que yo también quiero divertirme.

- Pero, ¿dónde vas?

- Ya lo ves, estoy llamando a unos amigos para aceptar una invitación que me hicieron esta mañana.

- ¿Y dónde es esa invitación?

- Son compañeros de clase. Ellos se reúnen a menudo, pero yo nunca quiero ir con ellos, pero hoy si pienso hacerlo, se acabó esta soledad, quiero vivir y disfrutar. Mis amigos dicen que lo pasan bomba.

- ¡Niña, no te conozco!. Parece como si te hubieran cambiado. Dios mío, parece como si el demonio hubiera entrado en esta casa.

- No debes preocuparte tanto. Solo se trata de salir un rato con los amigos y divertirme un poco.

- Fueron inútil mis esfuerzos para persuadirla, se marchó y cuando regresó ya era muy tarde. Lo que sí pude apreciar fue que la fiesta no había ido nada bien. Venía despeinada y los ojos enrojecidos como si hubiera llorado. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que en la sala donde había estado, había mucho humo y que el ambiente no era muy agradable, me dió las buenas noches y se metió en su cuarto. Yo quise entrar con ella diciendo que tenía que cenar algo, pero dijo que no, que estaba demasiado cansada y solo quería descansar. Pero desde aquel día, siempre estaba triste y distraída, había perdido el apetito, ya no tenía interés por los estudios ni por nada y en algunas ocasiones la sorprendí llorando:

- Pero niña, ¿quieres decirme qué es lo que te pasa?

- No es nada, Elvira. Solo un poco de dolor de cabeza.

- No, eso no es cierto. Antes, cuando te dolía la cabeza, venías a pedirme una pastilla para el dolor, pero nunca llorabas,. A ti te pasa algo más. ¿Es que no te miras al espejo?. Porque, si lo hicieras, te darías cuenta de las ojeras que tienes y la cara tan pálida.

- Será que hace un tiempo no duermo bien.

- Claro, eso ya lo sé, que ni duermes ni comes, ¿o es que crees que yo estoy en las nubes como tú?. Pues no lo estoy y por eso me he dado cuenta de que a ti te pasa algo y si no me equivoco, creo que estás enamorada.

No pude seguir hablando, porque la niña que había sido hasta ahora ya no lo era. De repente se había convertido en mujer y lloraba amargamente. Yo estaba sorprendida, aquello no era normal. ¿Qué había pasado aquel día que salió de casa y vino tan tarde, qué le habían hecho?. Mi cabeza era un torbellino de preguntas pero sin respuestas.

- Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que te pasa para que estés así?. Y ¿por qué lloras con tanta amargura?.

- Perdóname, Elvira, perdóname, yo no quería.

- Pero bueno, ¿quieres explicarte?. Y ¿qué es eso que tu no querías?. Y ¿por qué tengo que perdonarte?.

- Escucha, Elvira. Tengo miedo, sí, mucho miedo.

- ¡Pero, bueno!. Me estas poniendo nerviosa, con tanto misterio. Por favor, habla ya y no me tengas en esta angustia que me está ahogando.

- No es ningún misterio. Voy a tener un hijo.

- ¿Me quieres tomar el pelo?.

- No, de ninguna manera, es algo que ocurrió.

- Me quedé con la boca abierta para decir que no era cierto, que estaba engañándome, pero no pude decirlo. Pensé en todos los cambios que se habían producido en ella y que yo, sin saber nada, había observado y, si eso no fuera bastante, solo bastaba mirarle la cara, bañada en lágrimas, para darse cuenta de que no estaba mintiendo. La miré con ternura y la abracé diciéndole:

- Bueno, cálmate, porque si sigues así, no podrás contarme nada y necesito saberlo todo, porque tu no sabes los dolores de cabeza y disgustos que nos va a traer esto, así que sécate esas lagrimas y cuéntame de oreja a rabo todo lo que sucedió.

- ¿Y qué quieres que te cuente?.

- ¡Pues hija!, todo cuanto sucedió: dónde y quien es el padre de tu hijo, porque tiene que tener un padre como todo ser viviente, vamos, digo yo. Porque, no creas que vaya a creer que es obra del Espíritu Santo, eso solo le ocurrió a la madre de Jesús, a María, así que empieza ya.

Yo tenía el corazón destrozado, pero era tanta mi indignación que hablaba hasta por los codos. Tenía que conseguir que dejara de llorar. De pronto dejo de llorar, pero me miraba como incrédula, de cómo yo le estaba interrogando. En su mente debió pensar que esta no era su Elvira, dulce y cariñosa que siempre había sido con ella. - Lo siento, solo quiero ayudarte-, así que la abracé dulcemente, pidiéndole que me perdonara, que estaba tan furiosa con esas personas que le habían hecho tanto daño, que no me daba cuenta de lo que estaba pasando ella. Por fin sus lágrimas cesaron. Yo, por mi parte, quise aparentar una calma que no sentía. Ahora, aunque con sus labios temblorosos, sí empezó a contarme todo lo sucedido. Yo la escuché sin respirar, parecía que me había comido la lengua el gato.

- Veras Elvira, ¿recuerdas el día que papá se marcó a comer fuera y que yo cometí la tontería de imitarle marchándome también?. Pues mis compañeros y yo estuvimos en un apartamento del padre de una de mis compañeras de clase. Este lo tienen cerrado porque ellos viven en otro sitio, en una finca lejos de la ciudad, pero su hija, mi compañera, tiene una llave y lleva a sus amigos y preparan alguna que otra fiesta. Beben, fuman, hasta en algunas ocasiones parece que han tenido alguna droga. Yo tenía alguna idea, pero nunca podía pensar lo que en ese apartamento podía sucederme. Fue espantoso, cuando me vi rodeada de aquellas personas que parecía que no las conocía, eran como si fueran extrañas para mí, no se portaban como en el colegio, estaban ausentes de todo

lo que no fuera aquellos horrendos discos que sonaban a música de demonios. Estaba arrepentida, pero estaba allí con ellos, ni siquiera tenía tiempo de refugiarme en alguna de las habitaciones que allí había, pero no creas que me decían que si quería bailar, no, solo se acercaba, me cogía una mano y el que estaba bailando conmigo se retiraba tranquilamente y hacía lo mismo con otra pareja. De pronto vi a Aurelio, ya sabes, ese chico que siempre quiere acompañarme, pero que a mí no me gusta, no sé por qué pero no me gusta, le veo muy orgulloso, como si él fuera más que nadie y tuviera derecho a pisotear a los que no son como él. A pesar de todo, cuando lo vi entrar fue como si viera el cielo abierto. Pensé que cuando estuviera bailando con él, le pediría que me llevara a casa, porque estaba segura de que vendría a bailar conmigo, pero me equivoque, se sentó en una mesa que había en un rincón de la sala y empezó a beber. Entonces me desanimé, me dije a mí misma que tenía que adaptarme a las circunstancias, así que cogí una copa y me bebí todo su contenido, después cogí otra y otra más e hice lo mismo, después tuve que sentarme porque era incapaz de seguir bailando. Observé a Aurelio con disimulo y vi que sus ojos no se apartaban de mí, no sé si sentí un poco de miedo o vanidad, aunque bebía vaso tras vaso, sus ojos no dejaban de mirarme. Yo, por mi parte, no podía sujetar la cabeza, los ojos se me cerraban solos, aunque yo trataba de impedirlo, cuando lo hacía era como si estuviera en una noria. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, vi la alta figura de Aurelio delante de mí.

- ¡Hola, Margarita! Veo que estas muy cansada. ¿Tanto has bailado?.

- ¡Hola, Aurelio!. ¡Sí!, he bailado bastante. En cambio, tu no has bailado nada.

- No, pero si tú quieres podemos hacerlo.

- Perdona, pero en este momento estoy mareada.

- Sí, es que aquí el ambiente está muy cargado. Si quieres te pudo enseñar el piso.

- ¿Tu?, ¡pero si no es tuyo!

- Y eso qué importa. Este piso solo lo usamos nosotros. Sus verdaderos dueños ni siquiera se acuerdan de que existe, en cambio nosotros, mira lo bien que nos lo pasamos en él, y todavía no ha llegado lo mejor. Cuando pase un rato, todas las habitaciones estarán ocupadas, pero con una sola pareja de sexo opuesto.

- ¿Y qué hacen en ellas?.

- Pues no lo sé. A lo mejor jugar a la gallinita ciega o al corre que te pillo, cualquiera sabe.

- Que hagan lo que quieran, a mí me da igual. Yo lo que más deseo es irme a casa, estoy mareada y tengo ganas de beber agua.

- Pues ven conmigo a la cocina y allí podrás hacerlo. Cuando termines de beber, te llevaré a tu casa, ¿te parece bien?.

- Sí, vamos deprisa, porque parece como si me fuera a derrumbar.

- Espera, sujétate a mí, cierra los ojos y no los abras hasta que estemos en la cocina, yo te avisaré.

- ¡Pero si cuando los cierro me siento más mareada!

- No importa. Tu ciérralos para que después te sientas mejor.

- Habíamos andado bastante a lo largo de un pasillo cuando sentí como Aurelio empujaba una puerta y a continuación, su voz que decía:

- Ya puedes abrir los ojos, estamos en la cocina.

- ¿Si, ya puedo abrir los ojos?.

- Sí, ya puedes.

- Pero al mismo tiempo que decía esas palabras, con una mano me empujaba hacia dentro de la cocina, según él y con la otra cerraba la puerta. En mi interior sentí algo que no me

gustaba, no se sentía ruido, estaba todo muy quieto. Entonces abrí los ojos y dije: - Qué tontería, esto no es una cocina sino una habitación o mejor dicho, un dormitorio.

- Bueno, como te dije que te enseñaría el piso, he querido empezar por aquí.

- Bien, en ese caso ya lo hemos visto. Vamos, salgamos de aquí.

- Pero no tengas tanta prisa, aquí podemos descansar un rato, sin música y sin que nadie nos moleste.

- Pero, ¿qué haces?. ¿Estás cerrando la puerta con llave?.

- Sí, es para que no nos molesten, porque tú y yo vamos a estar aquí un buen rato juntos.

- ¿Por qué me has traído aquí?, y ¿qué es lo que quieres?.

- Te quiero a ti y tú harás lo que yo quiera que hagas.

- No lo haré. Gritaré para que me oigan.

- No te molestes. No te oirán. Pero si te oyeran, sería lo mismo, no harían caso.

- Sois unas basuras, siento asco de todos vosotros.

- Pues tu a mí no me lo das y por eso voy a besarte hasta que me canse de hacerlo.

- No te atrevas a acercarte a mí, o te arrancaré los ojos.

- Quieta gatita, que tus uñas son demasiado afiladas, pero que conmigo no te van a valer de nada. Soy demasiado alto y tendrías que ponerte unos zancos para llegar a mi cara.

- Eres un canalla. No pude decir nada más, abrió sus largos brazos y se apodero de mí. Emprendimos una lucha en la que no hay ni que decir que fui vencida. Cuando salí de aquella habitación, me sentía como un despojo humano, sentía asco de mi misma, deseaba estar bajo una ducha muy caliente para poder quitarme de encima aquella suciedad e inmundicia de aquel salvaje. Me deslicé por en medio de toda aquella gente y pude salir a la calle. Cogí un taxi para poder llegar hasta aquí.

- Pero, ¿cómo es posible?. ¿Por qué no me lo has dicho antes?.

- Porque no podía hacerlo. Solo con mirarte a la cara ya me moría de vergüenza. Yo sabía que este momento llegaría, pero trataba de retardarlo hasta que ya fuera imposible.

- ¡Dios mío!. Qué mal lo habrás pasado y que sufrimiento has tenido que soportar y yo, riñéndote cuando no querías comer o cuando algo te sentaba mal. Bueno, eso era lo que yo pensaba, que la comida te sentaba mal. Cómo podía pensar yo la verdad de lo que estaba pasando. Es ahora cuando comprendo muchas cosas, que no era la comida sino lo demás.

Señor, señor, no sé en que acabará todo esto, desde luego no muy bien. Mira, hija mía, lo que tienes que hacer es contárselo a tu madre y que ella decida lo que tiene que hacer, porque a mí me parece que ese joven, bueno mejor digo, ese sinvergüenza, tiene que casarse contigo.

- No, eso no. Nunca me casaré con él, aunque dudo mucho que él quiera casarse conmigo después de decirle las cosas que le dije.

- Pues si no quiere por las buenas, querrá por las malas, porque a buena no me gana nadie, pero a bruta, tampoco, así que, pienso plantarme en su casa y decirle a sus padres, el salvaje que tienen por hijo y que se vayan pensando como quieren que le llame su nieto: abuelos o yayos.

- ¡Por favor, Elvira!, no digas ni hagas nada de eso. Yo no quiero casarme con Aurelio. Quisiera morirme antes que ser su esposa.

- Está bien, mirándolo fríamente es mejor estar sola que mal acompañada, pero lo que no puedes es escondérselo a tu madre.

- Está bien, estaré en mi cuarto. Cuando venga mi madre, avísame para hablar con ella.

- Espera, no te vayas. Se ha oído un sonido como de abrir una puerta. Debe ser ella, ¡porque tu hermano no es!.

- No, desde luego que no, porque a este hasta mañana no hay quien le vea el pelo, debe estar haciendo sus conquistas y de tu padre, bueno, de tu padre no quiero hablar, porque de aquel santo, entre comillas, claro está, que tanta pena me daba, vaya que ya no es tan santo. Pero bueno, no quiero hablar de este asunto en este momento, ya habrá tiempo, porque cuando esto reviente, saldrá todo lo malo que se está cocinando en esta casa. ¡Escucha!. Son los pasos de tu madre que se acerca. Me voy, luego nos veremos. No te atormentes demasiado, de todos modos el mal ya está hecho.

- ¡Hasta luego, Elvira!.

- ¡Elvira!. ¿Dónde estabas?, que te he estado llamando y no has respondido.

- ¡Ay, señora!. Estaba en la habitación de la niña.

- Elvira, te he dicho que no me gusta que la llames la niña, es la señorita Margarita. ¿Y qué hacías allí?. ¡No, no me lo digas!, pero es aquí donde tu debes estar.

- ¿Aquí?. No sabía que tenía prohibido hablar con la señorita.

- No, no lo tienes prohibido y no me gusta que me hables con segundas, o es que tú también quieres burlarte de mí.

- No señora, Dios me libre de tal cosa. Pero la verdad, no entiendo, usted nunca se ha puesto así conmigo. No sé por qué hoy sí.

- Lo siento. Perdona Elvira. Lo que pasa es que soy muy desgraciada y tengo que desahogarme con alguien.

- Vamos, señora. ¿Usted desgraciada?. Eso no se lo cree ni un tonto. Tiene usted todo lo que quiere: vestidos, joyas, pieles, fiestas. Entra en su casa cuando quiere y a la hora que quiere y sin tener a nadie que le diga nada. ¿Y aun dice que es desgraciada?.

- Sí, pero tu solo ves eso. También hay otras cosas que tu no sabes, que son peores.

- ¿Y que son esas cosas que son peores, según usted?

- Que mi marido me engaña con otra.

- Aquello fue como la gota de agua que hace falta para desbordar un vaso. Salté como si me hubiera picado un bicho.

- Bien, señora. ¿Y eso le parece extraño?

- ¿Qué quiere decir, Elvira?

- Quiero decir que lo extraño sería que no le hubiera engañado, teniendo en cuenta todos los años que se ha pasado en este salón esperando que usted telefonara solo para decir que no le esperara para comer o cenar. Usted no se daba cuenta de lo hermoso que era todo lo que estaba perdiendo. Pero mire, con todo lo doloroso que a usted le parezca, eso queda en segundo plano. En este momento tiene otro problema más urgente que resolver.

- ¿Más urgente, dices?

- Sí, pero crea, señora, que no quería ser yo quien le diera la noticia, pero pensándolo bien me parece mejor.

- Vamos, acaba y di lo que sea de una vez. No estoy para acertijos.

- No se preocupe, que lo voy a decir.

- Pues hazlo y déjate de rodeos inútiles.

- Me cuesta mucho decirle lo que le voy a decir, pero aunque me duela el alma, lo diré con todo mi respeto. Mire, señora, usted se siente joven, atractiva y viste, permítame decirle, un poquito atrevida para su edad, pero pienso que todos esos pensamientos de juventud se le van a esfumar cuando sepa que va usted a ser abuela.

- ¿Abuela, qué está diciendo?

- Lo que oye señora, abuela.

- Ya me lo temía yo. Esta vez mi hijo no ha sabido nadar y guardar la ropa como otras veces. Vaya, al fin lo han pescado.

- No, se equivoca. Usted sabe que su hijo sabe guardar muy bien la ropa para que no se la quiten, sabe con las mujeres que puede meterse en el agua sin ahogarse.

- ¿Entonces a quien te refieres?. Yo solo tengo un hijo.

- No señora, se equivoca de nuevo. Se trata de su hija, porque esa también es hija suya, ¿o no es cierto?.

- No, no puede ser. Dime que no es verdad, eso es mentira.

- No señora, no lo es y ahí está en su cuarto, hecha un mar de lagrimas.

La señora no esperó más, subió las escaleras de dos en dos. Yo me fui detrás de ella, dispuesta a defender a la señorita en lo que hiciera falta, porque según las miradas de la señora, parecía como si se la fuera a comer. No fue así. Cuando llegó a la habitación compuso el gesto y suavizó la voz:

- Margarita.

La muchacha palideció al ver a su madre y se asustó.

- ¿Sí, mamá?.

- Elvira me ha contado todo lo que te pasa y creo que eres una irresponsable y que no has pensado en el escándalo y vergüenza que esto puede traernos. Pero ¡qué se puede esperar de esta loca juventud!. Bueno, ahora nada importa lo que hayas hecho, sino que hay que pensar en deshacerlo y librarnos de esta vergüenza.

- ¿De qué estás hablando mamá y con qué derecho?.

- Hablo de librarnos de esa humillación y bochorno para toda la familia, y también hablo con el derecho de ser tu madre.

- ¡Derecho de madre!. ¿Tu crees que se puede ser madre por solo traer una criatura al mundo como tú has hecho?. No, para ser madre hay que estar con ellos, cuidarlos, atenderlos, saber sus problemas y soledad, hay que enseñarles donde está el bien y el mal, pero no, tu has preferido defender a tus perritos, como tu los llamas, y que conste que no tengo nada contra los animales, que a veces parecen ser más racionales que los

humanos, pero tu no te has dado cuenta que quien más protección necesitaba era tu propia familia. Lo siento madre, que te hayas equivocado en la elección, pero yo no me equivocaré, mi hijo nacerá y seré una verdadera madre para él. Le daré todo lo que tú nunca me has dado a mí.

- ¡Calla!. Tú harás lo que yo te ordene. Mira que no respondo de mí.

- Te equivocas de nuevo, si piensas eso y déjame pasar, porque me voy ahora mismo de esta casa y tu no me lo vas a impedir, porque si lo hicieras iba a dar tal escándalo que acudirían hasta los bomberos, ¡y me parece que eso a ti no te gustaría nada!. ¿Qué te parece si el periódico dice que los señores de Gómez no son lo que aparentan ser?. La madre, una señora muy respetable, pero que prefiere a los animales mejor que a sus hijos, al padre se le ve a menudo con una rubia vampiresa, y del hijo, del hijo, no hace falta que se diga nada, de él se sabe casi todo. Duerme de día y trabaja de noche, eso sí, en unos trabajos muy provechosos. Por ejemplo, juegos de cartas, bingos y si sobra un poco de tiempo se lo dedica a las mujerzuelas, ¡o quizá es más fino llamarlas señoritas de entretenimiento!. Pero espera, que aun no he terminado, ahora viene lo mejor: la pequeña Margarita, que aun no ha terminado los estudios, va a tener un hijo y no se sabe quien es el padre. Bonita historia para un periódico.

- Eres una desvergonzada y no tienes sentido de la responsabilidad, pero yo te enseñaré a bofetadas como debe comportarse una Gómez. Ven aquí y verás.

- No, no vas a cogerme. Me marcharé de esta casa para siempre y no me veras nunca más.

- Sí, te cogeré y te daré tu merecido, y te diré más, ese crío no nacerá, no nacerá.

- ¡No me cogerás, nunca me cogerás!.

- El último grito que la señorita dio fue como si me hubieran partido el alma. Vi, como en su deseo por bajar las escaleras más deprisa, cayó rodando por ellas. Yo nada pude hacer, cuando por fin llegué junto a ella, estaba en el suelo desmayada. Quise llamar al médico, pero la señora no quiso, fue ella quien le atendió. La cogimos entre las dos y la pusimos en su cama. Cuando recobró el conocimiento, quiso levantarse para marcharse, pero se dio cuenta de que no podía ser, estaba perdiendo a su hijo. Una semana después, cuando estuvo restablecida, se marchó de esta casa. Su madre no se opuso, sabía que después de lo sucedido sería lo mejor. Por eso, cuando la hija salió con la maleta en la mano, se encerró en su habitación para no tener que pedirle que se quedara. Era más fuerte su orgullo que su amor, pero lo que sí me dio fue una nota que decía en el banco donde tenía una cuenta corriente a su nombre, para que dispusiera de ella cuando quisiera. La señorita no dijo nada, cogió la nota y la metió en el bolso. Solo lo hizo para que yo me quedara tranquila porque nunca ha tocado ese dinero.

- Dígame, Elvira, ¿quien atendió a la señorita en esos momentos tan dramáticos, si dice usted que su madre no quiso que llamara al médico?.

- Su madre señor, ella es enfermera y aunque ahora no ejerce su profesión, no puede imaginar cómo se desenvolvió en todas las cosas. Le aseguro que en ese momento la atendió como es debido, hasta se quedó una noche con ella en su habitación, cosa que a mí me sorprendió, pero lo hizo.

Elvira ahora dijo muy bajito, mirando a los dos hombres:

- Callen, por favor, debe ser alguno de los señores.

- Pero, ¿no dijo usted que vendrían tarde?.

- Sí, eso fue lo que dijeron, pero habrán cambiado de opinión.

- ¿Señora, es usted?.

- Sí Elvira, soy yo.
- ¿Pasa algo, señora?.
- No, no pasa nada, es que se ha aplazado la junta que tenía.
- Bien, me alegro. Parece que Dios está de nuestra parte.
- ¿Qué quieres decir con eso de que Dios está de nuestra parte?.
- Después se lo explico. Ahora le diré que tiene visita.
- ¡Visita!. ¿Quién es?.
- Son dos señores y dicen que querían verla.
- Pues bien, vamos a ver quien son esos señores y qué es lo que quieren.

Elvira se adelantó para abrir la puerta de la habitación donde estaban los visitantes, para que pudiera entrar la señora. Cuando estuvo dentro, saludó atentamente y dijo:

- Elvira, tu puedes marcharte.
- Señora, lo que estos señores van a comunicarle, ya me lo han dicho a mí, así que me gustaría quedarme por si puedo ser útil.
- Está bien, si dices que ya lo sabes y a los señores no les importa que te quedes. Esta tarde tengo todo el tiempo libre, podemos hablar tranquilamente.

- No, señora. Cuando sepa lo que tiene que saber, supongo que le faltaran pies para salir corriendo.

- Bueno, espero que alguien me cuente lo que pasa.

Fue la voz del inspector quien dijo:

- Sí, ahora mismo le cuento. Mire, este joven se llama José y es el novio de su hija y éste otro es su tío, eso es lo que me ha dicho, ¿no es así, señores?.

Ambos hombres se quedaron mirando a la buena y fiel Elvira, y dijeron a una misma vez:

- Sí, eso es. Somos tío y sobrino.
- Y bien, ¿en qué puedo servirles?.

- Entonces fue el inspector quien cogió la palabra y dijo:

- Señora, estamos aquí para decirle que su hija ha tenido un accidente, pero no se asuste que la señorita está bien, aunque en este momento está en el hospital. Pero, como le he dicho, todo está bien. Nosotros hemos venido a decirle que si usted quiere ir a verla.

- ¿Que si quiero ver a mi hija?. Claro que sí quiero verla. Vamos Elvira, prepárate, porque tu también quieres venir, ¿o no?.

- ¿Que si quiero ir?. Desde luego y si me dejan aquí, me voy aunque sea andando. En un minuto me pongo de tiros largos. ¡Vaya que si quiero ver a mi niña!. Eso siempre.

Mientras Elvira se metía en su habitación para ponerse de tiros largos, como ella decía, la madre de Margarita se ponía al corriente de todo lo que le estaba sucediendo a su hija. Estaban tan envueltos en la conversación que no se dieron cuenta que el esposo, el señor Gómez, estaba en la puerta de la salita escuchando todo lo que allí se decía, así que cuando tuvo un poco de conciencia de lo que estaba pasando dio un paso adelante y dijo:

- Y si mi hija está en el hospital, ¿qué hacemos aquí parados?. Vamos a ese hospital.

- Antonio, ¿qué haces aquí?. ¿Cómo que no has dicho nada cuando has llegado?.

- Hace un momento que he llegado, pero ha sido suficiente para escuchar que mi hija está en un hospital, así que no perdamos tiempo, vayamos de prisa.

- Sí, ahora mismo, voy a llamar a Elvira.

Cuando la señora empezó a subir las escaleras, sintió como la puerta de la casa se abría, miro hacia atrás y vio con sorpresa que era su hijo el que entraba, y al ver a su madre y a su padre dijo, un poco en son de burla:

- ¡Vaya!, hoy, reunión de familia.

El padre, un tanto alterado contestó:

- Ese mismo ¡vaya! podía repetir yo, por verte aquí, siendo esta hora.

- Que yo sepa, tampoco es tu costumbre estar en casa hasta muy entrada la noche.

- Antonio, hijo. Por favor, dejad ya de discutir, creo que no es el momento, y por otra parte ¿quien de nosotros puede tirar la primera piedra?. Dejemos las cosas como están y vayamos a donde debemos ir. Tu hermana está grave en un hospital. Este joven es su novio y este...

- Esta vez, también Elvira, que ya había bajado las escaleras, se adelanto para decir:

- El señorito ya les conoce, estaba aquí cuando estos señores llegaron, y sabe que este señor es el tío de José.

- ¡Ah!. ¿Ya lo sabías?.

- Sí, mamá, ya lo sabía y creo que teniendo una familia de esta clase en casa voy a tener que cambiar mi horario de trabajo.

El padre del muchacho no se había dado cuenta de la doble intención de su hijo, pero para el inspector y para José no pasaron desapercibidas. Entendieron muy bien el significado de aquellas palabras.

- Sí hijo, creo que en esta casa todo va a cambiar de ahora en adelante. De eso, me encargo yo.

Las seis personas que había allí se miraron, como si sus ojos se hubieran dado cita, nadie dijo nada respecto a este asunto, pero si a cómo debían marchar. Ahora, el agente de policía, miró al padre de Margarita y dijo:

- Ustedes, señores, sígannos para poder indicarles mejor el camino.

Cuando el inspector se detuvo delante del hospital, José pudo ver a su tío Emilio que se bajaba de su auto, y antes de que el coche del señor Gómez pudiera alcanzarle, José se bajo

apresuradamente y gritó muy suave para que él solo pudiera oírlo.

- ¡Tío, tío!

- ¡Ah!, eres tú, ¿ que haces aquí?.

- No tengo tiempo de contarte nada, solo te diré que ese es el coche del padre de Margarita y que dentro está toda su familia que viene a verla. Quiero que hables lo menos posible en su presencia, y cuando te dirijas al inspector, llámale por su nombre, los señores de Gómez creen que él también es mi tío y no policía.

- No lo entiendo, pero te aseguro que haré todo cuanto me digas.

- Gracias tío.

En este mismo instante se bajaba del coche toda la familia Gómez, por eso José, muy cortés, los presenta:

- Este es mi otro tío, se llama Emilio.

- Caramba, pues sí que vamos a estar bien vigilados con tantos policías en la familia, dijo el joven Gómez para sí.

- Tanto gusto, ustedes son los señores de Gómez. Ya les conocía, aunque no había tenido el placer de ser presentados personalmente.

- Nosotros no tenemos el gusto, o por lo menos no recuerdo...

- Nuestro apellido es Morales.

- ¡Morales!, claro, el de la boutique de señora.

- Sí, esos somos nosotros.

- Me alegra que así sea, y ahora, dígame Emilio, ¿ha visto usted a mi hija?.

- No, no la he visto. Acabo de llegar en este momento, pero mire ahí viene el médico que la atiende, él nos dirá como sigue.

José, al ver al médico que atendía a su novia, se adelantó unos pasos para poder preguntar:

- Doctor, ¿como sigue nuestra enferma?.

- Pues mire, Señor Morales, tengo una buena noticia para usted, pero, ¿estos señores tienen algo que ver con la familia?.

- ¡Ah!, sí, ellos son los padres y hermano de la señorita Gómez, esta otra señora es el ama de llaves de los señores, y como una madre para la señorita.

- Muy bien, me alegro de que estén todos presentes por lo que les voy a decir.

- Diga, doctor.

- Son buenas noticias. La paciente está fuera de peligro, la fiebre ha cesado y todas sus constantes vitales se han recuperado. Nuestros temores ya han terminado. Cuando abrió los ojos, lo primero que dijo fue su nombre, José.

- ¿Puedo entrar ahora mismo, doctor?.

- Sí, claro, no hay ningún inconveniente.

José no espero más, cruzo los pocos metros que le separaban de la habitación de la mujer que amaba. Quería ver con sus propios ojos lo que el médico había dicho. José empujó la puerta despacio, para no hacer ruido, pero Isabel que estaba pendiente para ver quien entraba, al ver a José dio un salto del asiento y se puso de pie y salió al encuentro de este.

- ¡José, que alegría!

- Sí Isabel, es maravilloso. El médico ya me ha contado.

Pero a medida que José hablaba con Isabel, iba acercándose lentamente a la cama donde Margarita estaba adormilada. Este se sentó en el borde de ella y cogió las pálidas manos de su novia. Isabel, enternecida y sin poder sujetar las lagrimas, salió de la habitación. José ni siquiera se dio cuenta, él solo tenía ojos para mirar aquel rostro tan hermoso, pero a la misma vez tan frágil. De pronto, todo aquello que él tenía en su mente, empezó a salir de su boca en voz muy bajita:

- Margarita, mi amor, te quiero, perdóname. ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así?. Esperaré que te pongas bien para pedirte de nuevo que te cases conmigo.

Aquellas palabras fueron como un vaso de agua fresca en un día caluroso, y aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo, abrió aquellos hermosos ojos que un día habían impresionado tanto a José. Miro fijamente a ese hombre que estaba tan cerca de ella y suspiró de alivio, lo miró con tanta intensidad que las pupilas de sus ojos se empañaron de lágrimas. José no pudo reprimir el impulso y la abrazo tiernamente. No sabía si Margarita rechazaría aquel abrazo con tanto amor, pero no pudo retenerse. José no tuvo que esperar mucho la respuesta, ella también correspondía, y una sonrisa se dibujó en sus labios, ahora no de melancolía sino de felicidad. Cuando parecía que el mundo no existía para aquellos dos seres que habían sufrido tanto en tan pocas horas, se abrió la puerta de la habitación, dando paso a la familia, incluyendo a Emilio, que ya contaba como familia, y al inspector.

- Mamá, ¿tu aquí?

- Sí hija, aquí estoy contigo y como puedes ver, también tu padre y tu hermano, y Elvira, que te quiere tanto como yo. Hija, quisiera decirte tantas cosas que...

- No, mamá, por favor no digas nada, me siento tan feliz que voy a llorar de felicidad. Pero bueno, con tanto hablar, todavía no sé quien son estos dos señores que no conozco. ¿Puede alguien decirme quiénes son?

- Perdona, es que no me había dado cuenta. Mira, este es mi tío Emilio y este...

Elvira, que estaba al tanto de todo y no dejaba pasar ni una sola palabra dijo rápidamente:

- Y este es su tío Pepe, de ahí que él se llame José.

- Pero Elvira, ¿cómo sabes tu tantas cosas de la familia de mi novio?

- Bueno niña, no tantas cosas, pero sí se como se llaman, eso es lo más corriente si al presentarse se han dicho sus nombres.

Y con una sonrisa picaresca, Elvira miró a los hombres, diciéndoles:

- ¿No creen ustedes?.

- Sí claro, eso es lo normal y mucho más teniendo en cuenta que pronto vamos a entrar en la familia, pues con mucha más razón. ¿O es que no quieres que entremos en tu familia?.

- Estaré encantada de tener dos tíos tan encantadores.

- Ahora todos los presentes, al ver el humor de la enferma, se echaron a reír.

La madre de Margarita no pudo dominar la emoción y sin que nadie se diera cuenta y con pasos muy suaves, salió de la habitación para dirigirse a aquella famosa salita que era la confidente de todas las conversaciones. Nadie se dio cuenta, todos estaban contentos con la recuperación de la muchacha, pero para el inspector no pasó desapercibida, por eso imitando a la señora, salió sigilosamente tras ella y la siguió sin que nadie se diera cuenta. Al llegar al sitio, vio como la mujer sacaba el pañuelo para secar las lágrimas que salían de sus ojos. Al inspector le dio un poco de pena, por eso se acercó y dijo:

- Señora, usted debe calmarse. Como ve, su hija ya está fuera de peligro. Eso debe alegrarla.

- Y me alegra, me alegro mucho, pero hay tanto detrás de todo esto, que me atormenta el alma.

- Supongo que sí, por eso es que le he seguido, porque creo que usted y yo tenemos mucho de que hablar. En primer lugar, le diré que tengo que aclararle algo muy importante, para que usted en realidad sepa toda la verdad.

- ¿Toda la verdad?. ¿Qué quiere decir?.

- Quiero decir que no sé por qué, ni los motivos, por los que Elvira dijo que yo soy el tío de José.

- ¿No es usted su tío?. Yo pensaba que usted había dicho que sí.

- Bueno, yo simplemente afirmo y no sé por qué, pero lo que sí sé es que en ese momento, lo que más me interesaba era esclarecer todos los hechos.

- ¿De qué hechos me está hablando?.

- Vera usted, señora, permítame que me presente. Soy el inspector de la policía y estoy enterado de muchas cosas relacionadas con su familia.

- ¿Qué es lo que usted sabe de mi familia?.

- Bueno, por ejemplo, los motivos que tuvo su hija para marcharse de casa, pero para ser justo quisiera que fuera usted quien me lo contara.

- Gracias inspector, por darme esta oportunidad. Si deseo que las cosas cambien en mi casa y en mi familia, debo ser sincera y empezar por el principio, pero como no sé cuanto es lo que sabe, le ruego me vaya preguntando lo que desee saber, que yo contestare honradamente.

- En ese caso, todo será muy fácil. Dígame: Después de la discusión que tuvo con su hija, en la cual ella resbaló y cayó por las escaleras provocándole la pérdida del hijo que esperaba, ¿por qué no llamo a un médico?.

- No lo sé, fueron momentos muy angustiosos, no pensé que trajera ningunas consecuencias hasta que se levanto de la cama y nos dimos cuenta que sí era eminente la perdida de la criatura. Entonces tanto Elvira como yo, solo pensamos en ayudarla.

- Sí, eso ya me lo ha dicho esa señora, que usted se portó como una valiente y que atendió a su hija perfectamente.

- Sí, esa es mi profesión, aunque hace algún tiempo que no la ejerzo, y después de todo por lo que mi hija había pasado, no quería que tuviera más movimiento, teniendo en cuenta que el embarazo era de muy poco tiempo.

- Entiendo su punto de vista y creo que por hoy está bien la conversación.

El inspector tenía la mano puesta en el tirador de la puerta cuando se dio cuenta de que alguien empujaba por el lado de fuera del pasillo y se dio prisa en franquear la entrada. Al momento, la figura del Señor Gómez y la de su hijo se hicieron presentes.

- Perdón, no sabía que estuviera aquí.

- Sí, vi como su esposa salía de la habitación emocionada y quise acompañarla para que no se sintiera tan sola. Espero que no le importe.

- No, ni mucho menos. Al contrario, le estoy agradecido.

- No tiene por qué. Lo hice con gusto y, como ya le he dicho a la señora, nos veremos en otra ocasión.

El inspector, que mantenía la puerta entreabierta, forzó una sonrisa y salió.

Mientras tanto, en la habitación de Margarita, todo estaba un poco callado, nadie se atrevía a decir nada, ni del accidente ni de la familia de Margarita, así que, después de recorrer la habitación con la mirada y ver que sus padres no estaban, dijo muy bajito:

- José, ¿dónde están mis padres?.

- No sé, deben estar fuera, en el pasillo, pero no te preocupes, ahora mismo les digo que vengan.

- Gracias cariño, te quiero.

José salió fuera y dijo a los padres de Margarita que su hija les quería ver, así que, tanto los padres como el hermano, entraron y rodearon su cama, no dijeron ni una sola palabra, pero en sus miradas había amor y comprensión por ambas partes, así que Isabel y José comprendieron que debían dejarlos solos y salieron de la habitación sin hacer ruido, para que esas personas que habían sufrido esa amarga separación por tanto tiempo, pudieran reconciliarse y borrar ese amargo pasado que estuvo a punto de costarle la vida a Margarita por dos veces, pero que ahora, gracias a Dios, ya estaba fuera de peligro y le

esperaba un futuro feliz junto a sus padres y hermano, sobre todo junto a José, el hombre a quien ella amaba tanto.

Nadie en aquella habitación, se atrevía a romper el silencio. Fue su madre quien sí lo hizo. Para sorpresa de sus hijos y su marido, ella se arrodilló junto a la cama de su hija, cogió las manos de Margarita y las besaba llorando y diciendo:

- ¡Por favor, hija mía!. Perdóname. Necesito que me perdones y que vuelvas a casa. Todos te necesitamos y haremos que nuestra familia sea una familia de verdad. Por favor hija, di algo, ¿no ves que estoy angustiada?.

Margarita miró a su padre y a su hermano y vio como ellos también estaban llorando. Vio que su arrepentimiento era sincero, así que dijo con una voz bajita pero entendible:

- Sí mamá, ya te he perdonado y creo que yo también tengo algo de culpa. Aquel día no debí irme de casa y menos ir a sitios que yo sabía que no debía ir. Debí ser más humilde y obedecer a Elvira, ¡sí, mi querida Elvira!, ella que me dió tantos consejos y me cuidó tanto, dándome siempre su cariño y compañía.

- Sí hija, eso es cierto. Elvira siempre fue para nosotros como una madre o abuela, por eso si vuelves a casa, será muy feliz igual que nosotros.

- Yo también me siento feliz. Tengo una familia dispuesta a cambiar y eso es maravilloso.

- Y no solo eso. También tienes a José que, aunque lo conozco poco, creo que es un hombre estupendo.

- Es el hombre más maravilloso del mundo y me casaré con él en cuanto esté restablecida.

- Serás la novia más bonita y dichosa de todas las novias.

- En eso estoy de acuerdo, - contesto José, que acababa de entrar en la habitación con el resto de la familia, a lo cual el padre de Margarita añadió:

- Pero, bueno, ¿esperarás a ponerte bien?. Porque yo no estoy dispuesto a perderme de llevar a una novia tan guapa del brazo.

Todos sonrieron a las ocurrencias del señor Gómez, pero José viendo la armonía que reinaba en ese momento, se acercó a la cama de su novia y cogió sus manos, puso sus labios en ellas y el beso con dulzura, después dirigió su mirada al auditorio y digo:

- Creo que Margarita y yo tenemos algo que comunicarles, aunque ya sabemos que no es el momento como el protocolo de la sociedad exige, pero para nosotros sí es el más importante, y como toda nuestra familia está presente, no hay motivo para retrasar el momento. Como he dicho antes, queremos decirles que Margarita y yo nos casaremos cuando el médico lo autorice.

Y después de estas palabras, la única frase que se oyó de todos los que allí había, fue ¡Amen!.

Habiendo pasado unos minutos, entro el médico, y asombrado de ver que toda la familia seguía estando presente, les recordó:

- Señores, quiero decirles que entiendo que su deseo sea querer estar con su hija, pero ahora debe descansar, para que su restablecimiento sea más rápido.

Todos estuvieron de acuerdo con la decisión del médico. Se despidieron y salieron de la habitación, es decir todos no, fue Elvira la que se acerco al médico y pregunto:

- Doctor, ¿me permite quedarme con ella esta noche?.

- El médico se quedó mirando a Elvira y vio que en su mirada había un deseo y una súplica, y no supo por qué, pero lo enterneció.

- Bueno, aunque no es necesario, porque la enferma ya no lo necesita, puede usted quedarse si lo desea.

- Gracias, sí lo deseo.

- Señora, ¿no le importa verdad?. Lo hago para que usted vaya con su marido y los dos estén tranquilos, porque la señorita estará bien atendida.

- Lo sé Elvira y te estoy muy agradecida. Tu eres como de la familia.

Ya fuera del hospital, en la calle, la familia Gómez se despidió de José y de su tío Emilio. Estos dos hombres, subieron en el coche para ir a su casa y descansar de un día tan agotador como había sido este. Aun así, Emilio conducía despacio, estaba cansado. Con tantas emociones, sabía que no le sería fácil conciliar el sueño pero por lo menos descansaría. Así con esos pensamientos en mente, llegaron a la casa. Ahora oyó la voz de su sobrino que decía:

- Bueno, ya estamos aquí. Verdaderamente ha sido un día de revelaciones, creo que me voy a ir a la cama ahora mismo.

- ¡Ah, eso sí que no!. Primero hay que cenar, porque apenas si hemos comido nada en todo el día, así que para afrontar las emociones hay que tener el estomago lleno.

Terminando de decir estas palabras, fue la voz de Teresa, la que se escuchó, saliendo a recibir a los dos hombres.

- Buenas noches, Teresa.

- Buenas noches, señor. La mesa está puesta, ahora mismo sirvo la cena.

- Muy bien, Teresa, porque estamos muy cansados y necesitamos irnos a la cama pronto, para afrontar el nuevo día con las fuerzas renovadas.

En la cena no se habló de nada importante, solo de algunos comentarios más sobresalientes del día y poco más, así que, cuando se levantaron de la mesa para irse a dormir, Teresa, que esperaba ansiosa de saber algo de todo lo que había pasado con la policía, Margarita y de más cosas, miró a los dos hombres significativamente. José, que se dio cuenta de lo que aquella

mirada quería decir, cogió a Teresa por los hombros y la tranquilizo diciéndole:

- Teresa, ya es muy tarde para contarte todo lo que ha pasado, pero te prometo que mañana te lo cuento todo lo sucedido, pero para que duermas tranquila te diré que Margarita, esa muchacha de la que hablaba el policía, está bien y no hay nada de que preocuparse. Perdona, pero mañana te cuento más.

Ambos hombres subieron las escaleras y cuando estuvieron en el rellano, cada uno se metió en su dormitorio, cerraron la puerta y se acostaron. Pensaban que, como estaban tan cansados, les sería fácil dormirse, pero no fue así. Cuanto más esfuerzo hacían para cerrar los ojos y quedarse dormidos, menos lo conseguían, era como una cinta grabada en sus mentes que salían escena por escena. Emilio, ya cansado de dar vueltas en la cama, dejó que su mente divagara por donde ella quisiera, así que en un momento, su mente se detuvo en aquel pueblo donde él nació y vivió con sus padres y hermano.

Fueron días tristes por un lado, pero bonitos por otro. El colegio, los profesores, los amigos. Mientras estaba en el colegio, me sentía feliz, lo peor era cuando salía de él y me tenía que enfrentar a mi padre y al trabajo de casa y no tenía tiempo ni para hacer los deberes. Pero el recuerdo más bonito que tengo de aquella época es el de Rosa. Rosa era una chica preciosa, o por lo menos a mí me lo parecía. Tenía un pelo negro que brillaba como el sol, sus ojos eran de un verde variable, y digo variable porque había días que por la mañana los tenía de un verde distinto a como los tenía por la tarde. Su cuerpo se movía con una gran soltura y su voz era melodiosa. En fin, todo esto son tiempos pasados como bien dice mi sobrino, ahora hay que vivir el presente y por lo que veo, creo que me voy a quedar solo, y la verdad no me apetece nada comer solo, ver la televisión solo, sin tener con quien comentar cuando salen los políticos sacando los

trapos sucios del cesto de los salientes. A veces pienso que debí hacer caso a José cuando me aconsejaba que me casara, pero yo siempre pensé que no era necesario, que ya le tenía a él. Pero mira, ahora él se marcha y yo me quedo más solo que la una.

Emilio decía estas palabras en tono tan bajito que casi ni brotaban de sus labios, y de esta manera se quedó dormido.

A José no le fue mucho mejor. El también estuvo dando vueltas y meditando en todo lo que su tío le había contado de sus padres, del primer día que conoció a Margarita, y también pensó en su próxima boda y lo que sería de su tío cuando él se casara. Esto le preocupaba, así que pensó que tenía que hacer algo y se puso a imaginar cosas. Pero a este, también el sueño le venció. Durmieron bien, porque como dijeron, estaban muy cansados. Los pájaros que cantaban y revoloteaban alrededor de las ventanas de la casa, se encargaron de darles un dulce despertar. En el desayuno, volvieron a tocar el tema de Margarita y su boda, por eso José aprovecho la ocasión para animar a Emilio:

- Tío, me gustaría que tú y yo nos fuéramos unos cuantos días de vacaciones.

- ¿Tu y yo, de vacaciones?.

- ¡Si, claro!. Mira, cuando Margarita salga del hospital, marchará a casa de sus padres para preparar la boda, y creo que va a estar muy atareada, así es que lo mejor es desaparecer por unos días, ¿que te parece?.

- A mí me parece de maravilla. El único inconveniente es el negocio.

- Eso no debe inquietarte, porque tus empleados son muy eficaces.

- Eso es cierto, les estoy muy agradecido y contento. Pero dime, José, ¿dónde quieres que vayamos?. ¿Al sur, o al norte?, porque ambos tienen su encanto.

- Veras, tío. Yo quisiera pedirte algo que antes nunca te pedí y que ahora quisiera que me concedieras.

- Tú dirás.

- Necesito que me lleves a tu pueblo, porque quiero visitar las tumbas de mis padres, y de paso también la de mis abuelos, o lo que es lo mismo, la de los tuyos, porque, que yo sepa, tu nunca fuiste a verlos, es decir a visitar sus tumbas.

- Tienes razón. Solo estuve el día que lleve a tus padres para enterrarlos allí. Pero nunca les he olvidado, ni he descuidado mis deberes de tener sus tumbas bien cuidadas, como también la casa donde nacimos tu padre y yo.

- ¿Cómo lo haces?.

- Tengo a una familia que se encarga de ello y yo les pago su trabajo.

- Sí, pero eso no es bastante. Eso es muy frío, solo es trabajo y dinero, es la familia la que tiene que estar. Es cierto que los difuntos no están conscientes de nada, pero con solo saber que allí están los huesos de aquellos que un día fueron tus padres, te da tranquilidad.

- Tienes razón, he sido un poco cobarde, me asustaba, y me asusta la idea de ir, a ese sitio.

- No tío, no debes tener miedo. Yo iré contigo y ambos afrontaremos esos primeros momentos. Verás como después te sientes reconfortado. También me enseñarás todo lo que tengas en ese pueblo.

- No hay mucho que enseñar. Tu padre y yo vendimos casi todo lo que había, pero nunca quise vender la casa donde vivíamos. Dije a esa familia que la cuidara bien y que no tocara nada. Quería conservarla tal como la dejó mi madre. Solo que la tuviera limpia y bien cuidada.

- Eso también forma parte de tu secreto.

- Sí, pero como ves, todo secreto tiene un fin y el mío también está llegando al final y desde luego, me alegro de que así

sea, ya que guardar un secreto por tanto tiempo, pesa demasiado.

- ¿Por qué no me explicaste todo esto antes?.

- Siempre lo llevé muy guardado dentro de mí porque, aunque tu padre vivió como yo el calvario de la casa de mis padres, siempre tenía cuidado de que no presenciara todo lo que sucedía, porque yo le quería tanto que no quería que él sufriera, así que siempre tuve que cargar con secretos dolorosos. Después vino lo de tus padres, es decir el comportamiento de tu madre, que como comprenderás, tampoco podía decirle a tu padre muchas de las cosas que estaban pasando y de nuevo, tuve que guardar más secretos. Por eso, cuando me dijiste que ya era la hora de saber todo acerca de tus padres, pensé que quizá había llegado el momento de compartir contigo aquel secreto que tan celosamente había llevado por tantos años.

- ¡Uf!, pero ¿te has dado cuenta de la hora que es?.

- No, estaba tan ensimismado con la conversación y este desayuno que ha preparado Teresa, que ni siquiera he mirado el reloj.

- La verdad es que tenemos una gran suerte de tener a Teresa. Ella es nuestros pies y nuestras manos.

Después que estos dos hombres terminaron sus desayunos, ambos se fueron a sus debidos menesteres: Emilio a sus almacenes y José a ver cómo estaba Margarita y a ponerla al corriente de todo lo que él y su tío tenían planeado hacer.

A Margarita todo aquello le pareció muy bien y dió su aprobación, por eso cuando de nuevo se reunieron tío y sobrino, solo tuvieron que fijar la hora de salida al día siguiente.

Era muy de mañana cuando Emilio tocó con los nudillos en la puerta de la habitación de José. Este no se hizo esperar. En un momento, tío y sobrino estaban listos para el viaje.

El coche de José se perdía por aquella carretera de curvas serpenteantes, ascendiendo hacia la montaña. Después de unas cuantas horas, José aflojó la marcha del coche y pregunto:

- No sé cuantos kilómetros habremos corrido, pero dime, ¿falta mucho todavía?.

- No he querido decir nada para darte una sorpresa, pero ¡mira!. detrás de ese montículo está el pueblo. En cinco minutos estamos en él.

- ¡Qué hermoso es todo esto!.

- Sí que lo es. Qué pena que las personas se amontonen todas en la ciudad, como si fueran moscas en busca de la miel, sin darse cuenta de que las personas comemos de lo que produce la tierra, ¡y qué poco aprecio le damos!.

- ¡Mira, tío!, ya estamos en el pueblo. ¿Donde quieres que paremos?.

- En nuestra casa. Estoy deseando verla. Mira, sigue esta calle, que ya te iré indicando.

Cuando José detuvo el coche en la puerta de aquella casita, se hizo una idea del modo de vivir de aquellas personas. La casa estaba bien cuidada, parecía como si allí viviera alguien. La fachada estaba limpia, ¡hasta había flores sembradas alrededor de la casa!. También estaba el cerezo que un día, ya lejano, sembraron juntos, él y su hermano Toni. Emilio bajo del coche y trago saliva, su garganta estaba seca, sus pies, clavados en las losas del suelo, le pesaban tanto que no podía levantarlos. Por fin, José, que le estaba observando, dijo:

- ¡Vamos, tío!. Saca la llave del bolsillo y abre la puerta, que tengo ganas de verla por dentro.

Al escuchar la voz de su sobrino, Emilio reacciono y con una voz que casi no le salía de la garganta dijo:

- Está todo igual, no ha cambiado nada. Es como estar viviendo aquellos días, cuando Toni y yo jugábamos debajo de aquel almendro o cuando Lobo, mi perro, nos escondía las

zapatillas y nos volvíamos locos buscándolas hasta que al fin las encontrábamos y seguíamos jugando hasta que mi madre se cansaba de escucharnos y nos mandaba a echar de comer a los animales. Cómo son las cosas y los tiempos, cómo cambian. Todo esto lo hacía con mi hermano y ahora él ya no está. En cambio está su hijo, que tiene más cuerpo que su padre y que yo; es un gran hombre en todos los sentidos.

Cuando Emilio terminó de abrir la puerta, percibió un olor familiar. Era como si su madre estuviera en la cocina haciendo la comida y su padre gritando en el corral a cualquier animal que se fuera extraviado. Levantó la cabeza y lo primero que vio fue el retrato de sus padres de cuando se casaron. No pudo evitarlo, las lágrimas acudieron a sus ojos, pero trató de disimular.

- Bueno, José, esta es tu casa.

- ¿Mi casa?.

- Sí, es la casa de tus abuelos y por lo tanto, al no estar tu padre, es tuya. Por lo menos, la mitad.

- Muy bien, en ese caso voy a visitarla.

- Puedes hacerlo y de camino escoge la habitación en la que quieres dormir.

Cuando José volvió, ya tenía muy claro donde quería dormir y así se lo comunico a su tío:

- ¿Conmigo?.

- ¡Sí, contigo!, ¿o es que hay algún problema?.

- No, claro que no, al contrario. Será como volver a vivir aquellas noches cuando tu padre y yo nos poníamos a hablar hasta la madrugada. Algunas veces, casi cuando nos teníamos que levantar. Menudo sueño pasábamos durante todo el día.

- Menudas perlas estabais hechos.

- No, no creas. Éramos chicos responsables, más que lo que correspondía a nuestra edad, debido a cómo era mi padre. Pero bueno, a pesar de todo, éramos adolescentes y cuando no se le ocurría una cosa a uno, se le ocurría al otro y nos dábamos

animo y apoyo uno al otro, y la vida seguía hasta que dejó de seguir. Primero fue mi madre y después mi padre y más tarde el tuyo.

- ¡Ya, ya!. Tío, solo podemos recordar cosas bonitas.

- Sí, pero es que ambas van muy unidas. Tienes razón, hablemos del futuro y dejemos el pasado que descanse.

Emilio y José hablaron largo y tendido del futuro cercano, por ejemplo, la boda de José, el nuevo proyecto de Emilio y otras muchas cosas que tenían en mira, hasta que por fin les venció el sueño. Aquella noche Emilio tuvo grandes pesadillas, así que cuando vio los primeros rayos de luz por las rendijas de la ventana, se incorporó en la cama, miró a su sobrino y vio que dormía placenteramente, echó los pies al suelo y sin encender la luz, casi a oscuras, salió de la habitación, para terminar de vestirse en la habitación contigua.

Después fue a la cocina, miró la mesa y no, allí no estaban aquellos desayunos que solía hacer su madre. Todo estaba limpio, el fuego apagado, las sillas todas metidas alrededor de la mesa, la nevera pequeña y muy antigua, medio abierta, dejaba ver su pobreza interior. A medida que Emilio iba repasando todos estos objetos, el día quedaba firmemente establecido, y el sol bañaba todos los campos, ya casi maduros. Sintió grandes deseos de correr por ellos, seguido de su perro Lobo, pero ni él estaba ya para correr como en aquellos tiempos y Lobo había muerto de viejo, así que tendría que conformarse con dar un buen paseo por todos aquellos sitios que más le gustaba visitar cuando era joven.

Emilio empezó a caminar sin rumbo fijo, anduvo por senderos estrechos, tan estrechos que a veces tenía que mirar para no pisar las flores que crecían a los lados del camino, miraba el horizonte y aunque ya no le parecía tan inmenso como cuando era niño, aun le seguía pareciendo grande. Ya llevaba un buen rato andando y disfrutando de aquellas tierras que le

habían visto nacer y que tenían una fragancia de flores silvestres. Todo aquello formaba dentro de él un sentimiento de alegría y dolor. De pronto se detuvo y miro el reloj:

- ¡Vaya, cómo pasa el tiempo!. Ya son las diez de la mañana, con lo corta que me ha parecido a mí. Regresaré a casa, porque si José despierta, se preguntará dónde estoy.

Así que Emilio emprendió el regreso a casa para atender y acompañar a su sobrino, pero en vez de hacerlo exactamente por el mismo sitio, se desvió un poquito para acortar terreno y llegar más pronto a casa. Solo había un inconveniente, tenía que pasar por la puerta del cementerio y para eso, todavía no estaba preparado. Pero ya era tarde para retroceder, estaba llegando y descubrió que ya había algunas personas que entraban a visitar a sus difuntos. Se paró en la puerta y sin darse cuenta, sus pies caminaban hacia dentro. Siguió andando unos metros más y se encontró frente a la tumba de aquellos seres a los que tanto había querido y a los que no había podido olvidar. La tumba, como ya hemos dicho antes, estaba bien cuidada por aquella familia a la que Emilio pagaba para ello. Estuvo meditando un poquito en cuanto al porqué nacemos, sufrimos y después morimos, sin beneficio para nadie.

- No lo puedo entender, que un Dios tan grande y poderoso permita tanta injusticia e iniquidad. Pero, él sabrá quien soy yo, para decirle qué está haciendo. No había terminado de decir esta frase mentalmente, cuando sus ojos descubrieron a una señora vestida de oscuro, pero muy elegante. Su pelo era negro, de un negro bastante intenso, se notaba que había sido ayudado artificialmente, sus ojos eran verdes, de un verde trigo a mitad de la primavera. Su cara le era muy familiar, como si la hubiera conocido antes. Tuvo la tentación de acercarse a ella, pero se retuvo. La señora pasó una mano por la lápida, como si se estuviera despidiendo de aquellos seres a los que no podía ver ni tocar y echó a andar. Al pasar por su lado, dijo:

- Buenos días.

Cuando Emilio escucho esa voz, ya no tuvo dudas:

- ¡Claro!. Es ella, Rosa, la chica aquélla de pelo negro y ojos verdes, de la que yo estaba locamente enamorado y que ella ni siquiera me miraba. ¡Qué cosas tiene la vida!

- Buenos días, Rosa.

La mujer se quedó fijamente mirando a Emilio extrañada, pero con una sonrisa en los labios, preguntó.

- ¿Ha dicho Rosa?, ¿acaso me conoce?

- Sí, la conozco.

- Pues perdone, pero yo no tengo el gusto.

- Disculpe, pero es que no me he presentado. Me llamo Emilio, soy de la familia...

- No, no digas más. Tú eres aquel chico que tenía un perro que se llamaba Lobo.

- Exacto, cuánto me alegra verte, aunque este sitio no es para alegrarse, pero las cosas son así. Dime, ¿y a ti que te trae por aquí?

- Ya ves, nunca se sabe lo que esta vida nos tiene reservado.

- Ya lo sé, que me lo pregunten a mí. ¡Pero quién me iba a decir que te encontraría esta mañana y en este sitio!. Como tu has dicho antes, nunca se sabe lo que la vida nos tiene reservado. De veras, me alegra haberte encontrado. ¿Me permites invitarte a desayunar y así podemos hablar de todas las cosas que han pasado durante todos estos años que no nos hemos visto?

- Muchas gracias, sí, acepto tu invitación. Pero, ¿has venido solo? ¿O con tu mujer y tus hijos?

- No tengo ni mujer ni hijos, soy soltero, es decir solterón. He venido con mi sobrino, el hijo de mi hermano Toni, no sé si te acuerdas.

- ¡Si, claro que me acuerdo!

- Y tú, ¿estás casada?

- No, nunca me case. No sé los motivos, pero nunca lo hice y creo que ya es demasiado tarde para eso.

- Nunca es demasiado tarde si uno lo desea.

- Y tú, ¿no lo deseas?

- No lo sé, nunca se debe decir nunca, porque se puede cambiar de opinión y quedarías mal con uno mismo.

- ¡Vaya, eso es un juego de palabras!, pero queda bien.

Ya casi estaban entrando en el pueblo, cuando Emilio preguntó a Rosa:

- Bueno, tu dirás, ¿donde quieres que desayunemos?. Porque yo soy forastero para este pueblo y no sé donde hacerlo. Han cambiado tanto las cosas que no sé donde hay nada.

- No te preocupes, habrá tiempo para todo. Yo había aceptado porque pensé que estabas solo, pero siendo que no es así, ya nos veremos mañana.

- La verdad es que no me había dado cuenta de eso, te lo agradezco. ¡Pobre José!, se debe estar preguntando porque no estoy con él.

- Entonces no te entretengas, ve con tu sobrino.

- ¡Hasta mañana!

- Sí, ¡hasta mañana!

Así fue como se despidieron aquellas dos personas que hacía tanto tiempo que no se habían visto. Cuando Emilio entró en su casa, José se acababa de levantar. Después de asearse y dejar cada cosa en su sitio, salieron juntos a visitar el resto del pueblo y comer algo. El día transcurrió tranquilamente para los dos hombres, pero Emilio no dejó de pensar en Rosa ni un solo instante. Aquella noche, cuando se fue a la cama, después de pensar en todo lo que había pasado durante el día, cerró los ojos, con la esperanza de poder soñar con ella. No fue así. Como estaba falto de sueño de la noche anterior, durmió como un bendito y no tuvo tiempo ni para soñar, pero eso sí, en cuanto

descubrió que era de día, se levanto para ir a reunirse de nuevo con Rosa.

Emilio era feliz en todos aquellos encuentros y Rosa parecía más joven, había sido un agudo flechazo, pero claro, el tiempo de descanso se terminaba, ahora ya tenían que regresar a la ciudad. ¿Qué pasaría con Emilio y Rosa?, ¿se terminaría todo, o seguirían viéndose?. Veremos lo que paso un día antes de la partida de Emilio.

- Rosa, siento tener que irme mañana, pero mis quehaceres me reclaman. Me gustaría despedirme de ti junto al río donde íbamos a jugar cuando éramos niños con todos los demás.

- Sí, será bonito. Yo también lo siento. Ahora te echare de menos porque me quedare muy sola.

- No, tú nunca estarás sola, porque mi recuerdo siempre te acompañará.

En este momento, Emilio cogió las manos de Rosa y las acarició, sus miradas se fundieron una con la otra, ya no se podía esperar más. El mañana estaba muy lejos para decirle lo que sentía, tenía que decirlo ahora mismo, por eso sin apartar su mirada de los ojos de ella dijo:

- Rosa, te amo, ¿quieres casarte conmigo?.

El corazón de Rosa golpeaba su pecho con tanta fuerza como el viento golpea los árboles en un día de tempestad, pero eso no fue lo suficiente para impedir que Rosa diera un rotundo:

- Sí, quiero casarme contigo. Yo también te quiero.

Rosa y Emilio sintieron la felicidad que hasta este momento no les había querido dar la vida. Ahora Emilio sí sentía paz dentro de su corazón y su mente, había sacado todos aquellos secretos de dentro de él, había conocido a Rosa por segunda vez, y ahora ella sí le amaba tanto como él a ella. José también lo era, ¡qué más podía pedirle a la vida!. Solo salieron de sus labios unas palabras casi como un susurro:

- Gracias Dios mío, por tanta felicidad.

Cuando Emilio y José emprendieron el regreso a la ciudad, sus corazones estaban llenos de esperanzas, porque, aunque sabían que iban a emprender vidas distintas, estaban seguros de que todo iría bien, porque amarían a sus esposas como a sus propios cuerpos. Porque aunque ahora la mujer sea más libre y se haya liberado de tanta humillación, como ha sufrido en el pasado, todavía sigue recibiendo malos tratos y muriendo a manos de los hombres. ¡Ojalá todo esto termine algún día y todos podamos vivir en paz!.

MATILDE CAÑIZARES